



Francisco A. Sicardi

Libro Extraño

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco A. Sicardi

Libro Extraño

Preludio

Las cuerdas de la guitarra suenan; Genaro canta. Es el alma de los suburbios que se desata y se estremece en la estrofa de ese poeta inculto y primitivo. La bordona llora con su voz grave las hondas y desordenadas pasiones de estos lugares, como si eso fuera la evocación de épocas ya perdidas para siempre, y vibra y palpita bajo el dedo agitado como si fueran ímpetus de la prepotente bravura de estos hombres. Después resbalan los dedos rápidos unos tras otros sobre las cuerdas tendidas, y no es armonía entonces lo que se oye, sino chasquidos y choques con disparadoras chispas y rechinar agudo de hojas de puñal. El corazón hueco de la guitarra retumba. Son tormentas que pasan, boquetes de relámpagos que se abren y se cierran en el cielo irritado y negro, rimbombos y tableteos lejanos de centellas en fuga, estrépitos y rugidos de huracanes que se encajonan y bellaquean entre los callejones de las quintas. Zumban las lluvias. Llenan de lodazales el piso y los riachos cenagosos resbalan por todas las grietas, se deslizan por todas las zanjas y abren largas y apuradas rías que mueren en la hondonada tortuosa del Maldonado y del Matanzas.

Las cuerdas de la guitarra suenan; Genaro canta. ¡Cómo ha acallado su cólera! Desgrana las notas de un arpegio vivaz. La juvenil melodía se desprende y anuncia el encanto de una resurrección. Es la primavera del suburbio. ¡Oh grande y libre sol! Se viste y cuaja de pasto el prado; la arboleda se engalana y florece; las zanjas tapizan sus pequeñas laderas con la rica mata del trébol flexible y trepa la hoja recia del cardo que tiene manchas de plata. La violeta se esconde en la tupida alfombra y embriagan los rosales de fragancias el aire; se oscurece más la tapia de moras, germina, brota y se llena de hebras de vegetación la trama de sina-sina de los cercos. ¡Oh tierra de mi patria, senos fecundos de esta virgen exuberante de savia, muchos no desgarrados todavía por el espolón del arado! ¡Oh prodigio de la vegetación de este húmedo y negro humus que tiene en su entraña acumulado el polen de muchos siglos!

Las cuerdas de la guitarra suenan. ¡Qué trémolos! Toda la fiesta de la armonía en la naturaleza se cierne sobre el bosque de tunales, las pitas y los ombúes. Gorjean los jilgueros, tuba la torcaza, juega y salta agitada la ratona, -ese pequeño Ariel de la tapera y de la maleza que extiende la enmarañada greña para adornarla, -ese Ariel de la hoja verde-oscuro de la hiedra que echa en torno el mordiente de sus barbas para impedir que los

escombros se dispersen, como si el rancho destruido fuera todavía un santuario para guardar reliquias llenas de amor, donde se arrodillen los viejos peregrinos, esos gauchos que ya se han ido para siempre. ¡Qué honda congoja agita el alma de la guitarra! Son las trovas melancólicas que acompañan la marcha de esos dolientes, los antiguos dueños del suburbio, que venden y entregan el predio entre las manos de oro de la civilización, desterrados misérrimos cuyas quintas se dividen en solares para que allí surjan las casas de dos piezas y cerco de rojo ladrillo, cuna de la raza nueva. Como gime y solloza la prima en ese lúgubre "pizzicato" del último triste, que narra en inmortales quejumbres la odisea del gaucho hacia la Pampa, tan dolorosa como los salmos que los poetas de Israel entonan en tierra extraña, a la sombra de los sauces de Babilonia. ¡Oh desterrados, vuestro recuerdo es inmortal! Todavía las nuevas generaciones contemplan y admiran el torso rígido del domador, en pelos sobre el bagual empacado, el rebenque en el aire, las piernas cerradas con violencia y la ira de los victoriosos en el rostro. Todavía las nuevas generaciones anhelan vivir dentro del espasmo de esa virilidad y acompañar al gaucho en la oda bárbara que canta en los olímpicos trabajos de la estancia. Yo lo he visto. Los hijos de esta tierra sienten en las horas juveniles la nostalgia de la infinita planicie, de los horizontes dilatados, de la naturaleza silvestre y solitaria, agitados por la formidable visión de ese potro que sintetiza la libertad salvaje y bufa y retoza y llena la Pampa de alaridos...

Genaro canta. El himno al alcohol, la brusca fantasmagoría del delirio, el lastimero recuerdo de Santa, el estrago de la carne arrojada como cosa miserable a morir, los propósitos homicidas y en la cavilación perenne, la sangre y el puñal con su línea aguda y larga. ¡Genaro siempre! Y como en el primer libro, homicida siempre. No lo salva el amor de Alma, una dulce y muerta pasión, un símbolo de vida inmaculada, una síntesis de los resignados que son santos, angelical enamorada del martirio, ni la amable sonrisa de la chiquita de los cuentos que cruza de cuando en cuando como una etérea visión. Y Juan Paloche, hijo de aquel soñador de la panacea universal, espíritu enfermo y lóbrego, zona de juego que calienta las páginas del libro y tétrico actor de la tragedia horrenda. Al lado de ellos, Clarisa, la pobre perdida de los barrios oscuros, impetuosa y ardiente erotómana a quien no salvan las oraciones ni la desmelenada pasión por Genaro y D. Manuel de Paloche que pasa también con la mente extraviada en todas las torturas de la investigación, y Carlos Méndez, caballero y padre lleno de ternuras, siniestro suicida siempre a pesar del hogar...

Todos vienen evocados por esta pluma mía y modulan la elegía del dolor. Conversan con el escritor que está solo con sus quimeras y el agitado aleteo de las pesadumbres intelectuales. Bienvenidas sean en las noches insomnes estas almas desconsoladas para que vayan narrando su fúnebre marcha en la vida, trabajada por la lucha estéril contra la Euménide, que las arrastra al sacrificio fatal. Tal vez no tienen la culpa del crimen estos psicópatas a quienes arrebató el vértigo del extravío y la palabra del que escribe sea capaz de inspirar el perdón... Si no lo inspira, tengan dulzuras siquiera esos desventurados y vivan a pesar de todo. Haya pequeñas manos de niños y encantadoras voces infantiles en sus casas para que enternezcan y calmen la imaginación de esos que meditan el delito, aunque no lo ejecuten, mientras vibra, pelea y sangra y muere, a través de las páginas del libro, el corazón del suburbio y las cuerdas de la guitarra suenan y el pobre Genaro canta...

Genaro

La sociedad encontró, que la muerte de Santa y de Valverde eran crímenes. Entonces para salvarse, destinó a Genaro a un batallón de línea. Quiere decir que transformó en ergástula a esa síntesis gloriosa que se llama Ejército, lo que significa que cerca del soldado que acuesta su cabeza sobre los cordones de Curupaity o sobre las medallas de la homérica lucha del desierto, podía tranquilo descansar el homicida sobre el cuchillo sangriento. Eso sucedía antes... De todas maneras a Genaro lo han hecho sargento. Hace ejercicio y de noche se emborracha y canta en las casas perdidas. Lo vieron un día en el fragor de un entrevero, en una feroz pelea cuerpo a cuerpo con la bayoneta rota, aferrar el fusil por el cañón que empezó a zumbiar en el aire como una clava gigantesca, cayendo el culatazo brutal a fracturar cráneos. Tres heridas lo tumbaron sobre el campo rodeado de enemigos, silencioso y siniestro, en medio de la gritería ensordecedora de los lamentos... Cuando abrió los ojos, Méndez estaba arrodillado en el suelo curándolo. Genaro lo miró un rato como extraviado y le dijo:

-Muchas gracias, D. Carlos. Déjeme no más: de todos modos ya no valgo nada... -y como el médico siguiera vendándole un brazo, agregó: retírese, patrón, déjeme. Hágalo por la niña Dolores y por su nenita.

Antes de salir del campo, tirado sobre una camilla, lo hicieron sargento, y cuando pasó al lado de su compañía que se retiraba victoriosa, los soldados presentaron las armas...

Después las noches largas del hospital, al lado de muchos heridos, entre las emanaciones del ácido fénico, inmóvil sobre una cama, contemplando desde allí las dos filas alineadas, de donde levantaban algún muerto de cuando en cuando los sirvientes, alguno de esos mártires ignorados, borrachos y heroicos, que no tienen apellido y se llaman un número cualquiera el día de la muerte.

-No ser yo, pensaba Genaro entonces, ese pobre que se va.

Pero a la tarde llegan las damas y traen para ellos bombones, flores y plata. Se siente el roce, el murmullo y el rastro perfumado de sus pasos, y se acercan a él para consolarlo. Le viene entonces como una dulzura profunda en el corazón y el deseo de reconciliarse con su pasado. Aquel estrépito de la sala tiene para él la alegría del sol y esas niñas que cruzan cuchicheando y riendo en sus trajes de lanilla gris, la cabeza cubierta del blanco sombrero de paja estival, son la perenne resurrección de la primavera y la prepotente algazara de la vida, porque vivir es el espasmo que hace estremecer el alma de los hospitales de sangre, vivir como esas angelicales que tienen la mejilla rosada y el pie pequeño y la voz argentina. Pero eso no era suficiente. Estaba sediento de ese vino rutilante de Oporto que le alcanzaban en las copas cónicas. Tomaba. Solamente entonces quedaba tranquilo.

-Los ricos se emborrachan con esto, decía Genaro. Nosotros que somos pobres, con ginebra y ajeno. Es lo mismo... -Y su cabeza giraba a menudo en el mareo vertiginoso del alcoholismo...

Un día llegó Catalina con la chiquita de los cuentos. Iban a visitar a los heridos, y llevaban hilas y flores. Se acercaron a la cama de Genaro. Dos grandes lágrimas cayeron de sus ojos, besó la mano de la chiquita y cayó como muerto sobre las almohadas. Era un espectro. La barba negra, inculta y enredada puebla su mejilla hasta el pómulo y se hunde en las excavaciones de la flacura enferma y desciende hasta el pecho que blanquea rodeado de vendas. Todo su rostro macilento aparece como matizado de aquella zona oscura que entra más tenebrosa entre las arrugas precoces de la frente, mientras el ojo vaga aquí y allá, turbia y verdosa la esclerótica. El delirio lo ha sobrecogido; tiene una expresión en la efigie de feroz imbecilidad. De repente fija la mirada, da un grito estridente y se sienta de un brinco en la cama.

-¿Qué hay? Preguntó Catalina ansiosa y asustada.

-¡La rata! ¡La rata! Véala, misia Catalina; ¡véala!... ¡Ay! Se sube por la cama, contestaba Genaro tiritando de terror. ¡Uf!... ¡Échela!... Me va a morder la pierna en la herida. ¡Ay! Me hincan los dientes la maldita puerca -y sacudía el herido todo su cuerpo como para tirarse de la cama, con los ojos abiertos desmesuradamente. Bate diente con diente. En la sala hubo un gran alboroto. Los gritos de Genaro corren de un lado a otro con extrañas y violentas sonoridades y entre sus notas tiemblan los chuchos y los impulsos del miedo impotente y todas las desesperaciones de la fuga se apoderan de su escuálido cuerpo, mientras los ecos del vasto salón rectangular, van y vienen anhelantes y se chocan en medio del repentino y dilatado silencio profundo. Algunos enfermos levantan al rato la cabeza perplejos, otros se incorporan cuchicheando, mientras la chiquita de los cuentos se refugia toda temblorosa hasta un grupo de señoras que miran de lejos llenas de curiosidad e incertidumbre. Catalina queda sola al lado de la cama. Toma un frasco de éter, lo acerca a la cara de Genaro, y le acaricia la frente con amables reproches.

-Es tu delirio, Genaro; cálmate, no hay nada.

-No, misia Catalina, no. Usted no siente, contestaba Genaro, tomándola de una mano; no se vaya a ir... no me deje solo, -seguía apurado.- Ve, me está chupando la sangre se viene para el corazón... cómo me arde el cuero de la rata, ¡como un fuego!... tápeme la cara para no verla -y Genaro echó la sábana sobre su rostro. Pero así mismo tiembla. Sacude todo su cuerpo agitado y convulso, y se le oye exclamar con voz cavernosa:

¡Qué frío tengo! ¡Qué miedo tengo! ¡No me deje solo!... -y en el silencio que siguió después, la sala estuvo quieta, el aire tranquilo, los heridos callados, mientras las señoras se agrupaban las unas contra las otras, dominadas y detenidas en el sitio por la horrenda escena de terror. Al rato Genaro asomó fuera de la sábana la efigie extraviada y los ojos

lívidos. Una nueva visión pavorosa entenebraba su fantasía. Sus dedos se contrajeron y con la frente crispada empezó a sacudir de un lado y otro la mano derecha delante de su rostro, mientras una sombra de luto cruzaba por su mirada como un relámpago.

-¿Qué tienes, Genaro, qué hay? -preguntó Catalina, que ya sentía flaquear sus fuerzas.

-¿Cómo que hay? -gritó éste, y rechinaba los dientes de una manera brutal, -dájela que se acerque.

-Pero si no hay nada; es tu delirio, -repetía la pobre anciana.

-¡La cabeza de Valverde! ¡Véala! ¡Ahí se viene! ¡Canalla! ¡Los ojos están llenos de gusanos! ¡Qué triunfo bailan adentro! Se lo están comiendo. ¡Podrido! Cómo se te cae la baba hedionda y colorada. Qué gordo te has puesto... como un bofe... No me beses... se acerca a mi boca, ¡no quiero, no quiero! ¡Qué miedo tengo! ¡Qué frío tengo! Genaro levanta el brazo dando un violento puñetazo en el aire y se incorpora. -¡Se va! ¡Se va! Salta por el suelo, ¡qué brincos! Se acerca a las señoras y la va a besar a su chiquita.

Deme el cuchillo, misia Catalina, yo no quiero eso, yo no quiero eso...

El herido ruge de furor y sigue gritando:

-No, espérese, espérese. Viene el yacaré verde moviendo la cola, y hace crujir los colmillos y baraja en el aire a la cabeza sucia, llena de sangre negra, y se sienta largo a largo en la sala todas las noches, y la aprieta entre las manos... mire, mire, y le hace pedazos los sesos... ¡No me deje patrona, no me deje solo!

-¡Dios mío de misericordia, -exclamó Catalina con los ojos llenos de lágrimas, -ten piedad de esta pobre alma desventurada!

Dos hermanas de caridad acuden pálidas y temblorosas detrás del médico, mientras Genaro enarca el torso para expiar debajo de la cama.

-¡No hay nadie! Ya se ha ido, -murmura para sí, y su rostro empieza a serenarse... - porque el yacaré, -seguía lentamente Genaro- aventó la cabeza hinchada, y como borra de vino, con los sesos colgando. Miren cómo pelotea por la sala... Ahora estoy tranquilo, ya se ha perdido hasta la noche.

-Sí, Genaro, -interrumpió el médico, estrechándole la mano,- ya no volverá más, pero ahora es necesario que seas dócil y tomes los remedios.

-¡Ah, no! -contestó con ímpetu,- eso sí que no.

-¿Pero, por qué, Genaro? -dijo Catalina con dulzura.

-Porque es veneno; yo sé que me quieren envenenar. ¿A mí? ¡Con la piola!... ¡Pa sus perros, eso! -y se dibujó en sus labios descoloridos una sonrisa de astucia maliciosa, mientras miraba a todas partes moviendo la lóbrega efigie con desconfianza.

Después empezó el terror que no tiene palabras y estrangula. Se manifiesta en los bruscos sacudones anhelantes del tórax. Voltea el ojo esquivo y lívido en la órbita, y los brazos manotean en los ímpetus frenéticos de todo el cuerpo en fuga, sin tener la conciencia del desgarramiento de las heridas y del martirio que producen los fragmentos de los huesos que se astillan de nuevo y se esquilan en el movimiento. ¡Oh! El rostro de Genaro en ese momento. ¡Qué oscuridades de tormenta y qué lampos de odio! ¡Cómo rechina los dientes en aquel sepulcral silencio! Parece que oyera las tétricas carcajadas de los espectros agitados en una infernal carola, hundiéndose y quebrándose los unos dentro de los otros, en el vano ceniciento de sus formas impalpables. Son figuras de endriagos que pasan y desenroscan con lentitudes siniestras los tentáculos de escamas oscuras, para acercarse con la horrenda mueca del exterminio y descarnados avechuchos, que hunden el hocico famélico en su carroña agusanada. ¡Cómo lo persiguen los átomos hediondos! Aletean alrededor de sus narices para asfixiarlo y son tenazas que le aprietan el pecho hasta el espinazo. Mejor, y de una vez. Cerró los ojos Genaro para morir, pero era también porque veía acercarse la víbora negra que llegaba describiendo espirales y se le había subido a la cama, y empezaba a enroscársele al pescuezo con cincuenta vueltas de lazo, y él de balde metía los dedos en arco para sacarla, porque sentía que le iba hundiendo las agujas de la lengua, vibrante de iras homicidas, en la garganta.

Genaro abrió los ojos. No era cierta toda aquella fúnebre fantasmagoría. Alrededor de él estaban todavía el médico, Catalina y todas las damas que lo miraban. Veía las manos amigas y las sonrisas benévolas en medio de la luz, en el ambiente acariciador de aquella tarde de estío. No podía hablar para decirles que no lo dejaran solo porque ya iban a llegar esas sombras de la noche que entran más tarde tan callando por las grandes ventanas de la sala, se enseñorean de todas las cosas y las circundan de visiones siniestras y silenciosas; porque él estaba herido, enfermo y abandonado en esos vastos arenales por donde paseaban las ánimas. Las veía en la tiniebla, larguísimas, envueltas en sábanas blancas cruzar la negrura mientras castañetean las calaveras, bamboleándose sobre las vértebras en marcha. Más lejos esqueletos de animales apocalípticos con tañidos lúgubres e interminables de cencerros cascados rozando en la arena en la furiosa carrera y más allá todavía, en el horizonte, con sus bocas abiertas, los cajones de muertos a brincos se acercan a ellos, giran y danzan en rondas oscuras de horrendo sainete, los buscan, los tragan y se hunden con ellos con himnos macabros debajo la tierra...

Después tuvo la visión de las vastas soledades de los campos de batalla, cuando las estrellas tiemblan en el cielo frío y taciturno, y la luna riela y esplende y va iluminando con sus rayos helados, el bárbaro estrago, -esa indiferente y nómada cortesana de la noche que da relieve a los grupos de muertos esculturales, abrazados en las feroces contorsiones de la pelea, y se desliza sobre la efigie ennegrecida que tiene la mueca glacial y fija y el ojo

abierto y pálido. ¡Oh! ¡El paseo triunfal de los haces de luz, que penetran a través del vaho acre que emana de los charcos rutilantes de la sangre reciente!

¡Oh, la indiferente cortesana de la noche que va peregrinando a través de las torturas de los que sobreviven entre los alaridos, los ayes dolientes y los nocturnos los moribundos! Después la luna irradia sobre el cortejo de camilleros, hienas del robo sacrílego que arrebatan y empujan a todos sobre las lonas, muertos y heridos para que se besen en el mismo catre y se mezclen para ir a la fosa juntos en el funerario batiburrillo. Al rato la parábola oscura del pico y el golpe a la tierra que se estremece. Los montones húmedos se levantan a un lado y otro y negrea el hoyo profundo y se oye al fin el mazazo de los cuerpos que ruedan boca a bajo manchándose de sangre y de lodo.

Un vigoroso temblor agita todo el cuerpo de Genaro. A él también lo han agarrado del cuello y de la pierna fracturada. Y lo mecen con violencia para arrojarlo a la cueva. No podía hablar, pero por dentro del corazón iban y venían las rasquetas que le desgarraban las fibras con angustiosos chirridos; su sangre cala a plomo gota a gota, sin cesar, sobre la baldoza, y cada una era un ronco sonido de protesta.

-No me tiren. Yo estoy vivo. Tengo la pierna rota y el pecho hecho pedazos de un tiro. Yo estoy vivo... ¡No me tiren a la cueva!

Pero el fúnebre balanceo seguía cada vez más alto, acompañado de las cantinelas obscenas de los sepultureros hasta que al fin sintió que rodaba en banda en los aires y lo aplastaban en la huesa. Una palada de tierra le tapó el rostro, otra y muchas otras se fueron aglomerando rápidamente sobre su cuerpo ensangrentado, mientras él permanece allí, rígido en la honda y tenebrosa sima, en medio de la infinita soledad, sintiendo latir el corazón y sin poderse morir. Por encima de su cabeza sonaron estridentes sinfonías. Eran graznidos de buitres y chirridos y aletazos de cuervos que zumbaban girando sobre su sepultura. Oía el rechinar de la zarpa ávida entre la tierra, el repiqueteo de la uña corva y aguda del pico, un algazara, un tripudio de fiestas cercanas, una zinguizarra de ruidos roncós y resoplidos anhelantes, cada vez más salvajes. Poco a poco iban descubriendo su cuerpo. El hielo de la noche penetra sus huesos, mientras se exhala afuera el tufo de sus carnes esfaceladas. Al fin siente el aire y ve la luna arriba sobre su rostro y a través de sus rayos el torbellino apurado de alas y garfios con vaivenes glotonés de las aves negras, picotazos, puñaladas y sangre y un buitre que se cierne lejos, como una maldad enorme, síntesis de todos los apetitos bestiales que arroja la sombra gigantesca y movediza de su cuerpo sobre la tierra y la línea recta de una zarpa larga, apretada como engarce alrededor de uno de sus ojos. Genaro permanece inmóvil, y mira su órbita vacía.

Catalina vio pasar en ese momento a través de la cara del herido una espantosa sombra de muerte, y miró al médico con ojos suplicantes como para pedirle que hiciera algo todavía por aquel moribundo.

-Ah, señora, le decía este, V. está muy emocionada, porque no sabe que estos ataques de delirium tremens suelen durar algunos días.

-¿Pero Vd. cree que salvará, doctor? interrumpió ansiosa Catalina.

-Estoy seguro de ello, se mueren más tarde de otras cosas, tuberculosos o locos, para citarle padecimientos que todo el mundo conoce.

-Dios mío, murmuró la señora, pobres almas desvalidas, ¡cuánto sufren!

No había concluido la vieja de hablar, cuando se elevó en medio de la sala silenciosa, la voz de Genaro. Era una melodía lastimera, un recuerdo de lejanos tiempos que cantaba con timbres purísimos, aquellos tristes de antes, cuando las horas felices que estremecían las dilatadas soledades de los suburbios... Su guitarra, las cintas azules de seda, la mano derecha que pulsa las cuerdas, y narra la historia de rosas y lirios silvestres que adornan los cercos. Recuerda las pitas flexibles y chatas, airosas erguidas al cielo, la lóbrega tapia de moras, la oscura maleza que trepa debajo, se arrastra, serpea, se trenza y embriaga los aires de olores agrestes. Recuerda las tunas, el ombú corpulento, los charcos lejanos cuajados de cieno, la alfombra verdosa que fija y oculta debajo las aguas inmóviles, y a trechos distantes el bulto siniestro de alguna osamenta con rígidas patas y curvas costillas mondadas, blanqueando acostados los cráneos y en torno sin ojos, sin carnes, danzando la muerte. Después las risueñas visiones juveniles. Un coro de niñas que salen del conventillo los Domingos en tropel. Visten trajes de vivos colores. La rosa roja, húmeda y fragante de pétalos aterciopelados adorna la negra cabellera. Son las gentiles enamoradas del suburbio, que tienen la tez morena y el ojo grande, y riente que cortan violetas y margaritas del cerco para tejer guirnaldas y coronas. Adornan a la noche los cajoncitos forrados de merino azul, en los velorios, entre las penumbras de los cuartos pobres, donde las velas de sebo aletean e iluminan apenas el rostro cetrino del muerto. Entre ellas, María la suprema beldad del barrio, la novia de su corazón... ¡Qué cantos de amor brotaban de aquella alma delirante! ¡Cómo se desgarran todo su cuerpo en las vibraciones impetuosas de aquella pasión sin esperanzas!... Porque él se miraba en esos momentos las manos purpurinas de sangre y la brillazón funesta del mango de su puñal le hacía cerrar los ojos, en momentos en que a su lado las niñas iban pasando y, sobre el cuerpo de Santa todo vestido de clarín blanco, arrojan las frescas y lozanas flores de los cercos primaverales...

-Pobre Santa, decían con voces angélicas, qué tranquila estás, acostada sobre la almohada azul dentro del cajón de pino. Te llamaban linda los mozos del barrio al pasar de tarde para mirarte... Estas son las flores del amor y del perdón, y nosotras las arrojamos sobre tu celeste hermosura que ha muerto, y rodeamos tu pálida frente con guirnaldas, mientras antes, de la mano, todas juntas paseábamos por los callejones que dividen las quintas entre el gorjear bullicioso de las bandadas sobre los prados esmaltados de corolas. ¡Qué cantos! Y qué argentinas carcajadas de alegría, y ahora ¡qué fría estás acostada sobre la almohada azul, Dios de misericordia! Todos los perfumes sean para ti... -la exquisita fragancia del tomillo que quiere decir el recuerdo casto y las margaritas con botones de oro

que son las flores de la esperanza... Porque has amado, vamos a derramar sobre tu corazón, ¡los pétalos encarnados de la amapola silvestre!... ¡Porque has sufrido, vamos a llenar tu cuerpo de violetas y retamas y a deshojar claveles y sobre el traje blanquísimo como los lirios de los cercos de nuestros barrios solitarios a prender con alfileres festones de aromas! ¡Pobre Santa! María te salve, porque es la madre de los desvalidos que no tienen amparo y te acompañe al cielo la plegaria de estas hermanas tuyas en la desventura. Dile a la Purísima que a veces tenemos hambre y estamos solas, que nuestros padres trabajan y los hermanos trabajan y vivimos así, con el alma incauta, de quince años abierta al sol de la vida, como las camelias, para que el señor aleje de sus pétalos la ponzoña que mancha la inocencia y los ardores que la marchitan. ¡Dios te salve, pobre Santa, porque el reino de los cielos es de los que sufren!...

Genaro cantaba estos tristes con sollozos en la voz. Los recuerdos lacrimosos, las tormentas pasadas y las congojas de su alma solitaria se agolpaban a su fantasía. Pero eran breves treguas. Los impulsos volvían y las bruscas imaginaciones de la pavorosa y estalló al rato el delirio profesional con formidables escenas emocionantes, mientras Catalina, paso a paso, se retiraba del hospital contristada...

Genaro era soldado. Había sido un temerario en los combates. En esos cinco años que siguieron a la muerte de Valverde, las luchas fratricidas lo habían envuelto. Esas feroces caricias fraternales se usaban entonces. Hoy el progreso ha conquistado para nosotros esta verdad: que producir heroísmo y monomanías homicidas en nuestras casas y contra los hermanos, si no fuera un doloroso y brutal atavismo, sería sencillamente ridículo... Esa noche Genaro en aquella sala de hospital tuvo en su delirio las visiones salvajes de la guerra. Era el temblor dilatado de los ejércitos cuando se inicia la acción, la tierra que trepida, las capas de aire atentas y preparadas para el formidable susulto, el chisporroteo movable de las armas bruñidas donde se quiebra el sol. Por todas partes la emoción de la pelea, el placer de la matanza cercana, un acercarse, un rodear la bandera con una muralla impenetrable hecha con almas bravías y desazonadas y todo esto sin que nadie hable ni se mueva, firmes las filas de los batallones. Al rato cruzan los ayudantes. La orden agitada cruza... hay inquietudes y algazaras confusas... Chocan las armas con movimientos hacia adelante de las líneas negras diseminadas y humaredas aquí y allá. Al fin los primeros tiros y los ardores del fuego que penetra en los cuerpos, y los fusiles aplanados arriba y abajo, arriba y abajo... ¡pronto muchachos! Carguen... ¡fuego, fuego, fuego!... Porque ya empiezan los bárbaros alaridos del combate y los leones rugen y afilan la zarpa, los tigres braman y flagelan con la cola la tierra; la hiena limpia en la piedra el hocico y las águilas se ciernen chirriando sobre la capa de humo y despliegan los garfios... y la atmósfera precipitada y hecha trizas por los estampidos titánicos, va viene, deshecha, rehecha, estrepita en los choques, se azota, rebota, retrocede, se hunde, se hiende, retumba el estruendo en la furia andariega, broncando, silbando, chasqueando, mientras por todas partes se balancean y voltean en la danza vertiginosa, sus inmanes volúmenes en fragmentos...

-¡Adelante, deliraba Genaro, tienen miedo, cobardes!

-Sargento Genaro, Vd. está borracho, ¿no ve la zanja? ¿Qué hacemos? Sargento Genaro. No podemos pasar, gritaban los soldados en coro.

-Llénela de muertos, contesta éste, con voz ronca.

Entonces en medio del humo, se encorvan los vivos y tiran a la zanja a los cadáveres.

-No está llena. No podemos pasar. ¿Qué hacemos? Sargento Genaro.

-Echen los heridos a la fosa, es necesario tomar la batería...

Entonces los vivos se encorvan en medio del humo y tiran a la zanja a los heridos... Y pasan con la bayoneta en ristre frenéticos, enloquecidos, diabólicos. El sckrapnel revienta en medio de ellos, les lleva las piernas, les hunde y les deshace el vientre... ¡Adelante! Pasan al galope, como fantasmas de exterminio, sobre los miembros mutilados, pisoteando cráneos y resbalan sobre las vísceras humeantes de sangre. Alguien los agujonea. Corren jadeantes y sudorosos; es la horrible fascinación de aquellas bocas de fuego que están en la meseta, que abre el abismo insondable... ¡A ellas! ¡A la vorágine! ¡Adelante, a morir!

-Somos diez solos, sargento Genaro, exclamó un soldado.

-¡Si tendrás madre viva, sotreta! ¿Qué estás diciendo?

-Que somos diez solos, y que los enemigos cargan la batería.

-Avisa maula, si el miedo te ha enseñao a sacar cuentas, contesta Genaro, -y con la mano amplia, huesuda, ennegrecida de carbón y pólvora, lo cogoteó a empujones.

Titubean, murmuran, se arremolinan y el soldado que habló da vuelta la espalda. Genaro le hunde la bayoneta hasta el tubo; levanta en la izquierda el fusil y los vuelve al asalto. Truenan con fuego, humo, estruendo y un torrente de metralla, todos los cañones... Los compañeros se desploman con guiños feroces, y Genaro adelante siempre, invulnerable, frío, heroico, homicida, sólo marchando como un espectro en medio de la muerte. Saltó a horcajadas sobre un cañon. Lo ha conquistado, lo va a defender con su fusil destilando sangre, mientras un tiro le parte el corazón y él queda rígido sobre aquel potro, para cuya conquista necesitó morir; rígido y mudo en medio del humo, entre el bravear de los combatientes, contemplando el vasto escenario de la matanza, mientras las banderas de los batallones, y las esquilas de las dianas victoriosas, van pasando a su lado y se pierden trémulas a lo lejos... en la hora en que el disco del sol occidente, enrojecido, extiende en su alrededor en el cielo, un gran manto de brillante púrpura y disemina rosadas vislumbres sobre las cosas muertas del campo de batalla...

Más tarde empezaron a entrar en el seno de luto de la noche las últimas y más lejanas irradiaciones del sol moribundo. La atmósfera, en silencio, llena de enigmas, tenía una

infinita quietud. Estaba extendida a los cuatro vientos como un colosal gigante y extenuada por las salvajes correrías de los estampidos. Tenía sueño. Quería dormir, acostada sobre el tálamo verde de la campiña cruenta, bajo el dosel enorme y encorvado del cielo azul oscuro, mientras a miriadas las estrellas, como cirios funerarios, disgregan penumbras sobre los insepultos. Había honda calma en aquellos desposorios sepulcrales del heroísmo y de la muerte, en que los novios vacían para siempre sobre el verde tálamo. Primavera fenecidas sin azahares, sin gorjeos, sin cálidos besos, ni perfumes, ni hálitos de céfiros, ni susurros de pastos, como si aquel mudo sosiego, y la dilatada tranquilidad de la comarca tan yerma, fueran el único epitalamio. ¡Qué silencio de urna cineraria alrededor! ¡Qué paz en aquella soledad sin término dentro de la vasta naturaleza dormida en el ataúd de la noche! Genaro se sentía muerto en su delirio. Veía todas esas sombras aproximársele agachadas y circuirlo sin rumores, mientras estaba allí vagando con la mirada por todo ese lóbrego panorama, sólo su alma, en medio del silencio funesto. Tenía terror. Se acordaba del cuento de Juan sin miedo, en que los duendes salen por la noche y escarban las sepulturas en el cementerio... Sintió un tañido lejano como un grito lastimero, y otros aquí y allá, que se aproximaban. Su piel tuvo frío y se erizó toda. El corazón dio un salto, mientras la sangre encrespada se le agolpa a la garganta. Era una procesión de mujeres que caminaban lentamente envueltas en negros rebozos. Cantan fúnebres salmodias y se inclinan de repente sobre el prado oscuro a mirar los cadáveres. Son las madres y las novias, vagabundas melancólicas, que buscan los enamorados juveniles para besarlos en la frente y desparramar flores sobre sus cuerpos. Genaro vio una que se desprendía del grupo, más alta y más tétrica, hacia él, rápida como un dardo. Se echa el rebozo a la espalda y mientras él la llama a gritos: ¡Venga mi madre! ¡Yo estoy muerto; no me deje solo! -Ella lo mira un rato, hace una mueca de desprecio y se pierde en la tiniebla. Pero esa mueca le quedó a él en los ojos y aquí la veía y allá la veía, y en torno, en torno, en todas partes donde dirigiera la mirada la veía. Cierra los párpados y la mueca siempre está allí implacable. Entonces empieza a tiritar y a correr por la campaña, tropezando y cayendo entre los miembros despedazados pero ella corre y gira con él y se le pega a las manos y roza la tierra siempre adelante de sus ojos como si fuera la visión malvada de sus delitos...

Don Manuel de Paloche

Genaro estrepitaba. Quería romper las vendas que le contenían la pierna fracturada, ya casi sana; y saltar de la cama en medio de las sombras de la noche que habían entrado al galope, inesperadas casi, a través de las grandes ventanas de la sala.

Era que el cielo en el crepúsculo de esa tarde abrazadora, allá en el Occidente se había oscurecido, y la línea negra de la tormenta se iba levantando poco a poco, mientras que detrás de los cortinajes cenicientos desgarrados por la luz, aparecían los fogonazos del relámpago con súbitas y cortas iluminaciones. Al rato, como ronquidos lejanos que movían el aire gris... En la calle, el desierto. Carros, carruajes y gente con ruidos sordos y confusos que huyen lejos de la siniestra amenaza del horizonte. Un poco de brisa caliente y polvo se levanta del pavimento de piedras, vertiginoso a veces, o contendidas violentas desplegando la movediza cortina de tierra, mientras el crespón de la tormenta se sigue apoderando del cielo. Después viento Pampero más recio, que arranca de cuajo y precipita en el aire

agachado con violencia hacia el Este, al colchón de polvo hecho pedazos en globos, remolinos, en oleadas brutalmente disparando, azotadas a través de los nubarrones más lejanos. Todo zumba y se estremece. Hay silbidos agudos, alaridos, feroces bufidos ciclónicos que traspasan la calle mugiendo. No llueve. El vaho asfixia. El vendaval se ha apoderado de la tierra, que sigue pasando y bramando, revuelto entre sus volúmenes enloquecidos en la carrera. El hospital cruje. Los árboles de las cortes se doblan a despedazarse y se enderezan después con violentos cimbronazos. Algunas copas se han roto. Cuelgan y brincan en estos movimientos y los gajos a medio arrancar menean furiosos su plumero de hojas, mientras vuelan muchas de éstas en torbellinos por el ambiente. Algunas puertas retumban como lejanos cañonazos, cacheteando los marcos en el silencio de aquellas salas vastas. Todavía no llueve; pero en este tiempo el aire está un poco más fresco. El trueno no se oye y las brillasones de las centellas han desaparecido. El huracán se lleva la tormenta de tierra en medio de horrendos estampidos. La tiene agarrada de las greñas y la zamarrea con su manopla gigantesca; la hace girar como un disco y rodar por el suelo, la tira contra las piedras, la sacude contra las paredes, la levanta a las nubes, la aplasta y la despedaza entre sus colmillos.

Corre la oleada como un gran río de polvo dentro del hondo cauce de las calles. Hay una perversa furia que la empuja. Dobla esquinas, rebalza y se dispersa en los ángulos, baña las casas de arriba a abajo, llenando sus huecos, saltando balcones, y filtra a través de todas las hendijas, se precipita en todos los vanos y huye con feroces sonidos en la violenta carrera...

Las hermanas en medio del ciclón habían rodeado la cama de Genaro en las medias tintas de la vasta sala apenas iluminada por dos mortecinas lámparas. A un lado y otro las camas se destacaban así mismo a pesar de la penumbra por la zona blanquísima de sus colchas, y sobre ellas se distinguía el torso inquieto de los heridos que podían incorporarse. Nadie iba a dormir esa noche. El médico interno y los practicantes que podían poner remedio, andaban de jácara. En ese hospital administrado tan admirablemente, en aquel momento angustioso, no había más hombre de ciencia que D. Manuel de Paloche. Este en sus anhelos terapéuticos había dejado un poco los ensayos homeopáticos en busca siempre de la panacea universal, para dedicarse a curar los heridos. Era un viejo muchacho de casi cincuenta años que trabajaba toda la mañana entre el yodoformo y el ácido fénico y no ganaba sueldo. Era un caritativo a quien Méndez sostenía a todo trapo. Los estudiantes lo querían porque D. Manuel les ahorra quehaceres y malas noches, pero no había caído en las gracias del médico interno, el Dr. Adonis, un erudito que no gustaba de metafísicas experimentales. Con las hermanas de Caridad que se movían esa noche azoradas temiendo la muerte de Genaro, era siempre amable y dispuesto a todas las abnegaciones. Se temió hubiera quedado a dormir en su chacra donde estaba la mujer enferma, pero los sirvientes que traspasaron los patios a través de la barahúnda infernal de la tormenta, lo encontraron encerrado en su tugurio.

Estaba Paloche sentado al lado de una mesa de pino, mugrienta a trechos, sobre la cual había un diario extendido. A un lado y otro lado, algunos libros dispuestos sin orden como si estuvieran allí para fijar, como lastre a la tierra, al mueble desvencijado. Daba la espalda

a su catre, el frente a la vela de sebo, cuyo negro y grueso pábilo, se movía en el aire agitado, y la llama inquieta hacía balancear en la pared sin rebocar, la sombra de su cabeza. Cada chiflón que penetra crujiendo a la pieza, hace aletear la llama y la tiende desordenada a todo viento con bruscas oscilaciones, mientras que en los momentos de calma, se irgue derecha, fija y triangular, como sostenida por el carbono del pábilo que termina en el vivísimo rubí de la punta y aquí y allá colgando sobre el candelero de bronce alguna estalactita y trozos de sebo enfriado, de caprichosa estructura, Paloche leía, el codo izquierdo sobre la mesa, la mejilla en la palma, un lápiz en la mano derecha como abandonada sobre un cuaderno de apuntes. Su rostro estaba en la luz; pero como ésta daba aquí y allá sonoros lengüetazos, las sombras que hacían destacar en relieve su fisionomía, cambiaban a cada rato de dirección y las letras parecían moverse bajo su mirada. Paloche hundido en la profunda meditación de aquella lectura, no mueve un músculo, ajeno a la batahola de afuera, silencioso como un espectro en medio de la bárbara zambra del ventarrón. Los párpados caídos a medio cerrar impiden ver el ojo, cuyos movimientos se perciben apenas detrás y desde las sienas corren en líneas oblicuas a su ángulo externo surcos de piel vieja y amarillenta que se unen allí. La frente está llena de arrugas verticales y transversales que no se borran nunca. Hay mucha sombra en esos pliegues decrepitos, como si se hubiera en ellos condensado la grima de sus largas horas de investigación. Pálida era su piel, de esa palidez del insomnio de los trasnochadores intelectuales, los sempiternos moradores de los cuartos sin sol, los labios finos como hoja de puñal, así cerrados, de ancha espiral roja, casi ocultos por el bigote y la poblada barba que descendía a derramar las hebras blanquísimas sobre las últimas líneas de la página.

¡Pobre Paloche! Primero las yerbas del campo; la cepa-caballo que cura el riñón, el cedrón que corta la fiebre, el charque de carne y azufre que detiene el pasmo y el duraznillo que cura el estreñimiento. ¡Cuántos fracasos y terrores en sus correrías por los ranchos cuando alboreó su locura! Después el estudio interminable, todas sus lecturas y su espíritu reflexivo aplicado a las nociones que iban adquiriendo, la vejez prematura de su inteligencia, la desolada vejez del descreimiento que le contamina la fe y le entristece la esperanza. Su llegada a la facultad aquel maldito esfenoides y la sátira burlona que lo había acompañado casi toda su vida. Después de la efímera gloria de Mano Santa que concluyó en el sarcasmo de una derrota irremediable, zaherido, vilipendiado, hasta creerlo capaz de entregar la altiva nobleza de su intuición de la panacea universal a la villanía de vil comercio. A pesar de todo a medida que nuevas ideas se precipitaban en su cabeza y encontraba el fracaso siempre y el escarnio siempre, tenía ratos de desaliento y de nuevo se apoderaba de él, la sed de investigar y de saber, y otra vez surgía la misma brega por nuevos caminos y el mismo fantasma de la panacea agitando aquella pasión dolorosa de su inteligencia y mostrándole lejos una corona de gloria que él no alcanzaba nunca. Cierta melancolía creciente de su espíritu que lo arrastró después a la vida contemplativa y aquel espíritu jocosos de otros tiempos se encontró de esta manera dispuesto a lo tétrico como si previera en lo futuro la desesperación final. Sin embargo todavía estudioso y observador. La homeopatía se ha apoderado de su cabeza y los primeros ensayos felices acarician todavía su vida de soñador...

El pábilo empieza a crecer. El botón de fuego que lo termina se transforma en carbón. Hay poca claridad y Paloche ya no puede leer. Toma una tijera y corta un pedazo de la punta. Entonces la luz levanta otra vez su alto cono con gran brillo e ilumina los ojos del homeópata. La esclerótica ha perdido su color de nácar. Tiene reflejos amarillentos y un gran arco senil rodea la córnea. Por todas partes la vejez: en el ojo, en la piel y en la fe. Inclina otra vez Don Manuel la cabeza; el libro abierto dice Hahneman. De cuando en cuando escribe algún pensamiento en el cuaderno.

Los sirvientes llamaban en vano. Su vocear se perdía entre los crujidos de la puerta, la gritería del huracán y el zumbir de la arboleda. Al fin se decidieron. Un violento empujón hizo saltar el pestillo de madera y penetraron con la oleada de aire y de tierra. A oscuras se levantó Paloche preguntando qué se ofrecía.

-Lo necesitan en la sala, contesta un sirviente; Genaro se está muriendo.

-Ya lo preveía, contestó éste. No quieren hacer caso estos alópatas. Me parece que habrá llegado el caso de dar el Verátrum. Esta mañana le dije eso al Dr. Adonis; pero se enfadó mucho. Es demasiado erudito ese Adonis...

Paloche salió con los sirvientes. En el trayecto había empezado a calmar el viento y en el patio que ellos atravesaban, la tierra, se difunde como una niebla a través de la cual se disciernen apenas los salones iluminados. Las copas han trocado el bellaquear salvaje por un suave vaivén. Hay murmullos de hojas, roce de ramas, cuchicheos diseminados por todas partes y de cuando en cuando el frote estrídulo y el chasquido de alguna rama gruesa que cae a saltos hacia la tierra, de gajo en gajo. Lluve un poco, algunas gotas descienden oblicuas y no alcanzan a mojar el piso alfombrado de hojas. Hay fresco delicioso y olor a humedad, mientras los rumores de la calle reaparecen y brillan algunas estrellas que desde arriba escuchan los últimos ecos de la tormenta de tierra, desvanecidos tan lejos...

La nueva raza

Atalina se retiró del hospital, antes de la tormenta llevando de la mano a la chiquita de los cuentos que tenía diez años. Ha crecido. Es delgada, esbelta y erguida como un nardo. Camina ligero, en silencio, con cierto elegante andar y la cabeza inclinada un poco sobre su hombro izquierdo. Está nerviosa y triste. Lleva la sombrilla abierta, rodeada en el borde de maravilloso encaje, para defenderse de los rayos del sol occidente, tan vivos en sus reverberaciones purpúreas, la mano finísima cubierta por el guante lila de piel de Suecia largo hasta el codo. Su traje es sencillo, de lanilla azul, mientras el busto lo cubre una amplia blusa marinera de gran solapa abierta, ocultado el pecho por la camiseta de rayas celestes, y la cabellera suelta y atornasolada ondula a lo largo del dorso. La curva del perfil es bella y correcta, grandes los ojos castaños, húmedos y dulcísimos, rosados los labios y alabastrino el cutis. Cuando colocó la mano para abrir la portezuela del coche, miró al

pescante. Genaro no estaba allí, tal vez a esa hora habría muerto. ¡Pobre María, que se iba a quedar tan sola!

Chasqueó el látigo; el sol poniente quebraba en el cristal sus rayos carmesíes y se veía su disco a través de la cortina azul, saltar con violencia en los barquinazos. Catalina había colocado sobre su hombro la cabeza de la nieta sentada en el coche al lado de ella y acariciaba las hebras sedosas de su cabellera.

-¿Qué tiene mi chiquita, le preguntó con dulzura; por qué no conversa?

-¿Quiere, abuelita, que recemos la oración para Genaro?

Sí, mi chiquita, rece.

Entonces dijo a media voz la plegaria que acostumbraba a rezar arrodillada al lado de María la novia de Genaro a quien llamaban Alma en casa de Méndez, una oración que no estaba escrita, encontrada por las dos en los ingenuos coloquios. Era sencilla. Hablaba de los redimidos que dejan la tierra atrás después de caminar mucho tiempo entre la lóbrega noche de la culpa y llevan al cielo como Jesús la palma de los mártires. El amor de Alma y el corazón ingenuo de la chiquita, habían creado la plegaria. Bajo el cielo de la noche estival, sentadas en el corredor, la suelen repetir como si esa emanación purísima la quisieran entregar a las estrellas que las miran con tan religioso silencio. Genaro vivía -a pesar de los cinco años pasados- en la casa de Méndez, donde se conservaba el recuerdo vivo y cariñoso de sus bondades y de sus canciones de muchacho.

Catalina meditaba dentro del cupé, a medida que iba llegando a las afueras. Ese Genaro, ya perdido para la vida, le recordaba a toda una generación desaparecida que había vivido antes donde se levantaban entonces las manzanas de casas. Ella había asistido a la metamorfosis de los suburbios, que iba costeano el coche y pensaba en todo eso con una infinita tristeza. ¡Cuánto cambio en cinco años! La civilización ha atropellado al arrabal y a semejanza de voraz corola sarcófaga aprisionó e hizo desaparecer entre sus pétalos, hombres, cosas y tradiciones. El rancho ya no existe. Con él se ha ido el parejero y con este ha hundido en la pampa su silueta el gaucho para no volver más. A la guitarra de Santos Vega la hizo pedazos la piqueta del albañil y el último triste quejumbroso se ha dilatado lejos en las soledades sin término. ¡Adiós para siempre melodías virginales!. Con ellas se van los héroes silenciosos, estos homéridas que se llevan sus cantos, sus costumbres y las hazañas legendarias, los centauros del desierto, creadores de un cielo en la marcha gloriosa de nuestro pueblo. ¡Han escrito la epopeya! Han derramado en sus estrofas la inteligencia y la savia del sentimiento y cuando después apareció el baldón nefando y lacrimoso de las guerras fratricidas, ellos entregaron la fuerza. Vino la era de la labor paciente que hace fructífera e inmortal la conquista y los encontró extenuados. Faltos de vigor, no pudieron trabajar; sobrecogidos y atónitos ante la prodigiosa metamorfosis que se operaba alrededor de ellos, no supieron hacerlo y acostumbrados a domeñar en la llanura al potro, desdeñaron bajar a la tierra para entrar en las fábricas o para aferrar con la izquierda el mango corvo del

arado y abrir el surco. Entonces se empobrecen. Venden sus chacras, sus quintas y sus haciendas, mientras el ocio y el alcohol, la taba, el choclón y la trampa de las carreras costilla a costilla completan el aniquilamiento. La inercia física que enerva, contamina y mata las razas se apodera de ellos. Entonces esa generación se dispone a morir...

La última vela de sebo prendida frente a la Virgen de Luján se apagó, mientras el gaucho aperaba el caballo al lado de los escombros del rancho ¡que ya no era suyo! ¡Las últimas prendas! Las riendas con virolas de plata, el rebenque con cabo de plata labrada, el muelle colchón de cojinillos con hebras sedosas y azuladas y el lazo enroscado sobre la grupa del animal, porque él fue siempre el compañero de las imaginaciones y de las correrías juveniles, el que lo salvó en el peligro, el que distinguía y relinchaba de lejos cuando aparecía la novia con el pecho adornado de violetas y de madre selvas del cerco.

Paso a paso lo llevaba de la rienda. El ombú que estaba en el patio, a cuya sombra se sentaron los padres, esa mañana lo hablan derribado a hachazos. Sembrado estaba el suelo del tendal de hojas y gajos y astillas y el Pampero pasaba por arriba sin saludarlo como antes con sus murmullos. Solamente el tronco resistió acribillado de heridas, a semejanza de granítica hinchazón que echara al seno de la tierra sus raíces, a guisa de enormes palancas de hierro aferradas como con garfios a la entraña del suelo que lo vio nacer y lo alimentó con el prodigio de sus átomos fecundos. El gaucho miró al pasar y vio así mismo a los padres sentados todavía en las tardes estivales a la sombra del ombú y el mate con trípode argentado y el asador clavado oblicuamente sobre la brasa en las fiestas de la familia. Inclino la efigie entristecido y siguió a través de la quinta su peregrinación al desierto. Aquí estaba el pequeño jardín que la madre regaba todas las tardes, los claveles que tienen color de carne y las violetas que tienen color de cielo. Pero él pasó con su caballo por el vergel adorado que ya no existía y vio que en el centro había un montículo de arena revuelta con cal yagua, la mezcla que algunos hombres arrojaban con palas y cucharas a una zanja recta donde superponían ladrillos. Inclino la efigie el desterrado y lloró...

Paso a paso fue acercándose al oscuro cerco de moras, aquel viejo cerco que él conocía desde la niñez. Buscó los cañaverales que echan sus hojas verdes y triangulares al viento, las copas amarillas de la aroma hinchadas de esencia, las selvas de pitas que enmarañaban y hacían impermeable su trama y la larga fila de ombúes arrojados allí por la mano de la naturaleza para fortalecer el baluarte y defender la familia. Ya no había cerco. Una pared gruesa y roja se levantaba tan alta. El gaucho la costeo llevando a su caballo de la rienda y se acordaba que detrás debía estar la zanja llena de lirios silvestres que él acostumbraba a cortar para la madre en las primaveras. En cambio lo que observó a través de las lágrimas varoniles fue una vereda de piedra parda; cuadrada y chata. Montó a caballo y salió al paso. El casco del bridón acostumbrado a pisotear céspedes, sonó con fragor en el empedrado. El bruto extrañó el piso y se detuvo. Por la vereda a su lado iba caminando de clavel en la oreja un grupo. Estaban de fiesta. No eran guitarras las que se oían, ni triunfos ni vidalitas. El sonido de una acordeón por un lado, un arpa, un violín y una flauta de gran orquesta por otro lado. El saco negro dominguero ha ahuyentado al poncho; la polka ha expatriado al gato y se oyen por todas partes canciones exóticas que dilatan en los aires armonías, ritmos y cadencias desconocidas. Entonces el gaucho entró en los rayos del sol moribundo hacia la Pampa, inclinado el cuerpo adelante, a carrera tendida mientras el cabo de la daga

reverberando salía a un costado y chispeaban los botones de plata del tirador. Cuando el corcel llegó a galopar sobre el colchón de polvo otra vez y reapareció en el horizonte casi desvanecido en la noche la copa tenebrosa de algún ombú solitario, lo detuvo el gaucho y se dio vuelta a mirar. Al lado de su tapera hormigueaba la muchedumbre. Había estrépitos titánicos como de huracán. Tendían hacia él los brazos con palabras de amor y de bendición. Lo llamaban: ¡Padre! ¡Glorioso Padre! ¡Guerrero y mártir heroico! Pero el gaucho fugitivo sacudió la melena renegrada y lacia en las sombras murmurando: «¡No! ¡No! Cuando los padres envejecen, los hijos los arrojan fuera del hogar. ¡Quédense con la herencia! ¡La patria libre es mi obra! ¡Yo voy a morir! ¡Esa es la herencia! ¡Háganla grande!...» -y hundió las espuelas en los ijares del parejero ensangrentado que se estiró mugiendo y se borró en la noche...

Empezó la era del trabajo entonces. Tronchan y tumban la arboleda. Desmontan el bosque. Extirpan los cercos. Desarraigan el césped y arrancan cañaverales, alambres y postes. Borran las zanjas. Se abre el suburbio y se dilata el horizonte. En su marco azul allá en el fondo, se ven todavía quintas destinadas a desaparecer más tarde, con alambres y cercos de sina-sina o divididas por hileras de eucaliptos gigantescos. La región assolada por la mano del hombre empieza a poblarse. Una multitud de hornos se levanta, pirámides truncadas de ladrillos que abren su cráter al cielo, que presentan en los cuatro lados troneras oscuras y descansan sobre enormes bóvedas. Al lado los cardales secos, montones de paja y carbón y el pisadero circular y negro lleno del humus que arrancan los obreros hundiendo en el césped con el pie derecho la pala. Lo mezclan con bosta y agua y agitan en rededor la manada de yeguas, aglutinadas las colas de lodo, que giran y pisotean flageladas por el látigo y excitadas por los gritos. Después toman el barro tenaz y consistente que resulta, lo colocan en cajones chatos y lo dividen. Son los pequeños rectángulos negros que van sobreponiendo en largas hileras en el suelo. Allí se secan y se tornan cenicientas, mientras un pueblo innumerable, robusto y juvenil trabaja con las piernas desnudas hasta las rodillas, los brazos hasta el codo, sudorosos y frenéticos en medio de cantos y de alegrías. Van, vienen, aparecen y desaparecen ocultados en sus andanzas por los montones de cardos o detrás del túmulo, que espera el fango para aladrillararlo, o hundiéndose en las hondonadas de la cava, el piso al hombro para sacar tierra. Después hacen fuego en el horno y disponen alrededor los rectángulos cenicientos, unos sobre otros, separados los intersticios por capas de carbón y los juntan con el reboque de barro que aplanan con la mano y extienden en las cuatro caras de la pirámide. Debajo arde la hoguera. Se revuelve y chilla la llamarada que no puede lanzar al exterior sus torrentes de luz que se azotan y se estrellan contra la pared enorme que los ocultan y se repliegan al centro, bramando con devastadores mugidos. El fuego cunde, el carbón de los intersticios se enrojece y llamea. El humo filtra a chorros con violencia por todas las grietas que el calor abre en el fango reseco, silba, estrepita y rezonga como si fueran ecos lejanos del fragor y de los bufidos de la hornaza y se despliega después como una niebla mefítica y acre que muerde la garganta y asfixia, sobre aquel pueblo de obreros que se retiran al caer el sol al descanso, cantando los aires de la tierra natal. Entra la noche entonces. Las sombras se apoderan de los suburbios. Brillan aquí y allá luces en algunas casas y se oye la canturía monótona del grillo y lejanos ladridos de perros, mientras el horno brilla lleno de esplendor rojo que se destaca avivado por las sombras.

Con esos ladrillos los trabajadores han creado la ciudad nueva; la pared rectangular que circunscribe el sitio y fija la propiedad; el pozo en el centro con su gran brocal redondo y las dos piezas pequeñas a pocas varas de la vereda que miran al Este para que las cunas se saturen de los rayos del sol matinal. Todavía no hay sala a la calle. Los ahorros de muchos años de trabajo no alcanzan para ese lujo, y después hay que saber, que los muchachos son chicos y se debe guardar para ellos...

Los obreros conversan a las doce estas cosas sentados frente a las compañeras delante del plato grande de sopa humeante y sabrosa. En esa hora los niños hacen irrupción en el patio, el rostro sucio, los dedos llenos de borrones, la gran cartera de cuero negro a la espalda adherida con correas que pasan debajo de la axila como la mochila del soldado. Los sientan al lado de ellos para comer. Los padres hablan su idioma; los hijos el lenguaje que aprenden en la calle y que no se puede enseñar en la escuela, el único que van a conservar con todos los giros ingenuos y la riqueza de una lenta y prodigiosa elaboración en medio del sol y de las emanaciones de una robusta naturaleza entre la amalgama secular de todas las razas. Conversan y se entienden así mismo hablando idiomas distintos, porque los padres se han impregnado del medio y mezclan a su vocabulario extranjero las frases y los modismos que les oyen a los hijos, cuya vivacidad los seduce, los enternece y alienta. Entonces, mientras la madre a la hora de la siesta, mece con el pie la cuna donde duerme el más chico sobre su colchón de chala y canta aunque extranjera ese tiernísimo arrorró que todas cantan, el obrero despierto, descansa y sueña... Quiere ser rico para esos muchachos que han vuelto a la escuela; quiere ver todavía una vez la casa donde ha nacido y volver a morir allí mismo entre esas cuatro paredes que él ha construido para ampararlos; porque su patria es ahora la tierra que lo hospeda, donde han nacido sus hijos y su templo es esa casa de dos piezas de ladrillo rojo, llena de besos, de gritos y de vagidos y del temblor impetuoso de la ambición de su dueño... mientras oye que la madre sigue meciendo con el pie la cuna bajita donde duerme el más chico sobre su colchón de chala, en la penumbra de la pieza en medio del silencio profundo de la siesta. Así surgen por todas partes las casas de dos piezas, frente a frente, en hileras y en grupos. Forman caseríos, manchas rojas lejanas y pequeñas aldeas que borran después las explanadas vacías y se cuajan al fin en esas formidables manzanas cuadriláteros, que están allí sentados como fortalezas gigantescas construidas por la virilidad de la raza nueva, indeleble signo del esfuerzo titánico de la virtud y del trabajo, a guisa de colosales macizos miliarios que van señalando los grandes trancos de la ciudad, en su marcha pertinaz y conquistadora hacia la pampa.

Catalina despertó de aquel ensueño cuando el cochero apuraba la marcha viendo enfrente el paño azul oscuro de la tormenta. La chiquita había respetado su silencio. Cuando Catalina la abrazó para que no se asustara, ésta le dijo:

-Ahora eres tú la que no conversas.

-Es cierto, contestó la abuela, estaba como soñando. Pensaba que cuando yo tenía tu edad, no había nada de todos estos edificios que vemos pasar rápidamente. La ciudad era

muy chica. Todos nos conocíamos. ¡Cuántos dolores han pasado por estos que fueron suburbios, cuánta pobreza! ¡Cuántos apellidos han desaparecido en la miseria y en la deshonra!

El coche cruje en la rápida carrera. Un carro y otro y carruajes y gentes pasan volando al lado de él. La tormenta galopa hacia ellos en medio del siniestro resplandor gris. La gente desaparece de las veredas y detrás de las puertas vidrieras casi todas cerradas, se ve la luz del gas, mientras ellos siguen saltando por el empedrado y los pozos. Van a llegar. La noche prematura y los primeros sacudores del ciclón los envuelven, en medio de relámpagos vivísimos y de lejanos truenos. Penetran por la portada de la casa de Méndez. Rueda sordo y rumoroso el coche entre graves resonancias, bajo la bóveda del zaguán.

Cuando estalló el tifón, toda la familia estaba reunida en el comedor, mientras el vendaval y la nube de tierra aprisionados en el patio se enroscaban en el aire y se tiraban contra las puertas y paredes con zumbidos de catapulta. Conversaron largo rato en medio del fragor y de las trepidaciones de todo el edificio.

-Yo voy a ir a ver a Genaro, dijo Méndez, cuando pase el huracán.

-Sí; papá, yo quiero que vayas; agregó la niña; está mal, pobre Genaro.

-Y yo también, dijo Ricardo, apeándose de su caballo de madera.

-Qué tienes que meterte, tú chiquilín, contestó el padre abrazándolo.

-¿Yo? ¿Qué tengo que meterme? El sargento Genaro es mi amigo.

-Cómo, tu amigo, preguntó Méndez, sorprendido y mirando al niño, cuyo aire bravío y cuyo talento inquieto y batallador, lo tenían preocupado hacía tiempo.

-Sí, muy mi amigo. Yo le veía cuando paseaba con Alma por la plaza, antes de la guerra, y una vez que pasaba el batallón con la música no me pude sujetar. Le pegué un tirón a Alma y me largué adelante con una pandilla hasta el cuartel.

-¿Y quién te trajo después?

-El mismo Genaro, papá, pero allí en el cuartel me regaló una pistola.

-¿Qué estás diciendo? preguntó el padre y miró a Dolores.

-Yo no sé nada, Carlos, contestó ésta, que había comprendido aquella mirada llena de amable reproche.

-Nadie sabe nada, y yo lo digo porque se me antoja no más... porque nadie me ha de obligar a mí a hablar. Cuando me la dio, yo me la puse en el seno. Él me dijo entonces: esa pistola lo ha lastimado a su padre una noche (Méndez se estremeció). Yo la había guardado como recuerdo, porque a su papá, niño Ricardo, yo lo quiero mucho; pero ahora que vamos a la guerra de la revolución, pueda ser que me maten. Pa que no se pierda se la doy. Usted me va a hacer el favor de entregársela a su abuelita.

-Dónde está eso, dijo Catalina.

El niño sacó la pistola del seno.

-Traiga para acá, replicó la anciana. Es una grave imprudencia que tengas armas. No se puede jugar con ellas.

El niño la alcanzó.

-Pero esta pistola está cargada.

-¿Y cómo quiere que tire entonces?

-¿Y tú has hecho eso? Preguntaron los padres a la vez con gran ansiedad.

-Cómo no, me largo a los huecos con los muchachos, y el chumbo es para las mulatas y los renegridos.

Méndez miró a Dolores.

-Si no puedo con él, Carlos, me vuelve loca cuando tú no estás, y es necesario que lo reprendas.

Carlos Méndez lo sentó sobre sus rodillas, y lo aconsejaba con gran dulzura, mientras Catalina abría la puerta que iba a la sala, como si hubiera sentido ruido en ella.

-¿Eres tú, Alma? ¿Qué estás haciendo? Preguntó la anciana.

-La tormenta me dejó encerrada, contestó la novia de Genaro. Estaba limpiando los muebles llenos de tierra.

-Pasa para el comedor.

La niña se paró respetuosamente detrás de la silla de la señora.

-¿Cuándo vas a ver a Genaro? preguntó al rato bruscamente la chiquita. Ya no hay ruido en el patio, creo que el pampero se ha ido.

-¿Usted lo va a ver a él doctor? Preguntó Alma, tímidamente.

-Enseguida, dijo el médico.

-Porque al anochecer, continuaba la niña, vino Juan Paloche y dijo que la madre estaba muy grave; que D. Manuel estaba en el hospital curando heridos y que la homeopatía no le había hecho nada, y para que Vd. la viese.

-Bueno, me vendré del hospital con D. Manuel, y la veremos mañana.

Cuando Alma pronunció el nombre de Juan Méndez miró a Dolores como si hubieran hablado muchas veces de este individuo, cuya reputación de maldad y de sórdida avaricia conocían. Estaba enamorado de Alma. La perseguía y a ella la veían sufrir como si le tuviera miedo, y Carlos con esa previsión de los acontecimientos, ya desde entonces presagiaba alguna cosa trágica entre este hombre y Genaro.

Se lo había dicho a Dolores;

-Cualquier día hay una bárbara escena entre ellos.

Abrieron las puertas del comedor. El patio se iluminó por los resplandores sobre de la luz del gas. Había mucha tierra las baldosas aglomerada en los rincones y formando bajo el corredor largas colas de caprichosa forma. Los niños acompañaron a Carlos hasta la puerta de cedro con gran bullicio.

-Adiós, papá, le gritaban; vuelva pronto, vuelva pronto.

Se sintió un portazo. Los caballos se inclinaron adelante hundiendo la herradura entre los intersticios de las piedras y arrancaron...

Alma

Cuando Dolores trajo a María del conventillo cinco años atrás, le dieron una pieza en el corredor de la izquierda, en la casa de Méndez. Ella vino con su Virgen de Dolores y la máquina de coser que colocó sobre la alfombra en que estaban dibujadas frescas hojas primaverales y largos festones de rosas. Una puerta de cedro se abría hacia el corredor y por la ventana a la cual se había enredado la hiedra, penetraban las fragancias del jardín y los perfumes suaves de las flores del aire que colgaban de la reja y se balanceaban en la brisa. La chiquita de los cuentos le puso un sobrenombre. La llamó Alma. Dolores le había dicho;

-Esa niña que ha venido, es una alma bondadosa y desgraciada. Es necesario que tú seas con ella amable siempre.

Cuando Méndez le preguntó cómo se llamaba esa compañerita que le había traído, ella le dijo enseguida:

-Yo la conozco, papá. Es Alma, la novia de Genaro.

Cosía la ropa de los chicos, planchaba y los acompañaba a pasear, siempre resignada en aquella soledad de huérfana agradecida. Cantaba acompañada del ruido monótono de la máquina y los jilgueros que antes se paraban sobre el cerco de duelas del conventillo, para escuchar su voz, se vinieron con ella y llenaron el bosque de gorjeos. Se posaban sobre la reja de la ventana, sacudiendo las hojas de la hiedra con sus alas, para descender a piar sobre la baldosa y picar las migas de pan y los granos de alpiste arrojados por ella. Todas las mañanas se venían en bandadas a saludarla. Corrían de un lado a otro, frente a su puerta, con pequeños saltos, extendiendo las alas, apurados en aquel banquete matinal y llenando el ambiente de gárrulas canciones, mientras la brisa jugueteaba entre el gran capuchón de hojas de los perales, pomposamente vestidos, y la casa dormía en medio de la profunda paz de los primeros rayos de luz. Entonces solía arrodillarse en el jardín sobre alguna mata de césped, cuando todavía nadie se había levantado y con los ojos en el cielo y las manos colgando entrelazadas, rezaba las sencillas plegarias que le había enseñado la madre.

Mucho sufrió en aquel largo conventillo, en las horas del invierno tan yerto, cuanto llegaba la noche y la encontraba cosiendo hasta tarde. ¡Qué pobre cuarto el suyo! ¡Cuántos recuerdos de sus padres estaban allí guardados! ¡Qué horrible tragedia aquel día en que Genaro se había perdido para siempre... -porque ella tenía las flores que aquel le regaló, sobre el pecho, en una bolsita de seda, que era su relicario de pobre y las sentía crepitar en el suspirar profundo. Después de eso, su vida se empieza a llenar de amargura. Cuida y mece en su seno toda la congoja, sin una sola queja, sin que una palabra agria pronuncien sus labios. Era una virgen celestial y tranquila. Trabajaba siempre hasta tarde de la noche; pero sus cantos eran tristísimos y aquellos claveles que salían erguidos de la maceta de barro delante de la ventanilla de su cuarto, empezaron a secarse, los pétalos encarnados marchitos y amarillentos, arrugado el cáliz. Una extraña dulzura la invadió. Quería morir, pero sin ruido, allí mismo, en medio de la seráfica aureola, estática como un ángel en el seno de la inocencia de sus quince años, para que la amortajasen con una sábana como a Santa y echaran sobre su cadáver, el tul incontaminado; morir como una mártir desde que era la novia dolorosa que había palidecido poco a poco hasta casi desaparecer, a semejanza de los lirios cuando les falta el sol. ¡Qué melancólicos trenos los suyos!... Como reflejaban la honda nostalgia del ciclo que se iba acercando, saturadas las estrofas incultas de los últimos perfumes de las flores moribundas. Eran sencillas historias de violetas, a quienes la helada de Agosto corta las corolas azules, mientras las ramitas de los nidos, disgregadas por el viento recio, van volando una tras otra para caer sobre el prado, y las aves huyen, se refugian bajo el alero del rancho, pían quejumbrosas y sollozan la destrucción del pequeño hogar redondo. Tiernos cánticos los de aquella alma solitaria con quejidos que no se oyen y susurros lastimeros de tórtola herida. Recordaban la niñez, los ecos de la voz maternal, los besos, las tiernas endechas que arrullan las cunas, mientras la aguja empujada por el dedal de acero, cruje en la noche y rompe el silencio, cosiendo el percal. Oía ruidos de pasos que llegaban a los cuartos vecinos. Son padres que abrazan a los niños, los sientan en sus faldas, conversan con ellos y besan las hebras sedosas del áureo cabello, juegan y sonríen a la extraña farfulla infantil. Ella está sola, y contempla con alegría la historia de esos sencillos amores en cada pieza del conventillo. Después empezó a tener miedo; una noche en que un borracho sacudía la puerta con gritos y blasfemias. Se arrodilló frente de la Virgen de Dolores y amaneció sentada delante de la máquina. No había dormido. Cuando el alba entró

a saludarla con los rayos de oro y se extendió la luz que pasaba a través de los vidrios de su ventana sobre el piso de ladrillo, a la Virgen casta le pide se la llevara con ella, así angelical, antes que las sombras de la vida entenebraran la delicada filigrana de su alma. Ya no cantó más. ¡El pobre jilguero asustado, arruga las plumas de oro y se acurruca en el último rincón de su jaula de ladrillo! Ya no la baña el sol. Los heliotropos y los gajos del cedrón que sahumaban el ambiente se secaron, y delante del fanal de vidrio ya no hay ofrenda de violeta ni botones amarillos del aroma. Los pájaros que acostumbraban posarse sobre el umbral de la ventana para saludarla con sus trinos, vieron todo cerrado, sin oír más la voz angelical y armoniosa de la dueña bendita, y con las alas tendidas, se fueron para no volver más. Un solo hombre vagaba siempre como un fantasma sombrío por aquel cuarto. Es Genaro. Vaga en su plegaria de virgen arrodillada y en su memoria llena de infinita bondad. Un día no se pudo levantar. Iba a morir; pero Dios a veces ampara los huérfanos que duermen vestidos en el estrecho zaquizamí de techo de zinc yerto... Llegó Dolores del Río una mañana y la llevó a su casa. La primavera y los cuidados le restituyeron los colores y la fuerza y allí se quedó para siempre esa gaya flor del aire arrebatada a la muerte, esa dulce y enamorada pasión, en aquella alegre estancia llena de sol, henchida de esencias y vibrante del trino de los jilgueros que piden todas las mañanas su desayuno.

En esa casa fue sencilla su vida. La plegaria del alba, la máquina de coser, los paseos por la tarde acompañando a Ricardo y a la chiquita. De noche el descanso. En el invierno, al lado de la estufa del comedor mezclándose a sus juegos infantiles y viendo el alegre chisporroteo de la leña en la hoguera. En el estío sentada en la silla de hamaca, bajo las estrellas, rodeada por el sahumero del jardín, entre los encantadores coloquios de la niña y las cultas narradas en el gárrulo lenguaje bullicioso. Eran a veces paseos por los senderos de polvo de rojo ladrillo que dividían los prados floridos, o se paraban a contemplar los canarios con plumaje de oro, hamacados en el aro grande de hueso colgante del techo de la jaula, que les daban la bienvenida en el derroche prodigioso de sus armonías inimitables. Conversaban largo rato. Alma les narraba cuentos y leyendas: la historia del payador cuya guitarra tenía encantadas cuerdas tejidas por malevos con maravillosos sortilegios. Después supieron los gauchos del pago que estaban hechas con las fibras de las hojas aterciopeladas de plata sin brillo de la flor del aire, curvas y rígidas para recibir el rocío y los nimbos luminosos de la madrugada. Qué hazaña entonces que entre sus melodías jugaran susurrando los trebolares y chirriaran los cóndores y bramara el potro retozando y se oyera desde la estancia el grito del chajá, los mugidos y los balidos coreados de la hacienda lejana. Qué hazaña que el payador narre la honda y melancólica quietud de las tardes solitarias de la Pampa, cuando el sol condensa la luz en el disco rojo que se hunde allá abajo entre el cielo y la pradera infinita y cante el sosiego religioso con que entra la noche y oculta al universo. Siempre vencía. Pero una vez en tierra extraña aceptó la apuesta y la guitarra no sonó. Era que el alma de la flor del aire había muerto -en tierra extraña de inconsolable nostalgia, allí donde no late nunca el corazón del pampero y no suben las frescuras de los ríos mansos y no se dilatan las esencias de la pampa infinita. Otras veces miraban el cielo estrellado hablando de la amistad de los astros, sobrecogida la imaginación de los niños por la majestad infinita del firmamento.

Un día se enfermó la chiquita. Se hizo una fiebre tifoidea y Alma no se separó más de su cabecera. Toda la gran casa de anchos corredores se contrajo y se empequeñeció arrugada como un cariñoso abrigo alrededor de aquel gracioso santuario de su pequeño cuarto. Muchos días pasaron todos cerca de la camita de bambú donde ella estaba acostada, entre los espejos de los roperitos graciosos que reflejaban su luz sobre las paredes cubiertas del alegre papel nacarado, lleno de flores vívidas, bajo el techo tapizado de pliegues de seda lila. Méndez tuvo mucho miedo. Tomaba el pulso y la temperatura cada rato y auscultaba aquel corazoncito que latía con rapidez siempre como si estuviera asustado. Dolores se mantuvo al lado de ella varonil todo el tiempo, mientras Catalina con su serenidad de santa y su tranquilo heroísmo, fortalecía el alma de todos en aquel peligro. Sobre todo no le dejaba nunca solo a Carlos. Había que temer siempre por él; porque podía volver aquel viejo suicida de treinta años que se había hecho pedazos la frente de un tiro. Después de media noche iban a descansar. Alma tomaba a su cuidado a la enfermita. Casi siempre la tenía entre sus brazos, envuelta en frazadas, sentada sobre su regazo en la silla de hamaca, la arrullaba con sus cantinelas y la hacía dormir. La chiquita se había acostumbrado y quería pasar todo su tiempo así y se sentían en el silencio de la media noche, entre las penumbras de toda la casa, el crujir de la silla en los lentos vaivenes y las tiernas modulaciones de su voz. Una vez la chiquita se puso mala; tenía mucha fiebre. Su corazón era un tumulto, deliraba con Alma. Entonces ella la acarició y la cuidó en todas las horas, pasando muchas noches sin dormir. Después empezó a mejorar y la casa a alegrarse y por las puertas de su dormitorio abiertas volvía a entrar la primavera con sus perfumes y sus gorjeos.

Un día Carlos en el corredor, abrazó a la madre sollozando.

-¡Oh, mi madre, le dijo; qué grande es Alma! ¡Que mártir es!

-Sí, Carlos. Una criatura angelical, y si a ti te parece, nosotros podríamos... Catalina se detuvo.

Carlos abrió los ojos y los hundió en el corazón de la madre, mientras un escalofrío pasó como un relámpago a través de su cuerpo. Aferró impetuosamente las dos manos de Catalina y le dijo temblando:

-¡Tú eres un gran espíritu, mi madre! Dime lo que has pensado.

Catalina se sonrió.

-Cálmate, mi hijo. Adivina tú.

-No sé qué será.

-Esa casa donde tú has nacido, seguía la madre, se la podía dejar yo para después cuando me muera.

-Sí, mi madre santa, sí... que sea para ella. Pero no después que tu... porque tú no vas a querer irte... mi pobrecita vieja querida; ahora que la chiquita está mejor, y llevarte esta cabeza blanca que yo la tengo para cubrirla de besos.

Todo esto lo decía Carlos a saltos, y mientras besaba las canas de la madre, Dolores se había parado en el umbral.

Hermosa y pálida, vestía un largo batón de seda, amplio y crujiente.

-Dolores, tú has oído, dijo el médico.

-Sí, Carlos; pero habían demasiado fuerte y la van a despertar a Alma que se ha quedado con la frente dormida sobre el pecho de la chiquita.

-De ella hablábamos, Dolores.

-Ya sé. Yo también quiero lo que mamá y tú.

-Qué bueno es Dios, Carlos, exclamó Catalina.

-Sí, madre, cuando sana los chicos. Yo te aseguro que habría más creyentes si eso sucediera siempre.

Desde entonces Catalina tuvo una hija más. Hizo como muchas viejas que encuentran alguna desheredada por la calle, de esas que caminan descalzas, con los pies ennegrecidos, lleno de colgajos el vestido de zaraza, y las llevan a sus casas. Empiezan como si fueran hermanas de caridad, porque el buen Dios quiere que los pobres sean socorridos, y ya después, sin apercebirse, se transforman en madres. Se apasionan de esas sensitivas, desventuradas caminadoras de los patios sobre cuyas mejillas suena a veces la bofetada brutal, fugitivas despavoridas que huyen de las casas y azotan el cuerpo enflaquecido y el alma virginal a través de los locos peligros de la existencia. Llegan a tiempo y las salvan. Las abrigan y cuidan su candor. Les enseñan a leer, a escribir y a rezar, y cuando después, a pesar de todo, el atavismo las arrastra fuera de la mansión hospitalaria y las arroja al ciénago, las viejas angelicales sufren y lloran aquel injusto y doloroso abandono, como si fueran hijas que se perdieran para siempre. No escarmientan así mismo. Muy pronto alguna otra huérfana vagabunda entra a la casa. Ellas las crían y las educan como si la vida de los viejos necesitara siempre ese amor de los niños, a semejanza de esos troncos vetustos que echan cada vez más hondas las raíces en busca de la tierra negra y juvenil de la entraña, no aprovechada todavía.

Entraron al cuarto de la niña. Por un postigo entreabierto apenas, se escurría sobre la alfombra una faja de luz rosada, cuya imagen aparecía en el fondo de los espejos. A medida que avanzan, la camita de bambú empieza a dibujarse entre las medias tintas con su gracioso doselete arriba pendiente y tapizado de pliegues de faya oro muerto, los cortinajes de lampas blandamente colgando hasta el suelo de un lado y otro, a ocultarla casi. Apareció la barandilla caída y se vio al cuerpo de Alma todo inclinado sobre la enflaquecida persona de la chiquita, como cariñoso palio, mientras el rostro del lado opuesto dormía sobre la

colcha de raso, en medio de una tranquila paz de altar, en aquel casto silencio. El dormitorio sabía a perfume de flores frescas. Sobre la mesita de noche blanqueaba una bandeja de plata llena de corolas de jazmines y sobre la alfombra, al lado de la cama, estaba atravesado en el camino el coche de mimbre que hacía tanto tiempo no se movía de aquel cuarto. Lo separaron sin ruido en puntitas de pie, haciéndolo entrar en la zona de luz rosa. Dos grandes muñecas estaban sentadas con sus sombreritos de paja adornados de flores artificiales, como si hubieran llegado a visitar a la enferma. Siguieron un gran rato durmiendo las dos el sueño de los corazones inocentes, vigiladas por la familia, hasta que Dolores la despertó para que se acostara. Alma se retira a su cuarto; pero a la media noche, cuando piensa que todos duermen, se acerca otra vez la muchacha a la cama de la chica.

-Qué contenta estoy que hayas venido, dijo ésta incorporándose.

-¿Usted está despierta? ¿Por qué es eso?

-¿Quieres que te cuente?

-Sí, quiero.

-Bueno. Papá y abuelita estuvieron conversando despacio. Yo les oía todo. Han resuelto regalarte una casa.

-¿A mí? ¿Una casa?

-Sí, a ti, y yo no quería dormirte para decírtelo. Papá hablaba muy serio. Y agregó: por si se queda sola, para que tenga donde cobijarse. Yo me reía, porque nunca te voy a dejar sola yo.

-Gracias, querida nena; contestó Alma enternecida.

-Ahora me vas a dejar, porque quiero dormir.

-Me voy a quedar para velarla.

-Entonces sentame contigo en la hamaca.

Al rato, Alma la mecía suavemente. De repente, la niña abrió los ojos y la llamó.

-¿Qué quiere nena? Por qué no duerme

-Vos estás llorando.

-¿Yo? ¡Qué esperanzas!

-Mentirosa, mirá -y con el dedo índice le tocó la mejilla y lo puso cerca de los ojos de Alma.

-¿Ves? Agregó la chiquita. Está todo mojado.

Hubo un rato de silencio. La hamaca seguía crujiendo mientras la veladora diseminaba sobre la alfombra vivo esplendor. La llama de la mariposa aletea en el aire movido por el vaivén de la silla, y la sombra movediza de la copa de cristal se dibuja en el piso de aquí para allá...

-Cómo se pondrá Juan Paloche, murmuraba la chiquita, como entre sueños. Me lo figuro cuando sepa que te han regalado una casa.

Alma se estremeció. Tenía miedo de ese hombre.

-¿Por qué me dice eso? Preguntó Alma con sobresalto en la voz.

El otro día oí decir que quería casarse contigo, agregó sonriendo la chiquita.

-Yo nunca me casaré con él.

-¿Te has enojado, Alma?

-Con usted nunca me enojaré, dulce compañerita -y la besó en la frente con sollozos.

-Ahora me haces acordar que Genaro me dijo el día que se fue:

-Yo le voy a besar la mano blanca, dulce compañerita, por última vez. No me gusta nada ese Paloche, agregó de mal humor la chiquita. Le voy a decir a Papá que lo eche de casa cuando venga yo quiero que Genaro vuelva otra vez como antes.

Fue entonces que Alma agregó:

-Déjeme nena que yo también le bese la mano bendita.

La niña cierra los ojos arrullada por sus cantos. Alma la acuesta y se sienta sobre la alfombra y apoya en la cama el brazo en ángulo recto. En el hueco del codo coloca su cabeza y reza mentalmente el Ave María. La veladora ilumina su hermosa efigie llena de paz y de placidez santa... El ángel duerme...

Homeopatía

Mientras Méndez empujado por los niños se dirige al hospital, Don Manuel de Paloche ha penetrado a la sala con su cartera chata de glóbulos homeopáticos debajo del brazo derecho. Se acerca a la cama de Genaro seguido por las hermanas de caridad.

-A nosotros nos parece que está muy grave, dijo la Superiora.

-Yo también creo, murmuró Paloche.

-No piensa, señor, que le aumentemos el cloral.

-¿El cloral, dice Usted? Yo no puedo dar consejos sobre metafísicas alopáticas y afirmo que esos tratamientos están fuera de lo racional.

-¿Entonces qué se hace? No se puede dejar morir un enfermo.

-Yo sé bien lo que hay que hacer. Hay que dar el Verátrum y asociar el opium. Son remedios infalibles.

-Proceda, pues, entonces, señor Paloche.

-¿Proceder? ¿Y el doctor Adonis hermana? Me come vivo si llega a saber. Ustedes lo han de haber oído opinar muchas veces a mi respecto, en su jerga franco-española: Il m'embête con su homeopatía, este señor Paloche. Un día me dijo sacudiendo los hombros de mal humor: Je m'en fiche de votre Vératrum. Laisse moi tranquille.

-Nosotros creemos, contestó con gran seriedad la superiora, que estas consideraciones no deben detenerlo. Antes que todo, está la salud del enfermo.

Entonces don Manuel obedeció. Toma con la izquierda una cuchara de plata y echa en ella dos glóbulos de un pequeño tubo de cristal y un poco de agua destilada. Enseguida coloca la derecha debajo de la almohada y levanta con ella un poco la cabeza de Genaro. Le da a beber y suavemente la acuesta otra vez, mientras la violencia del delirio había pasado ya antes de tomar esos medicamentos y su respiración se empieza después a ser más regular, el inconsistente palabreo rápido disminuye y al fin, la cara de Genaro se queda quieta. Duerme. Don Manuel toma el pulso con gran atención en medio del silencio de la sala.

-Parece que está mejor, exclamó la superiora.

-¡Como no, hermana! Han debido hace tiempo dar el Vératrum. Ya ve con el opium que es menos enérgico, ha bastado. Yo le aconsejé eso al doctor Adonis, pero él me contestó:

-Bigre! No tengo necesidad qu'on me donne de leçons. He estudiado el alcoholismo con Lanceraux moi!

Las hermanas estaban acostumbradas a las genialidades de Paloche; pero mientras ellas obtuvieran su objeto, poco importaba como en este caso.

Otro enfermo que contemplaba la escena, lo llamó; tenía un dolorazo de cabeza, una congestión insoportable.

-Estoy seguro, dijo Paloche, que estás estreñado, muchacho.

Las hermanas empezaron a mirar al techo como distraídas. Se alejaron un poco.

-Es cierto, don Manuel, contestó el enfermo.

-Y no me cabe duda que te han de haber soplado algún purgante salino.

Las hermanas se siguieron alejando.

-Sí, don Manuel, replica el enfermo, y es desde entonces que no puedo...

Las hermanas iban llegando a la puerta.

-Etcétera, etcétera... agregó don Manuel. A ti te daremos la nux vómica que regulariza.

Más allá se levantó un enfermo y otro, y la revolución terapéutica se inició en toda la sala. Paloche estaba violento. La mejoría de Genaro y el milagro de aquella congestión curada en un cuarto de hora, le hicieron perder el seso. Parecía un poseído. Había desplegado sobre una mesa su cartera negra y aparecían los tubitos brillantes en fila, con sus pequeños glóbulos blancos. Los ojos del homeópata brillaban. Se enrojecieron sus labios mientras con la mano flaca y nerviosa sacaba los tapones y en la cuchara de plata echaba los glóbulos. Iba caminando de cama en cama, solícito, anhelante, criticando en voz alta los tratamientos empleados y pregonando los maravillosos efectos del sistema homeopático. La sala se alborotó. Había ruidos y cuchicheos por todas partes y se victoreaban los éxitos y la audacia de Paloche. Los enfermos dominados por aquella ráfaga de elocuente locura tragaban los glóbulos. Era una batahola. En medio de la algazara se erguía la figura escuálida de Paloche y se oía su voz sobre todas las demás, con tonos solemnes y sentenciosos. Las hermanas creyeron que don Manuel se había enloquecido. Les pareció un endemoniado y salían asustadas con ánimo de llamar un sacerdote para que lo exorcizara.

Se presentó el doctor Adonis. Un príncipe. Estaba parado en la puerta. Las hermanas lo rodeaban. Alto de estatura, un poco grueso, blanca y marmórea la tez del rostro, los ojos castaños y suaves detrás de los lentes, de oro que dejaban un surco rosado a un lado y otro de la nariz fina y recta, delicado y correcto el óvalo del semblante, casi femenino, el labio rojo y delgado, cubierto del negro bigotito de punta levantada e insolente, la frente chica y fugitiva y el cráneo prolongado hacia atrás. Con cierto contoneo de odalisca en el andar, la voz aflautada, la r gutural y francesa, se movía el doctor Adonis estirado en su traje correcto de irreprochable corte, chispeando un brillante en el centro de su gran corbata de raso. ¿Su alma? La había entregado. La tenían aprisionada los autores Franceses y Alemanes. Nacido argentino, perfeccionado en París, con poco talento, pero con un caudal de erudición deslumbradora capaz de satisfacer las exigencias más cultas. Por lo demás, buen muchacho, campechano a veces, jactancioso no poco, calavera lo necesario y vulgar con frecuencia en demasía en sus frases, creyéndose gentilicio. En suma, una incongruente

combinación de fuerza muscular y de feminidad, un bajel sin brújula, indeciso, como todos los que se acostumbran a pensar con cabeza ajena.

-C'est drôle! Dijo Adonis irritado. ¿Que esta sucediendo ma soeur?

-Es que yo hice llamar a don Manuel, contestó con gran circunspección la superiora, porque Genaro estaba muy grave. En el hospital no había practicantes y el señor Doctor había salido. Pero ahora parece que el señor Paloche se ha enloquecido, agregaba la hermana, cuyas opulentas carnes temblaban de terror.

-No está loco, no, cet imbécile d'homéopathe. No ve usted que me ha bouleversé todo el tratamiento.

-Nosotros quisimos contenerlo, pero parece que tuviera como un demonio que lo empujase.

-Hágalo usted llamar sapristi! Replicó el médico interno.

Paloche estaba dando el arsénicum album a un enfermo. Se aproximó lentamente con la cuchara en la mano y la cartera tomada de una punta. Algunos globulillos cayeron saltando por el piso.

-¿Con qué derecho está usted cambiando la terapéutica? Preguntó Adonis.

-Yo no tengo derechos, agregó rápidamente don Manuel, lo que yo tengo son deberes.

-Ma foi! explíquese usted, dijo con gesto imperioso Adonis.

-¿Yo? Replicó Paloche sacudiendo la cartera. ¡Dios me libre! Ahí está Genaro curado. Le han dado durante tres días cloral sin resultado ninguno. Después de esto pídale usted a él explicaciones.

-Las consideraciones que debo al doctor Méndez, que es mi amigo y que me lo ha recomendado, me impiden arrojar ahora mismo a la calle a este señor, dijo Adonis dirigiéndose a la superiora.

-¡Bah! Murmuró Paloche, estos eruditos cuándo declararán de ser majaderos.

Alguien entró en ese momento a la sala. Era Carlos Méndez. Adonis le estrechó la mano, diciéndole:

-Es un escándalo, Doctor, esto no puede tolerarse más.

-¿Quiere permitirme que vea a Genaro? Preguntó Méndez.

Se acercó a la cama y lo miró dormir un rato largo en silencio. Le tomó el pulso pensando como distraído en muchas cosas. Genaro estaba mejor. Cuando se dio vuelta sonriente para retirarse, Paloche le decía apretándole la mano:

-¡El opium! Doctor, el opium, efectos maravillosos en el delirium tremens.

-Pero usted se olvida don Manuel, que el tiempo es un gran médico, y que puede haberse curado por eso.

Paloche tuvo una sonrisa de incredulidad mientras la calma habla entrado en la sala alborotada. Méndez tomó del brazo al doctor Adonis, llevándolo hasta el patio grande del hospital. Pasearon bajo la arboleda tupida, en medio de la brisa fresca que había seguido a la tormenta de tierra, entre el leve murmullo de las hojas.

-He venido a ver a Genaro y a llevarlo a Paloche, dijo Méndez.

-Ese hombre ya no puede quedar aquí, contestó Adonis entre satisfecho y enojado.

-Es que se trata de algo muy serio. La señora, aquella pobre demente a quien usted conoce, está muy grave, por eso antes de irme deseo que usted se reconcilie con él.

-Pero doctor Méndez, no cree usted que sea necesario luchar con este hombre que está alborotando la ciudad entera con su homeopatía. Il faut les anéantir ces coquins d'homéopathes. Lo que es a éste, mañana lo zambullo en una cárcel. Es un caso de curanderismo agudo. El consejo de higiene resolverá. Il m'a toujours embêté ce vieux renard. Estoy harto. Por consideraciones a usted, todavía queda aquí haciendo escándalos.

Adonis decía estas cosas con gran violencia, mientras Méndez caminaba en silencio al lado de él.

-No haga eso, le dijo al rato con voz grave, como si fuera el eco de una grande emoción íntima, porque Paloche no es un delincuente, como Genaro, ese pobre herido, no es un malvado.

-Oh la là! exclamó el médico interno C'est drôle! ¡Usted justifica le vagabondage et le crime! Replicó Adonis con acrimonia.

Carlos se detuvo y colocó su palma derecha sobre el hombro del médico interno. Había mucha oscuridad en aquella alameda flanqueada de eucaliptos gigantescos, mucho silencio en aquella callada corte. Los pabellones del hospital se erguían con sus zonas tenebrosas de paralelepípedos prolongados y formaban cuadro alrededor, arrojando más sombra al recinto. Los dos hombres frente a frente se buscaban los ojos en la negrura sin vérselos, mientras la mano de Carlos cada vez más pesada, apretaba el hombro como una garra. Por arriba de la alameda, la línea del cielo manchada a trechos por la espuma diseminada de las constelaciones, mientras detrás del caprichoso intersticio de ramas y hojas, se divisaban extraños rasgos azules, y los rayos de luz de algunas estrellas.

-¿Qué tiene usted, Doctor? Dijo tranquilo Adonis, a pesar de la apretura. ¿Está usted nervioso?

-Le ruego me prometa que no va a encarcelar a Paloche.

-No tengo inconveniente si usted me lo pide.

-Usted debe hacerlo, doctor Adonis, por estas dos razones fundamentales. La señora de él, está moribunda.

-Eso basta, eso basta, contestó el médico.

-Yo sabía que usted era un bondadoso, dijo Méndez estrechándole la mano; mientras la zarpa se abría, relajados los músculos, flojos los tendones. Y después, yo le afirmo a usted, seguía Carlos, que Paloche es un soñador y un pobre desventurado, como yo he conocido muchos en las casas.

-Pero es difícil, perdonar, doctor Méndez, estos sacrilegios homeopáticos.

-Oh Dios mío, y qué mal ha hecho ese pobre loco a los demás. Su vida ha corrido siempre en pos de la panacea universal, -una quimera siniestra en este caso, y bien siniestra, porque le ha deshecho el cuerpo átomo por átomo, y el espíritu, hebra por hebra. Yo sé que ha perdido casi todos sus bienes en este brutal combate contra lo imposible, y ese pobre viejo morirá en la lucha, arrastrado al abismo, como por una Euménide. Su hogar está perdido; una de sus hijas vive en la miseria y en la deshonra, y Juan Paloche es un malvado y un bestia. Perdónele, pues, a don Manuel sus extravíos y no tome medidas en su contra.

-Ce n'est très facile que de pardonner a estos homeópatas mistificadores.

-Usted no ha vivido, doctor Adonis, es muy joven, por eso perdona tan poco. Usted es feliz y rico. No ha tenido grimas y no ha sufrido. Mejor para usted que no se ha apercebido de las hondas torturas que labran la mente humana. Disculpe que le diga estas cosas, pero usted comprende que me sabía mal pensar que don Manuel pudiera estar mañana en una mazmorra. Ese pobre viejo tiene hijos y cariños. Le digo todo esto con el objeto de significarle mi gratitud por su noble proceder. Después usted es muy joven. La ambición suele venir más tarde. Duele mucho entonces pensar que uno va a desaparecer para siempre y cuando llegue su hora, se va usted a apercebir como taladra ese verme y como labrega por romper la tiniebla y surgir, roe y carcome las vísceras en los profundos silencios del soliloquio. Yo no le deseo esto porque usted es mi amigo. Mejor es no saber, no ver y no vivir; pero usted es hombre y estas son pasiones de hombres. Algún día puede tenerlas. Entonces aprenderá cómo irritan los obstáculos que la maldad amontona sobre nuestro camino; cómo desalienta y enloquece el fracaso; cómo angustia el mareo de la gloria y de la riqueza lejana, y las efímeras vaguedades de una felicidad que se aleja siempre. Confieso que tuve en su contra un movimiento de ira, le vuelvo a pedir disculpa.

-Oh mi querido doctor Méndez, exclamó Adonis en medio de una gran alegría, je suis charmé de vos observations. Pas de compliments! Saprelot!

-Vea, doctor Adonis: si yo le digo que perdone, es porque detrás de ese ropaje suyo que parece vano y pueril, detrás de esas coqueterías tuyas, hay un corazón noble y generoso. Yo me voy ahora. Le agradezco mucho, y le ruego crea tanto como yo, que Paloche con sus monomanías, y ese pobre Genaro con su cuerpo herido y el alma impulsiva, herida y moribunda, son dignos de todas las misericordias. Antes de irme, un voto: no sea más que médico.

-¡Canastos! Contestó Adonis. Ya lo creo, je vous en assure.

A Carlos le temblaba la voz. Había puesto su mano izquierda abierta sobre el hombro de Adonis y tenía en la otra apretada su derecha. Estaban en medio de la noche, siempre en aquella alameda, sin verse casi. Se oyeron al fin palabras de despedida y los pasos de los dos hombres en dirección opuesta, acompañados por los ecos sucesivos. Algunos grillos entonaban en la arboleda la estridente y monótona canturía, y una que otra luciérnaga asustada por el ruido de los pasos describía en el césped su parábola de luz. En ese momento sacan de la sala, en una camilla, a un muerto. Caminan los hombres que lo llevan a un lado y a otro, callados, cepillando un poco el piso al unísono. Los grillos siguen cantando sus tristes adioses, mientras el coche de Méndez que lleva a don Manuel de Paloche, sale del hospital, y las ruedas castañetean lejos, en momentos en que los camilleros desaparecen en la mancha informe de las sombras. Volvió al rato la absoluta quietud y dentro de las murallas tenebrosas de la sala, todos dormían, en la hora en que el reloj del hospital empezó a dar las doce. Después de la última esquila argentina y trémula, hubo silencio...

La seca

Juan Paloche caminaba a la tarde siguiente a un costado de su carreta de bueyes, la picana al hombro. Usaba camiseta -la camiseta italiana a cuadros rojos, abierta adelante, dejando ver sobre el pecho expuesto al sol, una gran mancha trigueña, el rostro tostado y sudoroso, el ojo bravo y desconfiado, inculta y enredada la barba rojiza. Calzaba largas botas, blancas del polvo levantado en el camino, los brazos amarillentos y escamosos, la mano áspera, grietada y callosa, cubierta de una zona parda que llegaba hasta la muñeca como un guante que la luz y los ardores de ese estío hubieran gravado sobre aquella piel, como indeleble color de la intemperie. Las ruedas giran despacio por aquel colchón quemante y plano de tierra, triturada por la gran seca hasta transformarse en finísimo polvo que cala de las llantas, mientras los bueyes, achatada la nuca por el yugo y largo el morro, cansados en la vuelta a la chacra, levantan entre sus patas, un nubarrón ceniciento. Se querían parar a veces, como buscando descanso en esa hora ardiente de la siesta, pero Juan corría hacia ellos hundiéndose con alma y vida en sus lomos, la púa de la picana. Emprenden entonces otra vez la marcha lenta y pesada asustados por los gritos feroces, mugiendo con lastimeros sonidos sordos, cuando aquel pateaba sus cuartos, como si quisiera de este modo largarlos al trote para llegar a la chacra. Había seca. El sol ya un poco oblicuo era un disco

de fuego al blanco, un hervidero de luz, cuyos chorros deslumbradores escapaban a los costados en violenta ebullición. Alrededor, el cielo azul y quieto y solitario casi, como si los vapores que suelen cuajarse en esas largas nubes blancas que se haman en el éter, se hubieran evaporado en la hornaza. A lo largo del camino a Monte Castro, alambres que atraviesan postes retorcidos, y de trecho en trecho, la barra de hierro acanalada y perpendicular que los mantiene paralelos cruzada por ellos y sostenida en el aire. Caminaba lentamente crujiendo la carreta en medio de la soledad de la tarde, a través de la atmósfera ardorosa, mientras a un costado y otro, se extienden los prados de trébol amarillento, y aparece raquílica, baja y rala la hebra verde de la alfalfa. Por todas partes zonas de tierra en que el pasto reseco y como ardido se arrastra para formar una desolada alfombra pajiza, perdidas las hojas, los tallos desnudos y agachados besando la tierra, como si hubieran cedido al pisoteo prolongado de alguna hacienda furiosa. Aquí y allá superficies calvas, grietas, hendiduras y hondos resquebrajamientos; -el humus contraído que tiene sed y abre sus fauces ásperas como implorando el beneficio de algún torrente de aguas frescas y cristalinas que aplaque su entraña, mientras más lejos echa el Maldonado su estrecho cajón tortuoso y árido, sin una hebra de yerba en sus bordes, sin una gota de líquido entre los terrones cenicientos.

Por todas partes, en ese damero de chacras, dentro de los alambrados cuyos postes en fila parecen así a lejos, soldados rígidos a quienes la muerte hubiera clavado en el sitio, por todas partes, como un cansancio y un anhelo de escapar a dormir a la sombra de los escasos montes de sauces que presentan el verde volumen de sus caireles blandos y flexibles. De cuando en cuando a lo largo de algunos cercos de sinasina, se levantan eucaliptos, con sus viejos troncos erguidos de opulenta cimera tenebrosa, gigantescas palmeras de los desiertos suburbios, que se distinguen en el horizonte como enormes manchas negras a cuya sombra descansa y duerme en la hora de la siesta, el peón de las chacras, al lado de los bueyes que no se mueven, la cabeza acostada, sobre el espolón del arado cubierto todavía de la tierra negra del surco. De cuando en cuando tablas de verdura, pequeños oasis divididos por canaletas húmedas del riego artificial- el chorro cristalino que llega de lejos desde el montículo, donde han colocado la noria, que el caballo mueve girando todo el día alrededor, paso a paso, cubierta casi toda la cabeza con su escafandra de cuero, las anteojeras que engañan su marcha e impiden el mareo, -la noria que está siempre cerca del rancho con techo de zinc o al lado de las pequeñas casas de ladrillo sin rebocar. Estas se levantan aquí y allá, una en cada chacra, protegidas por paraísos o viejas higueras y a veces por la sombra de algún ombú, ese pobre perseguido de la civilización, disperso a largas distancias en la derrota doliente e irreparable. Al lado de las casas las parvas de pasto levantadas como grandes urnas, amarillo negruzcas a la distancia, se irguen amontonando la riqueza del pastizal cortado a guadaña, en épocas más prósperas, cuando los prados húmedos de rocío y de lluvias extienden al sol el verde y blando edredón de la yerba lujuriosa. En otros tiempos se podía bendecir esta paz solemne de los campos, abiertos por el arado de marcha lenta y certera, y cantar himnos a este libre sol de los suburbios que tuesta la tez de los chicos y provoca el tripudio de la germinación, sino fuera esa fúnebre tristeza del prado sin lluvia, de las flores mustias, de la yerba marchita, de la atmósfera divinamente diáfana, sin frescor de brisas y sin cantos de pájaros, del trabajo sin recompensa, del ahorro estéril, ¡de la virtud sin cielo y sin esperanzas! Así en esos días de fuego se esconden las aves debajo de las hojas la cigarra cerrucha con ritmo áspero y duro, las torcazas tuban en el monte de duraznos, mientras el labriego se asoma muchas veces a

espiar el horizonte, observa melancólicamente el sembradío agostado y mira después a la compañera y a los chicos que juegan sentados a la sombra de la casa. A pesar de todo vuelve más tarde a despedazar con el arado el rastrojo, donde se ha perdido la cosecha de maíz, y donde se ha secado la alfalfa y parados sobre la rastra rectangular, trabada con ramas secas, se hacen llevar lentamente por los bueyes y aplanan y pulverizan los terreones. Siembran después echando los puñados en semicírculo y marchando adelante, el busto erguido, como en son de conquista, mientras en otras partes construyen y elevan la parva, o vigilan y guían a través de las tablas de verdura el agua que sigue cayendo a chorros de la noria. Aunque trabajen tanto la seca es implacable. Sigue y exige sus víctimas. Sobre su altar doloroso ofrecen en holocausto a los caballos enflaquecidos que a latigazos echan a la calle. No hay agua, ni pasto para ellos. Caminan lentamente, buscando algún arbusto en las zanjas y alguna mata que roer a la sombra de los eucaliptos. ¡Qué escuálidas figuras! ¡Qué triste mirar el de esos rocines, cuyas ancas están escavadas, dentro de la prominencia de los huesos! Así parados con sus pescuezos sin carnes, el cuero sucio de tierra, las colas y las crines enredadas de abrojos, parecen espectros, que quisieran recordar a los bárbaros, que los arrojan todos los beneficios del trabajo de tantos años, sin más recompensa que la ingratitud humana, sin más corolario que perecer de hambre y de sed sobre el colchón caliente del polvo de la calle, entre la grima huraña del dolor silencioso. Permanecen inmóviles y rígidos dos o tres días. No se tiran al suelo, porque saben que no van a tener fuerzas para erguirse después. El hambre sigue y ninguno de los caminantes hace caso de esos tordillos blancos, llenos de úlceras, que van a morir. La sed sigue y cuando pasan las carretas al lado de ellos, levantan la cabeza un poco, como implorando, pero la carreta cruje, marcha y desaparece, mientras sus flancos se hunden, sus espacios intercostales entran hondos en el tórax, las costillas se enarcan adelante en prominentes curvas y los encuentros forman una hinchazón ósea, monstruoso contraste con el plano flaco del cogote. Una mañana amanecen echados. Ya las patas, cuya fibra muscular ha sido tragada por el hambre, no pueden resistir. Los animales han caído de rodillas y han concluido por acostar la osamenta. Tienen así mismo erguida todavía la cabeza, que mueven a un lado y a otro como queriendo espantar el enjambre de moscas bravas, que forman sobre ellos una nube zumbadora y los agujonean, los hieren y la sangre corre en hilos largos sobre sus cuerpos, en esas horas en que el sol les quema los sesos y les reseca las carnes. Al fin acuestan la cabeza para siempre. Pasan carretas y jinetes en corceles de pelo luciente. Caracolean esbeltos al lado de ellos, pero nadie hace caso de los tordillos blancos, que van a morir! Son indiferentes. Huyen más bien del espectro vencido que abre hacia ellos el grande ojo lánguido y fúnebre y respira con el hocico entre la tierra moviéndola. Por arriba gira el carancho y asoma el cuervo su bulto negro. El animal ha muerto de hambre y de sed. Está tirado en la zanja o atravesado en la calle, su vientre se hincha. Hiede lejos... La putrefacción se ha apoderado de sus entrañas y las aves carniceras las apuñalean y desgarran en el banquete bestial. Los vacíos se abren y aparece el verde húmedo y ovalado de las panzas y de las tripas que van a reventar... Se agusana y se llena de líquidos negros... Hiede lejos... El aire mefítico llega a veces hasta las casas y contamina la atmósfera perfumada que se cierne sobre los pequeños jardines que las adornan y que las niñas de cutis rosado y robustas caderas riegan. Allí están los claveles, que regalan el Domingo al novio, el cedrón, los nardos y las rosas silvestres, acariciadas por las gentiles y enamoradas intenciones de la eterna alma femenina, que endulza el dolor de la seca en las casas solitarias del damero de chacras, mientras la noria sigue girando sobre su artificial colina, movida al tranco sosegado del caballo, cuya silueta se pierde al fin entre los claro-oscuros

del crepúsculo y el esqueleto del tordillo acostado en la calle cierra los ojos moribundos para dormir su última noche...

Juan Paloche seguía caminando. Miraba con rabia toda aquella mustia naturaleza.

-Tanto trabajo al ñudo, pensaba. Este año voy a perder plata. Tras que los peones le roban a uno y en el mercado le roban, todavía la seca infame. Si lloviera.

Juan miró al ocaso y cerró enseguida los ojos desmembrados por el sol. Un poco de brisa caliente, que soplabá en ese momento, le hizo dar vuelta la espalda. A cien varas detrás de la carreta se irguió un cono de tierra.

-El remolino -rugió Paloche. ¡Ya te veo, canalla! Era lo que faltaba y levantó hacia atrás, sobre su cabeza la picana, hudiéndola a gritos en el anca de los bueyes. Alrededor del cono, rasando el suelo, se veían saltar de un lado a otros pequeños torbellinos cenicientos, disparando en todas direcciones, como agitados por una violenta furia de movimiento. Van y vienen, menean sus trompos, lanzándose contra el cono. Tuercen camino, huyen, se disipan para rehacerse más lejos y volver al centro del vértigo más voluminosos, como si quisieran acumular fuerzas y polvo alrededor del ceniciento gigante que irgue más alta su gran plataforma, mientras tiende en la calle plomiza la espiral de su cola delgada y larga. Esta empieza a vibrar al rato con movimientos de reptil. Ondula, alarga y encoje su línea y de repente con un salto brusco clava la punta en la tierra. ¡Es la señal! Todo el cono se agita del vértice a la base que se mueve con lentas y pavorosas inclinaciones. Empieza a girar despacio con tendidas, y retrocesos y zigzags, describiendo curvas bruscas, como quien titubea por elegir camino. Se dobla al rato casi a quebrarse y emprende la marcha. Arrastra consigo y hace subir a través de su eje un montón de hojas secas, arrebatadas a pesar de la gravedad en el vértigo. Se viene hacia la carreta, dando vueltas rápidas sobre la púa, aglomerando tierra en su seno, cada vez más alto y denso el remolino, que avienta a los costados desde la base violentas colas de polvo. Paloche que lo siente cerca se da vuelta le amenaza con el puño y vocifera con la cara iracunda:

¡Tu madre! Me vas a concluir de ahogar los bueyes. Toma enseguida con las dos manos la picana en ristre y embiste con feroz ceño. Los animales heridos mugen y empiezan el pesado trote, zangoloteando los flancos. El remolino desviado por las encontradas brisas se divide al pasar un alambrado, describe un semicírculo sobre la pradera amarillenta, se rehace, vuelve a la calle, apurado frenético, vertiginoso, siempre chorreando el trompo curvas de polvo. Atropella la carreta, se hace trizas en su volumen, aglomera montones de tierra en los ángulos, sobre el cuerpo sudoroso de los bueyes, mancha el traje grasiento de Paloche, filtra por sus narices, le gana la garganta y los envuelve a todos un rato en la densa cortina, que se agita y vuela en todas direcciones. Los bueyes se detienen, mientras Juan, enfurecido, picanea y grita corriendo de un lado a otro. Llegan al fin a la tranquera de la chacra que está cerrada. Paloche aferra la larga barra de fierro suspendida con una cadena de uno de los postes y la descuelga...

Juan Paloche

A un costado sentada en la zanja había una mujer que lo llamó por su nombre. Juan reconoció a Clarisa la pobre perdida de los barrios oscuros.

-¿Qué hacés aquí? Grandísima... preguntó de mal talante.

-Me dijeron que mamá estaba por morir y he venido a verla.

-¿Cuántas veces te has caído en el camino?

-¡Amalaya te hubieras muerto!

-Juan no me vas a echar, replicaba la mujer con voz sollozante. Tené compasión de mí.

-¿Quién te acompañó hasta aquí?

-¿Quién va hacer eso, si estoy tan pobre y tengo tanto dolor en el corazón?

-Ya sé. Ahora ya no puedes andar con ese borrachón de Genaro, porque te lo han herido. Un puerco que ha hecho dos muertes y pretende todavía meterse en las casas decentes...

Juan se detuvo. Ya iba a revelar su secreto. El recuerdo de Alma cruzó como un relámpago su cabeza, mientras Clarisa sentía por aquellas palabras una profunda congoja. Al rato extendió Juan el índice hacia la ciudad y le dijo:

-Bueno, ándate...

Por favor no me echés, contestó la mujer de rodillas.

-¡Sí! ¡Sí! Estoy cansado de mantener araganes. A la vieja hace dos meses que la tengo aquí. No hago más que gastar yo. No quiero saber nada...

Paloche había levantado la voz, mientras Clarisa con la frente en el suelo seguía sollozando.

-Yo quiero ver a mi madre Juan. No me echés. Yo quiero besarla. No te voy a hacer gastar. Seré tu sirvienta. Haré la comida para los peones... Todo lo que quieras. Yo no iba a venir... De todos modos sé que estoy perdida y que no soy hija de nadie; pero no he podido y lloré anoche y le recé tanto a la Virgen que se me rompió el pecho y creí morirme. Entonces yo pensé que si tengo algunos bienes acá, yo te los cedo para que me dejes cuidar a mamá.

-No quiero gastar yo, no quiero gastar gritaba Juan, como un endemoniado.

-Hácelo por Adela que está tan sola, por esa pobre hermana de mi corazón. No creas que te voy a dar mal ejemplo, sollozaba la mujer.

-Ándate, grandísima... te repito. Estoy cansado de mantener araganes. Trabajo como un burro y no salgo de la cuarta al pértigo...

En eso sintió que una manopla de hierro le apretaba la nuca. Eran huesos fríos y sin carnes; los dedos de D. Manuel de Paloche. Juan tuvo miedo de aquella cara tormentosa y macilenta.

-Déjeme, tata, balbucea, mientras el viejo aprieta más los garfios y lo zamarrea con violencia.

-¡Por Hahnemam, don Carlos! Este animal chanco no es mi hijo.

-Cálmese, le decía Méndez que lo venía siguiendo desde la pieza de la enferma, sin poderlo contener.

-Este animal no es mi hijo, repetía el viejo... y si otra vez maltratas a esta pobre criatura, le voy a menudear tala, bestia.

-Cálmese don Manuel, la enferma está oyendo todo.

Juan temblaba como un azogado. Tenía por el padre, por ese mago que vivía estudiando, un respeto que parecía terror religioso.

-Por respeto a ellas lo largo, don Carlos. -Clarisa, agregó enseguida el viejo, anda y ve a tu madre.

Clarisa besó llorando la mano del padre. Un momento después se sintieron ruidos de besos. Las dos hermanas se abrazaban en el umbral. El viejo se había erguido con gesto amenazador.

-Juan, le gritó. Mete los bueyes adentro.

El hijo obedeció rezongando.

-¿Qué estás mascando? Preguntó don Manuel.

-¿Qué estoy mascando? Que esta chacra yo la he hecho para que otros la disfruten.

-¿Tú la has hecho?

-Sí. Ese alambrado es mío; esta quinta es mía y el sembrado también.

Pero el terreno es de todos, vociferó don Manuel con gran energía...

Juan agachó la cabeza, refunfuñando, mientras entraba al corral a desuncir los bueyes.

Juan Paloche era un hosco trabajador de manos chatas y huesudas, de brazo musculoso, cuello de toro, desnudo y levantado el pecho, hirsuto de pelos. Plantado sobre sus gruesas piernas, mandaba a gritos en la chacra, abriendo los ojos verdes y feroces. Cuando uncía los bueyes y estos tardaban en retroceder para colocar debajo del yugo la nuca, su puño, a guisa de talero, caía sobre la testuz de aquellos como una maza violenta. Todos le temían. Una guasca olvidada en el suelo un riego mal hecho, un arado que los peones cansados hubiesen dejado en el campo, cualquier cosa que fuese capaz de hacerle perder tiempo y dinero, producía en su alma siniestra impetuosos movimientos de ira, y más de una vez había tomado a los hombres por la faja arrojándolos en banda en el aire. Era avaro y perseguidor. Usaba una ancha cuchilla de cabo amarillo sucio y envuelto el poncho en el brazo izquierdo se había trenzado en sangrientas reyertas. Tenía una pasión, el dinero; un amor, Alma y un rencor, Genaro y esa aureola misteriosa de mago y de alquimista que rodeaba a don Manuel le daba miedo, y después alguien le había vaticinado que iba a morir como la madre, acostado para siempre en su catre, sin poderse mover. Esa parálisis futura le tiene enfermo y no le deja reposo. Es un perseguido, que en el terror de la noche suele levantarse agitado por la pesadilla de ese porvenir oscuro y suele caminar sobre el piso de tierra del tugurio sucio para probar sus fuerzas. Allí, al lado de aquel catre sin colchón y sin sábanas, mirando las paredes revocadas con bosta y adornadas con tientos, riendas y cinchones, vaga Juan en el claroscuro mortecino de la vela de sebo, entre los yugos tirados en el suelo, cerca de la corva guadaña y de los arados que descansan el espolón agudo y triangular. Tiembla. ¡Si se enfermara sin plata, expuesto al villano denuesto de los que él había ofendido! Solía acercarse a la puerta a escuchar y después sacaba la caja donde tenía el dinero, abría el secreto, contando anhelante los papeles mugrientos y ennegrecidos, mientras la sombra de los objetos que están en el cuarto aleteaban con pavorosas figuras en las trepidaciones de la luz. Cualquier ruido, los ladridos de los perros, el rumor lejano de algún carro, el graznar de los lechuzones tenebrosos, le hacían darse vuelta y sacaba la enorme cuchilla con cabo de hueso... En esas noches, bajo la celestial bóveda azul, cuando titilan los astros de oro encorvados en la prodigiosa techumbre, como si fueran almas contemplativas asomadas a escuchar el ritmo sosegado de las muchedumbres dormidas, camina Juan, se esconde entre el viñado y costea como un largo espectro los alambrados. Ha oído ruidos desde su cuarto y con la escopeta en la izquierda, se agazapa como una sierpe cada vez más lejos a través del sembrado hundiendo la mirada en la sombra con rabias de mastín, cuidando la covacha, mientras saltan las luciérnagas a los costados y cruzan balidos el espacio lleno de infinita majestad y de religiosa paz. Receloso, se daba vuelta a mirar. El ombú era una grande urna de luto; la casa, así vista de lejos, un mausoleo tenebroso, la viña negros y muertos batallones alineados; el crujir de las hojas a su paso, trágicos salmos; mientras el oscuro baluarte del bosque de eucaliptos extiende en el horizonte la amplia y gigantesca mancha. Sombrío peregrino, agitado por el nocturno terror, visionario de la parálisis futura, acechado por el miedo al ladrón que arranca los racimos de uva y corta la fruta sazónada, volvía Juan, paso a paso, cautelosamente, hacia aquella lucecita que distinguía apenas a través de la puerta abierta de la zahúrda, donde se acostaba a dormir. Lo acompañaba en su camino el hondo sosiego alrededor, los ecos de los murmullos casi indistintos de la noche,

que giran en el aire tranquilo para desvanecerse; roces y vocerío de hojas, aleteos de brisas, susurros de pastizales que tiemblan y zumbidos de los barrios poblados que están lejos y que apenas se anuncian en las notas debilitadas que van a morir allí. Otras veces, eran sinfonías compuestas de lejanos y lúgubres aullidos, de cantos de gallos que presienten el alba y del galope rítmico o la furiosa carrera de los corceles que vanean en las canchas. Entraba en su cuarto hasta que la aurora le oprimía la cabeza, lo aislaba de sus fantasmas para hundirle en el sueño que da descanso.

Otras veces, era la imagen del padre la que se echaba como murciélago sobre su cama para tenerlo despierto. Ese extraño mago se agigantaba en su fantasía. Lo veía al lado de sus retortas y de los hornos donde hervía las yerbas milagrosas, miraba la mano santa de antaño oyendo el fragor de la muchedumbre seducida. Rodeado de misterios con sombrías actitudes de pitonisa, daba vuelta el padre alrededor de su cama en la noche, la tétrica figura, envuelta en negros paludamentos. Su imaginación de perseguido evoca en el silencio de aquel cuarto solitario todas las supersticiones de la niñez y los pavorosos recuerdos de una religión que se compone de caridad y de amenazas galopan su memoria unas tras otras en medio del escalofrío del miedo. Aquel fin del mundo, aquel horrible milenarismo de que le habían hablado tantas veces, surgía lleno de lóbregos ensueños. Pensaba en esas muertas generaciones que emprenden la marcha funeraria hacia el valle de Josafat. En una mano llevan el bien, en la otra llevan el mal y en la frente, cuyos huesos se han blanqueado por las lluvias del largo viaje, está la historia de los pensamientos pecaminosos. El sol se ha extinguido. Es un orbe de luto infecundo, y la luna rueda como una negra bocha en el cielo sin luz. La yerba está seca y la naturaleza muerta. En vez del trinar de las aves se oyen los quejidos y el clamar de los dolientes romeros que llaman a gritos a los padres, los hijos y los hermanos, en medio de la honda tiniebla. Caminan... Buscan el torrente del valle tortuoso para apagar la cálida brama de la sed inextinguible; pero el torrente, petrificado y oscuro, no tiene aguas, no tiene frescuras y echa la árida veta en el gran mar de la noche. Suben la montaña para divisar de la cumbre algún alegre esplendor. Pero la piedra está yerta, no brotan líquenes ni musgos, ni cantan alondras. Aferran la roca y trepan y en el pico más alto tienden la vista a lo lejos... Ni aire, ni sol; siempre la densa negrura. Caminan... Descienden laderas abajo, se azotan al valle sin ruidos, sin roces, sin que el diálogo humano encante el sendero y arrastran de nuevo hacia la cima los cuerpos. Al fin el esplendor del Dios justo en la hondonada de Josafat. Los ángeles con grandes trompetas despiertan los ecos sonoros de los desfiladeros y vuelan sobre el dorso encorvado de todas las generaciones de rodillas que tocan con la frente en el suelo. Sobre el trono de marfil arabescado de oro, está sentado el Dios Justo cuyo diadema fulgura, cuya mano centellea armada del zic-zac fulmíneo de los relámpagos.

-Estos a la derecha, truenan las gargantas de la montaña. ¡Son los que han amado!
¡Vivan las glorias de los cielos abiertos al encanto de la eterna dicha, entre los nimbos azules que no se dispersan en medio de las armonías divinales de las arpas angélicas que no cesan nunca!

-Estos a la izquierda, ¡arrójenlos a la vorágine!

Ruedan de peñasco en peñasco, saetados por el estruendo de las trompetas y huyen contraídos en demoníacas contorsiones de terror.

-Son los que han odiado, truenan las gargantas de la montaña, como él, como Juan, acometido por las ardientes visiones del infierno, dentro de ese infinito dolor de donde no se sale jamás, porque él medita su rencor contra Genaro, su rencor brutal y gigantesco con caricias de homicida...

Ese era el lóbrego espíritu de Juan.

Un día en una fonda sucia, al lado de una mesa sucia, entre el tufo de los guisos y el dejo hediondo del desaseo, estaba sentado tomando una copa. Se acercó un amigo y lo invitó a beber. Juan lo miró sin contestarle. Entonces el otro brindó:

-Por los amores de tu hermana Clarisa.

-Y de tu madre, contestó Juan enseguida, y se levantó de un salto.

-¡Oh! ¿Y qué? Replicó el otro. Si eso es más viejo que el andar a pie, eso que se anda arrastrando con Genaro por las academias. Está cosquilloso el mozo.

Juan hundió las uñas de su mano izquierda en el pecho y las sacó rojas de sangre. Enseguida envuelta la cara en el poncho, salió en silencio a la calle. Llegó a la vieja casa. Don Manuel estaba sentado estudiando el sulfúrico.

-Tata, empezó Juan bruscamente al entrar. Yo le voy a prender a Clarisa una puñalada.

-Tú eres un loco, contestó el viejo levantando la cabeza.

-Y a Genaro también porque ese me persigue, me deshonra y me va a echar a perder.

-Bruto, vete y sigue arando la tierra, dijo don Manuel haciéndolo retroceder con la mirada.

Juan se retiró. Llevaba hiel y odio en el corazón. A la madrugada siguiente se paró cerca de la casa de Méndez, como todos los días y arrojó las cargas de alfalfa para los caballos. Alma estaba en la puerta con su vestido de percal azul mirando los trabajadores que pasaban apurados en mangas de camisa. El sol baña las casas de enfrente; los vidrios que tienen un poco de humedad chisporrotean al secarse en la luz. El pavimento de piedra está mojado de rocío a trechos, que forma manchas oscuras, mientras de los paraísos tupidos, con sus grandes ramos de flores lilas caen gotas al suelo. Todo había cambiado en aquel barrio de suburbio; casas enfrente, góticos palacetes a los costados con torreones y almenas medievales y parques ingleses sin árboles, con extensas praderas verdes y frescas. La

civilización lo ha envuelto. Los cercos han desaparecido. Por el camino a un lado y otro altas, rejas de hierro de caprichoso y bizarro dibujo, líneas de plátanos y anchas veredas. Juan se acercó. Tenía como trepidaciones en el andar.

-Buen día, Alma, dijo temblando.

Ella lo miró con sus negros ojos suavísimos sin contestar. Presentía lo que iba a decirle y ese hombre le daba miedo.

-Hace tiempo, continuó Juan con mirada esquiva y bajando la voz, hace tiempo que tengo como un fiero sufrimiento que no me deja dormir. Si usted quisiera, podría dar alivio a esta cruz que me mata.

-¿Yo? Balbuceó la niña y se dio vuelta para retirarse.

-Sí, usted. No se vaya, Alma, por la memoria de su mamá se lo pido. Yo vivo solo, tengo esa chacra, sea mi mujer. Yo le diré a la niña Dolores.

Las manos de Juan temblaban.

-Yo no puedo ser su mujer, Juan, agregó ella con dulzura. Soy la novia de Genaro.

-Pero ese no se puede casar con usted, tiene sangre en las manos, replicó con aspereza Juan.

-¡Oh! No importa, contesta tristemente la niña. Genaro sufre mucho, yo lo quiero con todo mi corazón así mismo.

Alma desaparece debajo de los corredores, mientras Juan se retira. Lleva hiel y torvo rencor en el alma contra Genaro y muchas veces en la noche, cuando los peones duermen, él está sentado sobre las raíces robustas del ombú y se acuerda de Alma. Ha bebido la ponzoña sin apercibirse, viéndola todos los días vagar de mañana por el jardín como si fuera la imagen de la Virgen. Oía sus cantos. La voz melodiosa salía hasta la calle llena de unción y de santidad, como esas plegarias que rezan los Domingos en la iglesia. La media noche lo sorprendía sentado, rodeado de los perros de la chacra que se tendían a sus pies. El gruñir de estos lo despertaba y el largo aullido lúgubre y lastimero con que ellos hieren a la luna, levantando hacia ella el hocico trémulo. Echaba alrededor la escudriñadora y honda mirada para doblar al rato la cabeza, otra vez sobre el pecho, entre los pliegues de aquella pasión sin esperanzas. Se acordaba de la casa que le habían regalado a la niña, para después cuando él estuviese paralítico como la madre. Entonces se iba a cobijar allí, al lado de sus manos delicadas que mimarían su hirsuta cabeza de puerco espín. Pero al lado de la blanca y angelical visión de Alma aparecía Genaro escuálido y borracho, heroico y malo, sonriente de aquel triunfo. Juan meditaba el homicidio como muchos que andan por ahí metidos en sus casas y dominados por esos soliloquios de la demencia.

Méndez

La vieja murió al mes. Méndez llegó esa noche para acompañar a su amigo. Alrededor del cajón de pino forrado de coleta negra, metidas en botellas, ardían muchas velas de sebo. No había flores. Todo estaba seco en los pequeños jardines de la vecindad. Algunos gajos de cedrón polvorientos, arrojados sobre su cuerpo fueron la única y gentil ofrenda. Carlos paseaba solo por el oscuro patio pensando en aquella pobre mujer que había muerto sin confesarse y sin que le trajeran el Viático. Había sufrido diez años de su parálisis y de su demencia y en lo posible aquello era lo suficiente para ir al cielo. Muchos pensaron que tenía alrededor de su cabeza blanca una aureola de santa, pero fuera del barrio nadie sabía de aquella vida dolorosa y escondida y la muerte concluyó de cerrar la cripta en que había estado siempre. ¡Dios debe ser muy bueno, desde que hace que los pobres que se van, incomoden tan poco! Si hubiera pertenecido a la clase, que gana las glorias del cielo rezando y da a los demás parte pequeña de lo que a ellos les sobra, la sociedad conmovida habría urdido la larga labor de una canonización. ¡A los ricos no se les deja quietos cuando mueren en olor de santidad! Pero para estas mujeres, que tienen que trabajar y cuya vida ha pasado en el amor a los hijos, en los dolores de la miseria, en la grima de un mañana sin pan y en las torturas que derivan de la contemplación de toda la familia que se desgaja en el abismo de la demencia, basta y sobra con un estrecho cajón de pino. Echado sobre una carreta de bueyes, que marcha al paso, antes del alba, acompañado por el viaje de los astros, que se van pique y se extinguen en la luz que llega, lo arrojan a la última fosa del rincón más solitario del cementerio los sepultureros de mal humor. Son los miserables y suele no haber dádivas. Separan con violencia a los deudos, que se asoman al borde para verlos bajar y después pala y pala y montones de tierra cayendo apurados con rumores sordos y huecos de aquel pobre cajón que encierra su cuerpo, flagelado aun en los momentos en que por vez primera suplica con su silencio a los hombres por su derecho al eterno descanso. Dios es por esto la infinita sabiduría, cuando hace que los escondan en el seno del humus, para que su recuerdo no moleste y el viento recio pase por arriba y desarraigue las pocas violetas, que alguna desheredada entristecida ha plantado y voltee la pobre cruz de madera pintada de negro, que acuesta y oculta el epitafio lleno de errores de ortografía sobre los pastos exuberantes. ¡Siquiera eso! Para que no haya ni que leer en sus sepulcros, ni conmiseraciones de caminantes, ni guiños de críticos y no se horripile nadie ante tanta pobreza. Así se levantan en los cementerios de los suburbios las rejas oscuras de cuyas lanzas se ven colgar coronas de flores secas y amarillentas. Una selva de cruces blancas e inmóviles arroja la sombra oblicua sobre aquellos anónimos sacrificados que se esfacelan allí bajo los esplendores del gran sol, que calienta sus carnes y apura la eterna metamorfosis. Pocas lágrimas... alguna dolorosa de manto negro de rodillas... Los más que se pudren abajo esperan en vano la mirada que acaricie sus huesos mondados y el recuerdo que perpetúe su memoria. No hay tiempo. Los días son cortos para ganar el pan y las noches son cortas para el descanso del músculo fatigado y del espíritu turbulento. La vida es sombría y los Domingos que podrían entregar para esos pobres muertos que esperan, salen los trabajadores en busca de rayos de luz y de tripudios que hagan olvidar la semana y beben ajeno y se emborrachan, para irse después ellos también como almas solitarias hacia el rincón oscuro y acostarse en la huesa sin plegarias, sin salmodias de funerales y desaparecer para siempre...

Méndez se había detenido silencioso en su meditación. Pensaba que el buen Dios que no quiere que su obra termine ni aun en la muerte, ha dispuesto que otros tengan entonces su glorificación. Llegan en cajones de ébano luciente, con manijas de bronce amarillo a la ciudad de mármol. Caminan seis llevándolos, tres de cada costado, la manija aferrada con la mano negra del guante de cabritilla. Detrás el cortejo en silencio, la cabeza descubierta, la copa del sombrero alto a la altura del hombro, paso a paso. Cepillan un poco el pedregullo que suena en desorden. La estatua del dolor, blanquísima en el amplio manto marmóreo, erguida sobre el pedestal a la entrada, los mira pasar con los ojos lánguidos y tristemente fúnebres, cuyas pupilas moribundas reflejan los sollozos del espíritu doliente. Marcha llevando su corona. Con su mano de alabastro admirable la colocará sobre el sepulcro de sus bien amados y su cuerpo lánguido y agonizante se disgregará después átomo por átomo hacia los cielos... -como ese que va pasando y que ella sigue a lo lejos entre las callejuelas estrechas, al lado de obeliscos de bronce, de columnas truncadas de granito y de grandes medallones, donde están los retratos cincelados. Lo ve perderse en la sombra de las urnas colosales de pórfido, entre la abigarrada arquitectura pagana, desde el túmulo levantado sobre el piso, hasta el templete adornado de columnas, bajo el zumbido de las copas de la vieja arboleda entre los rayos de luz refractados por la superficie pulimentada y brillante del mármol.

Llegan al fin. Reposan el cajón en el suelo. Alguien habla y dice que el muerto era un virtuoso, mientras otros escuchan indiferentes o desaparecen a visitar el sepulcro de la familia. Pero lo que no dicen es que esos que han tenido cobijas y goces en la vida, también los tienen en la muerte, porque al fin poco cuesta salir de la tienda y correrse en coche hasta el cementerio y arrojar flores y coronas compradas y menos todavía grabar con letra indeleble el epitafio que perpetúe el apellido, como que no tienen que trabajar para los hijos y no sienten la saliva amarga del futuro incierto y doloroso. No dicen tampoco que muchos de esos, que están rodeados de la capa de plomo, fuera del vigor deletéreo del aire quedan incólumes muchos años, violando las leyes de la transformación de los átomos... mientras en los cementerios del suburbio todos encuentran en poco tiempo el último término molecular, ¡como si aquellos tuvieran más semejanza orgánica con el Dios inmortal y estos fuesen en la vida escoria y en la muerte sazón de campos y gérmenes de alfalfas! ¡Oh, las igualdades ante la muerte, que preconizan los salmos y cantan los poetas! ¡Son muy parecidos a las igualdades en la vida que ensalzan las leyes y prometen los políticos! ¡Y si no fuera que de cuando en cuando los humildes sometidos tuercen hacia los otros la tez homicida, el puñal en alto, habría más dorsos encorvados, más látigos culebreando en el aire, más verdugos y más miseria para la bestia humana! Es entonces que el dolor de la injusticia lo asalta a uno y le parece lógico desaparecer y en las noches insomnes se mira con cierta tétrica fruición el cajón de la mesa de noche, donde está tirado el revolver, a pesar de las sonrisas del hogar que duerme y de los deberes que le imponen a uno la marcha adelante. Méndez siempre silencioso seguía pensando que esa resolución de los desesperados no era lógica, sino cuando la mente vela destruidas sus quimeras y se llenan de sombras sus intuiciones del bien futuro, anonadada en la lucha estéril contra las maldades, viviendo llena de luto entre el sarcasmo de la incredulidad al lado de la muchedumbre que los señala con el dedo, les llama locos, los azota en la calle y los lapida. Por eso cuando los clarovidentes les han hecho el sacrificio de su espíritu, de sus días sin

sol y sin alegría arrojan al fin sobre el pavimento sus cadáveres hechos pedazos. Pobres ilusos que piensan que alguno se va a detener a mirarlos para creer y amar las quimeras del pensador suicida, cuando todo es inútil y estéril y el sacrificio de su vida es el único holocausto que coloca él mismo sobre el altar, la única ofrenda al reinado de sus ideas, ¡que no son de este mundo! Pobres ilusos que no encuentran otra forma para aplacar la salvaje furia, que día y noche agita su puñal y les talada el cerebro...

Carlos tenía a menudo estos funestos soliloquios. El amor de Dolores y la pasión de los hijos no habían transformado al vicio suicida. Esa noche fue interrumpido por el rosario, que rezaban en el cuarto donde estaba la muerta, cuyas notas rezongonas y monótonas invadían el patio, mientras una lechuza chilla por ahí cerca y una bandada de patos mezcla a la cantinela sus agudos silbidos, cruzando bajo el cielo en una larga y oscura línea oblicua. Sobre su cabeza vuelca el ombú la enorme copa y arrodillados en el suelo contestan algunos paisanos las avemarías. El aire está fresco y tranquilo. El cielo manso engasta como en un anillo a las chacras solitarias, envueltas en negra planicie. Su color azul oscuro no tiene una sola nube por delante. Los astros fúlgidos en la noche oscura cuelgan en el éter, dentro de aquella religiosa quietud del firmamento, entre la gaza diáfana y zafírea. Alrededor de Carlos, cuando se hubo concluido el rosario, se oían cuchicheos y ruidos de pasos y fuera de allí en algunas leguas las chacras dormían. No hay brisa; apenas un leve hálito. Las hojas del ombú sobre cuyas raíces está Carlos sentado no se mueven y no tiembla el trébol escaso y amarillento, que adorna la zanja cercana. La atmósfera sabe a pasto seco de una parva, que se levanta al lado de él. Hay emanaciones que hacen acordar de la fragancia de la leche gorda y cierto dejo de cáscara de bosta aglomerada hace tiempo. Tres o cuatro lecheras debajo de un cobertizo de paja maltrecho mugen de cuando en cuando, mientras en el círculo del corral de palo a pique, algunos bueyes echados descansan y otros con el cogote flojo y el morro hacia la tierra inmóviles y oscuros duermen. De la chimenea de la cocina alto y derecho un penacho de humo. Resplandor de fogata dentro de ella y algunos bultos de mujeres que entran y salen a intervalos, llevando el mate... Hay ladridos y atropelladas de perros, que embisten la tranquera, cuando llegan los últimos convidados al velorio. Los perros pasean después por el patio, se acercan a los caminantes y gruñen. En aquella escasez de luz, bajo las estrellas que difunden sus medias tintas se ven de cuando en cuando los dueños de casa de luto que cruzan en silencio...

Clarisa

Esa noche Clarisa se acercó a Méndez. Tenía olor de bebida. El percal de su traje crujiente describía espirales en el tambaleo de sus pasos. Un pañuelo de espumilla roja le adorna el cuello y deja caer blandamente los flecos hasta la cintura y cubre por delante los pechos, que se mueven en el vaivén del tórax casi jadeante.

Es flaca y erguida, de cutis moreno y ojos grandes y verdes, labios gruesos y húmedos, el lóbulo de la nariz colorado de alas abiertas y movibles. Su paso es rápido y los músculos

de la cara se contraen casi imperceptibles con la celeridad del relámpago. Alguna tormenta agita todo su cuerpo. Vivió un mes tirada como una perra sarnosa al lado de la cama de la madre, dándole de comer, limpiándola y alcanzándole los remedios. Sufría mucho, lloró mucho. Su piel se puso macilenta y su cerebro se exacerbó en el insomnio y su corazón desordenado y lleno de pasión se desbordó en aquel martirio cotidiano.

Una noche Adela acudió para reemplazarla.

-No quiero. Dejáme aquí contestó Clarisa. Hace cinco años que no la beso. Voy a vivir al lado de ella hasta la muerte.

-Pero te enfermarás, Clarisa.

-No me importa. Lo que te pido es que no me saques. Quiero rezar, llorar y morirme también. Yo hubiera venido antes, pero tenía miedo que me echasen. Y después yo tenía ganas de verte y de abrazarte porque has sido mi compañera y para que me contases toda la vida dolorosa de nuestros padres. ¿Te acuerdas cuando rezábamos el rosario en las noches de invierno muertas de hambre y de frío y no teníamos cobijas y nos calentábamos la cara y las manos con el aliento?

-¡Pobres nuestros padres! ¡Cuánto han sufrido! Exclamó Adela.

-Oh ya sé, ya sé, replicó Clarisa con ímpetu. Cuando yo me fui de casa y me perdí por las callejuelas sucias, el corazón se me empezó a llenar de lágrimas aun en la orgía, ves... cuando bailábamos como locas... cada vez más copiosas, cada vez más hondas las lágrimas y después cuando me retiraba a mi cuarto con esa gran tristeza, caía de rodillas y le pedía a la Virgen como una desesperada, que me diera fuerzas para salvarme, porque no podía sola... no, no... nunca pude yo no sé porqué...

Clarisa se levantó temblando y con ambas manos se agarraba la cabeza.

-Entonces empecé a creer, seguía la pobre perdida, que ese sería mi destino y me dí a la bebida. Pero era peor, porque se me ponía como un luto en el alma y vivía deshecha como si fuera una muerta que sintiese todo y viese todo alrededor. Pero tú eres santa, Adela. Yo te pido que lo acompañes siempre a papá. No te vas a ir, Adela, ¿no es cierto? Prometémelo.

Clarisa abrazó a la hermana sollozando.

-Sí te prometo.

-Porque cuando muera mamá, ya no tengo nada que hacer aquí. Estoy de más. Sé que estorbo y me iré.

Adela le tomó las manos y la besó. Le pedía que no la dejase sola.

-No puedo, Adela. Tengo como una fuerza que me arrastra lejos y me tira otra vez al charco donde he vivido cinco años.

-Entonces, ¿por qué rezas? Interrumpió Adela con tristeza.

-Tampoco sé. Es una necesidad y después al rato ya me olvido, y cuando siento los ruidos del baile y la algazara de gritos, entro a la orgía como si fuera una endemoniada, me aturdo y me pierdo con el corazón hecho pedazos...

-Acuérdate Clarisa de aquella divina Magdalena, a quien Jesús salvó.

-Pero esa era una arrepentida y tuvo remordimientos, mientras yo no, yo no me puedo arrepentir, no sé por qué, no me puedo arrepentir...

Clarisa pronunció estas palabras como si tuviera una profunda congoja en el corazón. Abrazó a la hermana llorando...

-Qué sufrir el tuyo, dijo Adela acariciándola. Cómo sería feliz si te tuviese a mi lado.

-Sos, Adela, una dulce cariñosa. Es mejor que a pesar de todo, yo me vaya para siempre, porque no sabes lo que ha pasado. Escúchame un momento.

Se sentaron frente a frente en dos sillas de paja y se tenían de las manos.

-Hace días, siguió con violencia, una vez que papá no estaba, Juan me agarró de las mechas y me tironeó hasta que quiso, y cuando estuve en el suelo me ensangrentó la boca con el taco a patadas, ese bárbaro, y no vio que yo sufría todo eso sin quejarme, allí tirada detrás del rancho para que vos no me oyeras, y me apretaba el pecho para que los sollozos de adentro no me lo rompiesen. Yo le suplicaba con las manos juntas que no me echase, porque esa mi madre era mía y todos sus gemidos y todos sus besos yo me los quería llevar en la memoria para después, cuando ella hubiera muerto y yo me fuera de aquí. Él entonces se puso como loco, se le atravesaron los ojos y me dio de puntapiés en el suelo y me decía con voz sofocada: «¡Andáte con tu Genaro, andáte. Has venido aquí a que yo te mantenga con mi trabajo! ¡Has venido aquí a perder a tu hermana!» Entiende mi pobre querida, yo he venido a perderla mi dulce corazón, porque yo soy un alma corrompida, una oveja, una porquería...

Adela no la dejó continuar. La besó en la boca, y la cerró contra su corazón. Le decía ternuras y la mecía como si la hermana fuera un gran niño que hubiera huido de la casa y tenido en su camino muchas etapas dolorosas, como si las lóbregas escenas, que por ella habían cruzado, la hubieran vuelto otra vez al hogar paterno, al abrigo de aquel techo que los había visto nacer, para que ella la arrullara en su regazo y la entretuviese con sus cantos. Así abrazadas, con una gran luz de felicidad en el rostro transfigurado, le siguió hablando al oído.

-Esperáte, le decía. Te voy a contar lo que sucedió después. De un brazo me arrastró por el pasto hasta los alambres y me gritaba: «esto que hago con vos, lo he de hacer con tu Genaro algún día» y cuando llegamos cerca de los postes, me tomó de la cintura para tirarme a la zanja de afuera. Entonces no pude más. Me acordé de mamá, a quien no iba a volver a ver y perdí la razón... Junté fuerzas y me levanté echada para atrás bramando como una tigra salvaje. Todas las trenzas tenía deshechas: me sentí atropellada por un fuego bárbaro: los pelos me latigueaban, la cara y con estas uñas le saqué las lonjas de los carrillos llenas de sangre. Después de eso vi las luces de la cuchilla de Juan y salí corriendo y saltando por la chacra seguida de los perros, que me hacían trizas el vestido de zaraza. Te acuerdas que yo me desmayé aquí en la puerta, cuando papá llegaba por la tranquera y vio a Juan que le hundía el fierro entre las costillas al pobre Sultán que cayó moribundo a sus pies. No me había podido alcanzar y después dijo que lo había muerto al perro para que no me mordiese...

Las dos mujeres estaban en la penumbra al lado de la cama de la madre, casi agónica, en un letargo profundo, cubierta con una gruesa sábana de hilo. Hubo un momento de silencio.

-Lo que yo no entiendo, empezó Adela al rato con curiosidad, es esto. ¿Qué tiene que hacer Genaro en todo este asunto?

-Juan quiere a la novia de Genaro. Es un celoso. Eso es todo.

-Perfectamente. ¿Pero a vos por qué te odia? Porque cuando te pegaba, te decía: con tu Genaro he de hacer otro tanto. ¿Qué hay entre ustedes dos?

-Entre nosotros, contestó turbada la mujer, entre nosotros, repitió, no hay nada.

-Vos no decís la verdad, Clarisa. Vos tenés otro dolor tan grande, como el que sentís por mamá. Rezas a menudo por Genaro y hablas a cada rato de él. Te enojas y lo defiendes cuando se cuenta su mala vida. Estoy seguro que no me equivoco. Estás enamorada de Genaro, Juan me lo dijo a mí hace tiempo: ahí anda tu hermana arrastrándose con Genaro por los bailes.

-Es cierto, es cierto, repitió Clarisa con vehemencia. Yo te lo juro como ante Dios. ¡Así borracho como es, así asesino como dice Juan que es, yo lo quiero! ¡Así pobre, deshecho, dolorido y vagabundo, yo lo quiero! ¿Qué me importa a mí lo que digan? ¿Quién torna en cuenta las pasiones de una loca perdida? A mí me han abofeteado, me han roto el pelo y rajado la ropa, me han llenado el cuerpo de moretones y el alma de insultos, y cuando no quería bailar en estos días porque mamá estaba mala, me empujaban de un brazo al medio de la academia y me llenaban de burlas, mientras rodaba entre los brazos de los malvados, que se reúnen allí.

Esto, Adela, yo lo he arrojado al infierno -y Clarisa tocaba todo su cuerpo. Ha pasado de mano en mano. Era de todos a pesar de la repugnancia esta perra sarnosa a quien cualquiera

podía dar un puntapié. Todo eso sin goces, indiferente, aburrida, como si mi cuerpo fuera algo que me sobrase para tirarlo a la canalla que se lo comiera en pedazos...

Clarisa estaba pálida de emoción, anhelante, y hablaba casi con furor.

-Cálmate, pobre hermana mía, dijo Adela conmovida.

-No, no. Déjame que te cuente. Esto otro que tengo, este corazón mío lo guardé y lo encerré como en un nicho. Lo cuidé para que nadie lo ensuciase. Yo le rezaba y le ponía flores como vos a la Virgen. Lo cuidé para Genaro porque desde mi niñez era de él y siempre ha sido. Después yo me deshonré, asustada por la mirada canalla de Valverde... pero te juro por todos mis sollozos, que lo he conservado para él sin manchas.

-Sí yo sé esto, interrumpió Adela enternecida por el llanto que agitaba el pecho de la hermana, si yo sé esto, no traigo esta conversación.

-Al contrario. Adela. Has hecho bien. Yo tengo tanto dolor en el alma que necesito que alguno me ayude y me sostenga.

-Bueno. Quedáte conmigo.

-No puedo, no tengo fuerzas. El demonio me lleva lejos. Y además escucha lo que te voy a decir. Él nunca supo de este amor que me tenía crucificada, nunca. Lo busqué, cuando D. Carlos lo echó, hablé con él, pero no le dije nada. Cuando fue soldado lo quise más todavía, orgullosa de mi pasión, tímida y asustada por su coraje terrible. Una noche hirió a un hombre y no lo quiso matar. Cuando me acerqué a él, me dijo con el puñal en la mano:

-Hace tiempo que ando buscando dos cosas:

-¿Qué? Genaro, le pregunté llena de esperanzas y de alegría.

-Una es, me contestó, que me tiren de una vez patas arriba al carnero y la otra es Alma. No la encuentro; debe estar enferma. Este zonzo me ha podido matar... pero está borracho y ciego.

-Pobre Genaro, exclamó Adela. Yo le he pedido mucho a la Virgen que lo salvase.

Clarisa siguió hablando como si no le hubiese oído.

-Entonces yo me desplomé como una muerta. Cuando abrí los ojos, bailaban todos. Aquello era un batifondo de gritos y de blasfemias. Yo no quiero bailar, le grité a un borracho.

-¿Qué quieres entonces? Me contestó.

-Dame ginebra, ladrón; dame ginebra, miserable, le dije y me trajeron una copa y después otra y otra y tomé.

-¡La botella! Para Clarisa, la botella, la botella, repetían todos en coro.

-Me la alcanzaron. Yo estaba mareada.

El piso empezó a ondear, los cuadros a irse de aquí para allá. Me entró unas ganas de reírme y me levanté con la botella en la mano. Solté una carcajada loca en medio de aquel aire turbio de humo y de tierra. Toda mi cabellera negra estaba alborotada y suelta y se tambaleaba de un lado a otro conmigo, mientras me desprendían el corsé y con el pecho desnudo caminaba viendo todo oscuro, como si estuviera metida en una nube. Tenía la garganta seca. Empiné la botella y de cuando en cuando un empujón me hacía saltar tres o cuatro pasos, casi sobre las parejas que me barajaban y me volvían a tirar como una pelota. Así anduve haciendo eses, cayendo y levantándome hasta que me zumbaron los oídos y me entró en la cabeza un torbellino como si fuera un trompo vertiginoso y perdí el sentido..... Así he vivido borracha muchos días, derramando cuantas lágrimas tenía en los ojos... Este dolor, Adela, me va a hacer morir.

Dos días después de este diálogo murió la madre y Clarisa se quiso ir. Cuando estuvo cerca de Méndez, le dijo:

-Ya mi madre ha muerto, D. Carlos. Yo estoy demás acá; pero antes de salir, quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho por ella. Un favor le voy a pedir.

-Está concedido, contestó Carlos.

-Si Adela se queda sola algún día en este mundo, dígale a la niña Dolores que la recoja, para que no vaya a ser como yo.

-Ya había pensado en eso. Puedes irte tranquila.

Sin tener fuerzas para abrazar a la hermana, y sin besar la mano del padre, salió de la chacra cuando los primeros claros del alba titubeaban entre las sombras y una línea roja coloreaba el cielo del lado de oriente, ya sin estrellas, allá donde este vuelca la copa detrás de la pradera...

La orgía tiene sus cantos de sirena y se volvió a apoderar de su cuerpo. El estrecho zaquizamí con olor a moho donde está la cama de dos personas la tuvo entre sus cuatro paredes a la tarde. Oyó de nuevo el vocabulario políglota y el ruido de las callejuelas estrechas sacudidas por los carros con resonancias de órganos y de guitarras. Allí encerrada buscó dormir; pero a cada rato la despertaba la carcajada del harem plebeyo, los espasmos y los besos de algún cuerpo de mujer tirada en los cuartos vecinos; frenesíes, suspiros y contorsiones de culebras lascivas y enfrente, en el salón de baile, el murmullo de los

corrillos de la tarde, la ramera y el ladrón que cantan a esa hora el himno eterno de los vagabundos sin casa y describen las medias tintas siniestras de las crujías sin sol. Es la hora de los queridos, porque la noche es de todos, -la noche que arroja sobre la cama al organismo desnudo que no se estremece y se entrega con la glacial sensación de un cadáver. Son cosas; no tienen sexo; pero cuando llega el que le hace acordar que es mujer, echa su cabeza hacia atrás con labios trémulos, anhelante todo su cuerpo y se abandona toda entera, humilde sierva que besa las manos que le flagelan y le llenan de sangre el rostro, sacrificada siempre por el dominio del ojo recio y frío del asesino, enamorada del ladrón que usa sortijas de oro y narra el peligro de las hazañas nocturnas.

En otras partes en dormitorios señoriales, sobre tapices de Persia, entre las penumbras de los aposentos adornados con ricos cortinajes de raso, extendida sobre la manta de terciopelo negro, echa el bloque albo de su cuerpo desnudo Aspasia la Griega. Juega y se despereza entre flores como una leona, acariciando con los dedos de alabastro la delicada filigrana de los encajes de seda arrojados al azar. Parece estatua cincelada en mármol de Paros, envuelta en mórbida piel caliente y satinada que modela y pule las curvas procaces, ofrenda arrojada al sacrificio sobre el altar de la Venus Afrodisiáca. A su lado la cítara de bronce. Con la una de oro hace vibrar las armonías metálicas. Espera los atletas que triunfan en el olímpico torneo de la Bolsa y llegan deslumbrantes de oro que arrojan a sus pies, mientras se quema en los pebeteros el polvo de rosas rojas que inunda el ambiente de enervantes aromas. ¡Cómo tarda! ¡Está aburrida Aspasia! Canta la estrofa del ocio inerte y mira las formas preparadas para el abrazo voluptuoso. Está aburrida en aquella soledad llena de fragancias en medio del silencio profundo. Qué vagos ensueños tiene entonces... -algún atleta juvenil que vuela por el pavimento de piedra, alto y tieso sobre el pescante y sujete en la izquierda la rienda. Ojalá se detengan al lado de su puerta los oscuros abalanzados, llena la boca del espumarajo rojo en la alzada del trote brutal... -algún guerrero envuelto en el torbellino de la batalla, temerario y heroico, para que la fascine y la venza... -él, que es triunfador de hombres y la haga su esclava... -un artista, sonámbulo en la pesadumbre de la creación, el pobre artista hecho pedazos por el genio, que no tiene pan para comer... -cualquiera que le converse y la acaricie, menos ese que paga y trae el champagne de la mesa y viene a la misma hora y arroja cintas, alhajas, encajes y rosas compradas sobre su cuerpo. ¡Oh atavías! ¡Fueran culpables todas! Esta pluma del escritor erizada de bronceas y verdosas excrescencias, no escribiera el alma dolorosa de la etaira, hastiada melancólica, soñadora de ideales funestos que ofrece a veces con el corazón moribundo amores sin esperanzas para que le entreguen plata, y sarcasmos. Es entonces que suelen cerrarse en la uña de luto del espíritu donde sepultan todas las alegrías y los sonrientes ensueños que se desvanecen poco a poco, y se transforman en inconfesables deseos que no se sacian nunca. Vuelven a la cítara y arrojan para siempre el bloque albo de sus cuerpos sobre el altar de la Venus Afrodisiáca. No han consentido que fueran almas. Cansadas de exigir pasión sin encontrarla nunca han abierto sus brazos... son mujer y deleite...

Clarisa esperó en vano toda la tarde. Sabía que Genaro ya andaba vagabundeando apoyado en sus muletas. La virgen de Luján desde su nicho de vidrio, vestida con el manto de seda azul que ella misma había cosido la miraba sufrir. Se echó de rodillas y más que plegarla fue aquello una visión de su voluntad frágil y enfermiza y una tristeza hecha de la memoria de sus congojas recientes. Como la Griega Aspasia, la cortesana de alma de mármol y ojos glaucos que acuesta la indolente y nívea persona sobre tapices de Persia, ella soñaba arrodillada sobre el piso de ladrillos en la hora en que el día muere y se lleva los rumores de la calle. La cítara de bronce le narra a Aspasia el lenguaje de la ola de su mar de Jonia que hace bullir la espuma en las rocas agudas y le describe el roce del agua que tiende suavemente el verde ruedo en la playa y le canta el adiós tristísimo del sol que se va a la hermosa tierra de Helenia y la cítara de carne, esa que siente, late y duele en el pecho, cuenta al oído de Clarisa los cuentos de la niñez, el encanto de la primera comunión, como si fuera un dulcísimo harmonium que vibrara las notas de la inocencia. Así hasta la noche transida en aquella maceración en vano le pidió a la virgen le diera fuerzas para salvarse. Y después bebió mucho, tirada en el piso de su cuarto hasta que la barahúnda de los ruidos de la academia la arrojó aturdida y borracha en medio del baile. Genaro estaba allí caminando, apoyadas las axilas en las muletas. Ella onduló un rato y se detuvo, mientras una ráfaga de alegría cruzaba su semblante.

-¿Ya estás bueno, Genaro? Le preguntó con dulzura.

-Cuando llegué aquí, estos me pidieron que cantase. Yo les contesté que sí, que para el carnero y con sus abrazos casi lo consiguen de veras estos bárbaros. Y vos, ¿cómo estás Clarisa?

-Mal. Ayer ha muerto mamá.

Genaro callado y triste la hizo sentar en un rincón al lado de él. La música había cesado; las parejas se paseaban quebrándose por el salón. Cuando empezó la danza otra vez, un borracho se acercó a Clarisa.

-Yo no bailo, dijo ésta, como asustada.

-¿Cómo no pues? Sí, ha de bailar, contestó aquel arrimándose más.

-No, amigo, interrumpió Genaro con ceño adusto. Hoy han enterrado a la madre. Le pido que no la saque.

-¡Oh! ¿Y qué? ¿Y si yo quiero pues? No sargento.

-De ande yerba, agregó Genaro con sorna.

-Porque usted ha de ser su tata, sargento, y es lo que se ha de ver, repuso el otro.

-Ah bueno, replicó temblando de ira el joven. Eso es otra cosa.

Y la muleta cayó de arriba a abajo, llena de fuerza y de rabia, sobre la cabeza del ebrio que dio dos o tres vueltas para desplomarse echo un ovillo sobre el piso. Se armó la tremolina. Hubo una de gritos y de disparadas. Trajeron agua fresca y le salpicaron la cara, y mientras el caído abría los ojos, Genaro decía:

-Es mozo débil; no le hagan caso, el viento lo ha volteado.

Un rato después Genaro se dirigía a la puerta. Clarisa estaba apoyada al marco.

-Ya te vas, le dijo con tristeza.

-Sí.

-¿Y yo Genaro

-¿Vos? Tenés razón, si te dejo te han de estropear a la fija. Veníte conmigo.

El dueño de la casa se interpuso. Clarisa le debía plata; pero Genaro le dijo de mala vuelta:

-Yo pago, y sobre todo acordate que tengo mala bebida...

Tristes amores

Salieron esa noche de sábado, para quedar como ciegos en la semioscuridad de la calle. De trecho en trecho el fulgurante rayo de luz que se azota a la vereda desde el zaguán del lupanar. Arriba un arco de cielo nublado, abajo el rectángulo del empedrado lleno de combas y depresiones, y a los costados uno que otro mechero de gas pobre y amarillento dentro de los faroles sucios de tierra. Puertas de pino mal pintadas, y ventanas con rejas de rectos barrotes de fierro, algún clavel y plantas de albahaca sobre el umbral. Atmósfera mal oliente y mefítica y rumores como si fueran colmenas que zumbaran girando alrededor del panal. Muchos grupos que caminan por las veredas y husmean las portezuelas. Cantos en coro. Reminiscencias casi todos de la tierra natal de la muchedumbre políglota. Chambergos, sacos, uno que otro poncho, tétricas máscaras de desheredados corrillos juveniles con burlas, pedradas en las puertas y fugas entre las risotadas de escarnio. Borrachos sentenciosos que hacen la filosofía del alcohol y sirenas con largas colas de seda que entonan el himno al burdel y órganos que escriben en las notas chillonas la marcha al través del cielo de la Casta Diva...

Vivieron juntos en el cuarto de un conventillo; ella ebria de alegrías y de lascivias, él indiferente como si aquello fuera banal episodio de su vida. Del hospital, paso a paso apoyado en sus muletas, Genaro llegaba trayéndole el almuerzo. Después se entregaban a la hora de la siesta, y sonaban los besos en el silencio. Era para Clarisa la verdad al fin. Lo estrechaba entre sus brazos envolviéndolo en sus caricias de leona. Dueña del héroe que creía haber arrebatado al amor de Alma, lo sentía dormir cerca de su pecho, mientras

colocaba la mano en el alborotado y negro cabello del soldado que se arrugaba, como si sintiera en sus sueños los mimos deliciosos y las enamoradas y ardientes palabras. Vivieron con la sangre hirviente y la mente loca en aquel delirio de la carne.

A veces conseguían alcohol y se embriagaban para buscarse en la sombra por el cuarto oscuro desnudos y anhelantes. Genaro le apretaba el cuello, la tiraba en la cama y le flagelaba el rostro.

-Me haces mal, le decía Clarisa, sollozando sin protestas como si ella fuera una cosa.

-Yo sé por qué te pego.

-¿Pero por qué? Si yo soy tu esclava y no te hago nada.

-Porque sos una perra, mientras que hay otras pobres que sufren y se mueren, decía Genaro.

-¿Pero quién sufre? Genaro.

-¡Alma te digo, perra!

-Siempre ella, siempre me hablas de ella, rezongaba Clarisa, entre el mareo del alcohol. Algún día vas a ver lo que yo voy a hacer.

Así mismo cuando Genaro estaba bueno y llegaba por la mañana a verla, era dulce y amable. Todas las limosnas que le daban en el hospital eran para ella. Un día le trajo una maceta con un clavel. Clarisa la colocó en el umbral de la ventana y le echó un jarro de agua. Estuvo un rato viendo cómo entraba en la tierra el líquido cristalino y le pareció que las flores de la planta resurgían. Llena de un alborozo infantil quiso besar al joven; pero éste permaneció frío sin devolverle ninguna de sus caricias apasionadas. Siempre hacía eso cuando no bebía, como si tuviera por ella un profundo sentimiento de lástima y quisiera protegerla con ese corazón de oro que había conservado a pesar de la mala vida.

-Genaro, dijo entonces la mujer, no me has besado hoy.

-Vamos, ya empezás con las retahílas de siempre. Sos una majadera.

-Entonces yo no voy a ser juguetona ni te voy a buscar. Y fijate que yo te quería decir que los dos debíamos regar esa planta que ha de ser como nuestro destino. Si se seca, ¡pobre de nosotros! Los dos vamos a morir.

-Pueda ser, contestó fríamente Genaro.

Su cara se puso oscura y sus ojos se extraviaron buscando cualquier cosa por el suelo.

-¿Yo te doy pena, no, con mi conversación? Preguntó la mujer.

-Cuándo me vas a dar pena; pero a veces quisiera que Dios me hiciera matar de una puñalada por ahí, en cualquier hueco.

-¿Entonces no me querés, Genaro?

-¡Pueda ser! Contestó éste fríamente.

-¿Y ya no tienes cariño por nadie sobre la tierra, entonces?

Genaro repetía el lúgubre ritornelo:

-¡Pueda ser!

-¿Y ella? ¿Y Alma? ¿Ya te has olvidado? Dijo la mujer con ira e impaciencia.

-¡Oh Clarisa! No tengas celos de Alma. Es un pobre ángel que está enfermo, y que se va a morir. Ella me lo dijo el otro día cuando la vi en la plaza acompañando a paseo a los hijos de D. Carlos. Me contó también que Juan, tu hermano, la persigue y la hace sufrir. Entonces le pregunté dos veces si eso era cierto porque me parecía imposible.

-Sí, me contestó, ese hombre me da miedo, en todas partes lo encuentro y me mira con ojos amenazadores.

-¿También eso? Grité yo, amenaza el guapo y es con mujeres la cosa; yo le voy a enseñar a lonjazos.

-Eso no es nada, agregó Clarisa. A mí me ha tirado de las trenzas, me ha arrastrado por el suelo y a cada paso me repetía que lo mismo iba a hacer contigo.

-¿No ve pues? Si es con mujeres la cosa, contestó Genaro perdiendo el color y temblando. ¡Oh! ¿Y eso de cachetearme a mí?... Trabajo le mando. Ha de ser pura boca. No ha de servir para nada.

Genaro se había transfigurado. Un nuevo odio gigantesco germinaba en su corazón. Sus ojos chispearon con el extraño brillo homicida. Saca su puñal y lo empieza a mirar. Hace enseguida resbalar el filo sobre la una para ver si cortaba y clava en una mesa varias veces la punta. Clarisa asustada quiso abrazarlo, pero él la rechazó con dulzura.

-Dejáme en paz, le dijo.

-¿Por qué haces eso con el cuchillo?

-Por nada.

Vos tenés alguna mala intención.

-Nada, nada, contestó el joven recio y seco. Lo único que te quiero decir es que tengo recelo que la planta de claveles se va a secar.

-No, Genaro, porque yo voy a rezarle a la virgen y ella te hará vivir mucho tiempo.

-Cuando yo era muchacho, Clarisa, conocí a un gaucho viejo que me enseñaba a cantar, hace años, cuando el barrio se llenaba de carretas. Allí delante del fogón le oí muchas décimas. Una noche me dijo: Escuchá los consejos de este viejo que ya va sirviendo para poca cosa. Cuando tengas deseos de matar, nunca tomes, porque la bebida te ha de echar al mal, y los que matan ya nacen con ese sino y no tienen la culpa de lo que hacen; solamente que el asesino está como dormido adentro de uno y la bebida lo despierta, y la haraganería, el juego y la rabia lo despiertan. Si alguna vez matas, tené cuidado, porque la sangre pide sangre, y después si te has de salvar o has de morir, no te preocupes, porque al destino nadie le huye... -Ya ves, Clarisa, añadió el joven sonriendo con tristeza, como se ha de secar no más la planta de claveles.

Estos coloquios tranquilos eran pocos. Casi siempre la atmósfera era de tormenta. Una noche se embriagaron los dos y salieron del brazo a la calle. Se sostenían mal y más que una marcha era un balanceo brusco de la pared al empedrado; tropezones adelante en que él tironeaba a Clarisa y manotones a la cintura de ella, cuando se iba en banda. La vereda era chica para sus líneas oblicuas y llenaban el barrio de rumores. Cantaban los dos, mientras la gente del suburbio en corrillos bajo el cielo de aquella límpida noche estival los miraba y reían de la formidable borrachera. Seguidos a cierta distancia por una pandilla de muchachos, encontraron una mujer como de cuarenta años, una sobreviviente de los antiguos señores de esos barrios. Tenía un vestido de saraza y un gran chal rojo de espumilla desteñido donde había rosas de relieve adornado del mórbido y blando cairel de los flecos y unido en el pecho por un gran prendedor de oro.

Pensó al pasar: «Qué dichosos: están borrachos. Deben ser pobres. Así ahogaba también tata sus penas, cuando le vendieron la quinta...

Más lejos, a medida que iban entrando en medio de las casas de alto, culebreaban entre los grupos, empujados de aquí para allá, avanzando despacio, a remesones y se detenían a veces, cesando el canto. El gas iluminaba apenas la calle. Su pobre luz se perdía entre el brillar de las tiendas llenas de picos y de esplendor. Sobre el piso aletea la sombra del farol y más arriba a un lado y otro corre el murallón altísimo de las casas, cuyas cornisas parecen tocarse y la línea del cielo, cubierto de estrellas sigue el vano que queda entre los edificios hasta el fondo, donde esos batallones alineados de ladrillos se pierden en una tiniebla densa y la larga hilera de picos de gas parecen a la distancia una sola línea de luz llena de ondulaciones que atraviesan la oscuridad coronando una cadena de colinas.

-Ese ha de ser Juan, dijo Genaro, indicando una carreta que pasaba. Vas a ver...

Se paró adelante y los bueyes se detuvieron.

-¡Cancha! Ño Mamerto. Deje pasar, gritó el carrero desde arriba de la carga de cardo seco.

-Vos sos Juan, contestó Genaro con el puñal en la mano.

-¡Qué Juan, ni qué nada! ¡Caña! ¡Apéese de la parra, compadre!

-Dispense, no era con Vd.

Genaro se apartó al decir esto.

-Así me gusta Don; parece que la turca no le ha nubla la vista.

La carreta empezó a rodar lentamente produciendo en los choques y barquinazos contra las piedras, sonidos sordos y graves. Más allá había otra carreta parada.

-No es la carreta de casa, dijo la mujer.

Genaro dio un empujón a Clarisa y empezó a caminar hacia los bueyes, tambaleándose a un lado y otro, mientras el carrero lo llamaba por su nombre y le extendía la mano.

-A quién buscas, Genaro, dijo el carrero.

-A Juan.

-Ya pasó y lo que es él también te tiene ganas.

-Mejor si es hombre.

-Cuídate Genaro, porque es mal pegador y ha dicho que en la primera te va a hacer parar las patas.

-Trabajo le mando ¡che! Para que me madrugue y no basurea el que quiere sino el que puede.

-Bueno: ya sabes el refrán: hombre avisado...

-Deja no más. No se ha de ir como venga, interrumpió Genaro, con el tartamudeo de la ira y de la borrachera.

La luz del centro los atraía y pasaban como sombras delante de las vidrieras. Llegaron a la calle Florida, siempre del brazo. Caminaban en medio del esplendor azulado de la luz eléctrica, cuyos soles ovalados pendían en lo alto sobre el centro de la calle. Había rumores como de colmenas en la muchedumbre aglomerada, grupos y corros y tipos de caminadores solitarios. Gente como extasiada en la contemplación de todas las maravillas expuestas en los negocios, y mujeres espléndidas que pasean dejando un reguero de perfumes vestidas con trajes estivales de seda con festones de encajes, adornada la cabeza con la toca de paja graciosa y sonriente de flores y cintas. Chacotas aquí y allá, risas y oleada de gente en dos hileras que caminan en sentido opuesto y por todas partes como una fiesta, una alegría de gestos y de voces entre el chispear extraño de los rayos luminosos, con reflejos maravillosos sobre cuadros, bronce, espejos, terciopelos y alfombras. La gente mira pasar atónita a esos dos espectros que ondulan de aquí para allá, Genaro con su efigie demacrada y lóbrega, los ojos sucios y amarillentos camina sobre sus botas polvorientas y muestra el arco de sus costillas detrás de la camisa llena de mugre y abierta adelante, el cuello flaco y como lanzado fuera del tórax y rodeado de las cuerdas adelgazadas y prominentes de los músculos, profundo el hueco del esternón, mientras las dos clavículas se arrojan adelante en una curva atrevida. Ya no hay grasa que modele las formas en toda aquella persona macilenta, cuya piel seca y como escamosa se enarca sobre los huesos y tiene casi la lividez de un cadáver, que se bamboleara sobre sus largas canillas de esqueleto.

Ella en su vestido de saraza hecho un andrajo, las medias caldas que descubren la suciedad del nacimiento de las piernas, camina y serie a carcajadas al lado de Genaro. Hay en todo su continente algo así como la funesta aureola de la erotómana en el ojo ardiente y verde que despide la sombría chispa de la lascivia en su cara roja por la embriaguez y en el labio entreabierto y trémulo. Está flaca ella también, pero no como Genaro que es un moribundo, que se desgaja entristecido antes de morir. A ella la consume la rabia del goce perpetuo, la brama cálida que no se sacia nunca... La borrachera la enardece y la excita y ella se aferra a su hombre, lo aprieta entre sus brazos, lo enerva y lo destruye, para perecer después ella también en aquella hornaza de la imaginación demente. Cantan culebreando entre los grupos. La voz de Genaro se levanta sobre aquel zumbido de la calle. A pesar de un poco de aspereza su timbre es purísimo y las notas se dilatan con siniestra sonoridad. Ese himno del odio. Son los tenebrosos impulsos de los desheredados el desprecio por el guante, por el alma femenina del cajetilla, el rencor contra el rico. -El espectáculo del raso y de la aérea filigrana del encaje, que envuelve la opulenta carne de la patricia y las chispas del solitario que lastiman al pasar los desgarrados y grasientos harapos del pobre. -La alegría del rostro que tiene el rosado color, la divina belleza que no tiene hambre y la tétrica máscara del imbécil miserable, que se inclina en esa misma calle por donde ellas pasan y recoge puchos. El esplendor de los corsos en invierno, los bustos erguidos dentro de la bata de terciopelo detrás de los cristales de los carruajes nobiliarios, al lado de los peones ateridos, que trabajan y tiritan, componiendo los caminos, por donde alzan el trote sordo y rumoroso las yuntas soberbias. -La noche del rico en las mansiones iluminadas. El banquete... La selva de copas de cristal donde se fracturan y chisporrotean vivísimos los rayos, blanco el mantel, las flores en los dorados centros de mesas, el relámpago de los espejos bruñidos, los invernáculos, que asoman la verde boca y arrojan al comedor una oleada de primavera vigorosa y al lado del frac negro, la ebúrnea comba de los pechos, que asoman comprimidos fuera del corpiño de raso floreado y el olor de la piel desnuda que tiene polvos de lirio... Después liban. Es el alcoholismo que se adquiere por gotas... El

Oporto que tiene color de sangre, el Jerez que calienta las vísceras, las líquidas perlas del Rhin y la amplia boca de la copa de champagne ambarino, que tiene la loca alegría de la espuma en momentos en que detrás de los vidrios empañados en la sombra de la noche el obrero se empina, ve y sufre y en otras partes cuando pasan los últimos coches del corso el miserable se inclina, ve y sufre... Lo espera el cuartucho frío del conventillo, la mujer y los hijos que tienen hambre y no pueden dormir... Llega, ve y sufre...

La voz de Genaro se había enronquecido, mientras toda la calle estaba al lado de él tumultuaria, fascinada por las estridentes vibraciones de aquel himno al rencor. Había blasfemias y salvajes anatemas en las estrofas que se siguieron después y palabras de exterminio que herían los oídos como rechinamiento de serruchos, como si fuera un mundo de almas doloridas, horripiladas de miedo a la muerte por hambre. Era el desfile de una hilera larga de fantasmas que acariciaban el rostro de los felices y diálogos de trabajadores, que meditan la venganza en los tetricos conciliábulos de los sucuchos... El caquihimno de aquel borracho encierra las amargas cavilaciones de la envidia, el ímpetu del odio, las crucifixiones de la injusticia que han recogido los desheredados de boca de los padres y que enseñan a los hijos, la grima honda de una vida mejor, como si fuera una síntesis del alma de las muchedumbres, que culebrean agachadas por las desgracias en todos los barrios oscuros del Universo... Después el recuerdo de Juan, tipo brutal que lo ha perseguido, y que ha herido de muerte a su novia, llenándola de tristeza, a esa angelical criatura que había cuidado a la madre moribunda, achatada por el encono de ese vampiro...

Genaro se calló de repente, tironeándola a Clarisa. Un relámpago deslumbrador lo enceguece, le silban los oídos, una furia desmelenada se apodera de su cabeza, en momentos en que se veía pasar por su semblante una angustia de muerte, en medio de la barahúnda de la gente que se agolpaba alrededor de él. Da un alarido, se desploma y queda rígido con la respiración agitada y la lengua sangrienta apretada entre los dientes, los ojos abiertos e inmóviles. Es la epilepsia. Alguien le abre con violencia las mandíbulas y le hace morder un corcho. Al rato empiezan los ojos a girar en la órbita de una manera lenta y pavorosa y la sangre ha huido de la superficie. Está lívido. Una brusca contracción de todos los muslos le arquea el cuerpo tetánico, el tórax y el abdomen rígidos, la nuca doblada hasta la espalda. No respira casi. Va a morir...; pero al rato la convulsión lo azota lejos entero, entero y lo estrella contra los adoquines. La gente arroja a Clarisa y se apodera de aquel cuerpo. Uno lo sujeta de los brazos, el otro lo aferra del cuello y lo clava en tierra, quien pone las rodillas sobre su pecho, mientras agarra el cráneo el más fuerte, ese pobre cráneo que ha seguido flagelándose contra las piedras. Hay sangre. Alguna herida se ha producido. El corcho ha saltado de la boca de Genaro y de la lengua desgarrada en el brutal mordiscón sale una espuma roja. Le reabren con fuerza las mandíbulas y le colocan otra vez el corcho, mientras la pálida esclerótica vaga, lenta y pavorosa en la órbita. Empieza la lucha de un solo cuerpo convulso contra los seis que lo atan. Son tirones, violentas sacudidas y formidables pataleos. Es toda la persona que resbala arrastrando y descomponiendo el grupo inclinado o un brazo que se suelta y agita el aire a manotones; ímpetus de fugas imposibles, rugidos feroces del enfermo, respiraciones jadeantes, saltos y rodillazos de los que lo sujetan. La pálida esclerótica rueda lenta y pavorosa en la órbita. Toda la

muchedumbre se ha aglomerado y forma un baluarte circular alrededor de esos hombres que se debaten como leones en aquella semioscuridad, en medio de blasfemias y de palabras roncadas y entrecortadas. Nuevos atletas reemplazan a los que se cansan, mientras el encargado del corcho lo contiene con el puño entre los dientes del epiléptico, que descansa un momento con la respiración rumorosa. Los hombres lo dejan; pero al rato contrae de nuevo los músculos, salta de aquí para allá, ulcerándose la piel en los arrastrones. Una pierna desvinculada de la mano de hierro patatea, el vientre libre de las rodillas se levanta rápido arriba y abajo, arriba y abajo el cuello y la cabeza se desvían como un badajo a un lado y a otro y todo el cuerpo se revuelca, se extiende y se encoje furiosamente. Todos a una, sin hablarse casi, tratan de dominar la brutal escena. Se arrojan sobre él y redoblan el esfuerzo, vencen y clavan en el piso al epiléptico, que ronca como si el pecho quisiera hacerse pedazos y que meneas así mismo los miembros debajo de todas esas garras y despiadadas, mientras sale baba sanguinolenta que mancha el corcho y el puño, del hombre que se lo sigue hundiendo entre los dientes y resbala por el ángulo del labio. La pálida esclerótica vaga, lenta y pavorosa en la órbita... Hay barullo. Se oye una algarabía de gritos y resoplidos y bautizan con la palabra ivrognerie esa trua monumental del hombre del suburbio, como si entre las afueras y esa calle hubiera corrido una larga época... Alguien llega con una copa de agua, le refresca el rostro y el cuerpo que destilan sudor, mientras Genaro ya calmado, parece dormir un agitado sueño como si cruzaran por su mente lúgubres visiones. Lo acuestan en la vereda. Su almohada es el escalón de piedra de un zaguán. Poco a poco el macizo del gentío se enrarece y se disipan los rumores que se van alejando y el esplendor de la calle disminuye, cuando salen los dependientes sosteniendo los postigos inclinados para tapar las vidrieras y se oyen los portazos de los negocios que se cierran. La luz eléctrica apagada, aumenta bruscamente la tiniebla y los globos azules se han transformado en óvalos negros, que cuelgan y oscilan. El día ha desaparecido y empieza la noche del gas amarillento. Es tarde. La calle está solitaria y casi silenciosa. Lejos la corneta de los tramways y por allí uno que otro señor vagabundo, de esos que nunca tienen sueño. Algún mendigo desarrapado cruza rápido a buscar su covacha. Todos miran a Genaro y pasan. Está solo con Clarisa, que se ha arrodillado sentada sobre los talones con los cabellos sueltos para velarlo. Poco a poco se duerme y su pecho se dobla sobre el cuerpo lastimado de Genaro...

Al amanecer se movían los dos con la cabeza conturbada.

-¿Qué es eso? Preguntó Genaro, señalando un gran edificio que se vela a través de un arco altísimo.

-El mercado viejo, contestó ella. Vamos allá, Clarisa.

-¿Pero para qué?

-Yo sé para qué. Ahí debe estar Juan con su carreta. Vamos.

Entraron. A un lado y otro los puestos y sobre el piso acumulos de verduras y canastos dados vuelta y alrededor chacareros discutiendo los precios. Muchos carneros colgados con sus vientres y sus pechos abiertos, enseñando su grasa nacarada y las reses doradas y rojas que sacaban a hombro de los carros y arrojaban sobre los mostradores de mármol sangrientos y en los puestos la redondeada superficie de la fruta de variado color. El ambiente lleno de rumores y de agitación y cuajado de las emanaciones acres de la carne y de las legumbres cruzado a trechos por la fragancia y las aromas de las frutas en sazón. Cantos de pájaros en multitud de jaulas, cacarear de gallinas, aleteos zumbadores de gallos saludando el alba, mientras en los cafés llenos de humo, bebía la gente y una hilera de carretas estaba alineada en la calle, Clarisa y Genaro, pasaron rápidos. Lo encontraron a Juan que sorbía a tragos una copa de caña en uno de esos negocios y Genaro se le sentó enfrente. Aquel se fastidió al rato de su mirada de acero y provocadora y le dijo dando un puñetazo sobre la mesita mugrienta:

-¡Últimamente! ¿Qué me miras tanto? ¿Te debo?

-Juan, contestó Genaro, antes eras mi amigo.

-¿Tu amigo? Nunca lo he sido.

-Cuando yo lo maté a Valverde, te aprovechaste de mi desgracia para hablar de mí. Ya no sos mi amigo.

-En mi perra vida me he acordado de vos.

-Sí; te has acordado, seguía Genaro frío e implacable, y a esa muchacha que está en lo de D. Carlos, y que yo la quiero más que si fuera mi hermana, te aviso, vos la perseguís por todas partes para ver si te tiene miedo y se casa con vos, y la estás haciendo sufrir.

-Menos que lo que ella a mí, murmuró entre dientes Paloche con gesto sombrío...

-Yo te podía haber perdonado, Juan, hasta que me basureases y me echaras las tripas afuera de una puñalada; pero desde que sos tan canalla para aprovecharte, porque D. Carlos no sabe nada y te ha parecido que no tiene Alma quien la defienda...

-No sos ni mi tata, ni mi confesor, interrumpió Paloche con gesto rabioso.

-Ya sé, chancho, ¡castigador de mujeres!

-Y de hombres si se ofrece.

-La has hecho sufrir a María y me la vas ha pagar, le dijo Genaro en voz baja y sofocada cerca de su cara.

-¡No soy de los de tu silla, ni de los que se arrean con el maneador, compadre, asesino!

El diálogo fue recio, rápido y sin gritos; las contestaciones llenas de ira sorda y honda. Los dos se habían parado, cuando la mano de Genaro chasqueó sobre la mejilla del adversario. Un banco levantado del piso en el puño vigoroso de Juan iba a caer con violenta parábola sobre el cráneo del joven, que lo esperaba sin temblar con el puñal en la mano, mientras Clarisa había saltado al medio enfurecida como una hiena y de arriba abajo le rajaba al hermano con las uñas las carnes. Hubo un tole-tole, y estrépitos de mesas sacudidas, rumores de botas, gente que corría en todas direcciones, mientras los dos hombres sujetados por brazos vigorosos se miraban con odio.

-Andáte, Genaro, no te comprometas, le decían los amigos.

-Déjenme las manos que se vaya él... ¡lo voy a envasar a ese canalla!

Seguían mirándose. Estaban cerca. Genaro parecía un espectro, Juan un gigante temerario. Blandía en la mano derecha su ancha cuchilla de carnicero de cabo de hueso amarillo.

-Siempre hace lo mismo ése, murmuraba Juan con desprecio. Se hace el guapo, donde a uno lo pueden agarrar. Lárgueme nomás. Yo me voy a ir.

Lo acompañaron hasta la puerta.

-Che, le dijo dándose vuelta al salir, cuando yo vuelvo a la chacra paso por huecos y callejones, donde no hay ni una alma... si sos hombre...

Juan entró la cuchilla en la vaina y envuelta la cara en el poncho llegó a la calle rodeado por un grupo, silencioso...

Alma solitaria

Sobre el umbral de piedra está la planta de claveles, que adorna la ventanita del cuarto de Clarisa en el conventillo. Todas las mañanas recibe su jarro de agua cristalina, mientras en los otros sucuchos se ha secado bajo la hornaza del estío quemante la albahaca cuyas hojas están arrugadas en montoncitos quebradizos amarillo-oscuros, pegados a los tallos raquíuticos, que se han doblado para besar la tierra endurecida y agrietada en el fondo de las vasijas. Han muerto al lado mismo del clavel, que levanta, apoyado a una cañita y sostenido con cintas, sus varas largas y delgadas, cuyas hojas triangulares y puntiagudas la adornan en su lozano verdor. Aquí y allí entre las hojas que aroman el aire anchas corolas nacaradas con vetas, puntos, abigarradas y caprichosas manchas bermejas. Los pétalos se abren y se esponjan y mantienen fresco y vivo el color, porque el agua abundante satura de oxígeno la linfa, que corre estremecida en su delicada trama. El sol de la aurora la baña un rato, pero Clarisa la saca después y la esconde en el rincón más oscuro y fresco, donde con un cuchillo escarba la tierra y la ablanda y cuando llega la tarde y el umbral está en la sombra, vuelve la planta a su sitio. Ella corta las hojas secas y las corolas marchitas y arregla todos

los días sus tallos, para que permanezcan derechos y cuando la riega, a pequeños chorros, la tierra sedienta bebe el agua que desciende hasta el fondo y retorna su color negro de humus, y con la nueva sangre brillan las manchas escarlatas que salpican las corolas. Llega la noche. El rocío que cae a veces la moja y la planta duerme entre las caricias de esa humedad, que se condensa en gotitas, translucidas en la verde canaleta de la hoja y se esconden entre los pétalos y los saturan de líquido. Así vive y crece la gentil compañera de las horas solitarias de Clarisa, temblando a cada rato bajo su mano cariñosa.

Esa noche ella la había colocado sobre la mesa. La vela de sebo prendida frente a la Virgen iluminaba a penas el cuarto. Estaba triste porque Genaro la había abandonado y hacía tiempo que ella no regaba la planta. Tuvo hambre. La gente del conventillo la vieron entrar con atados de ropa negra. Cosía y siempre lo esperaba... Pero esa noche al mirar la ventana le pareció que uno de los tallos estaba seco y vio una corola que se había inclinado música sobre el gajo. Tuvo miedo porque se acordó de las palabras fatídicas de Genaro. «Ya verás, Clarisa, cómo va a morir nomas la planta de claveles.» Trajo la vela al lado de la planta y tembló en esa soledad de su cuarto. La tierra estaba cenicienta y con hendiduras: la vasija de barro llena de polvo; dos grande claveles se habían arrugado con el cáliz seco y los pétalos amarillentos. Una araña tejía su tela de filigrana enredando la planta en la hebra finísima y desde un hueco sucio empezó a mirarla, mientras muchas hormigas, irritadas por la luz como si se fuera a concluir su banquete, disparaban a un lado y otro sobre las varas y las hojas del clavel, que se habían doblado hacia la tierra de la maceta. Las cintas estaban flojas; la cañita que sostenía todo el volumen de la planta inclinada a un costado, parecía querer acostarse y arrastrar consigo los tallos y las corolas. No había perfumes, sino ese olor de la hoja marchita, que hace pensar en los cielos calientes, en los soles abrasadores, y en las tristezas de la naturaleza moribunda. ¡Se iba a secar no más la planta de claveles! Se parecía a esos ramos que han estado toda la noche embalsamando el cuarto donde se velan los muertos, expuestos a la luz artificial que entregan sus aromas a los viajeros que se van para siempre y que ya de mañana han perdido el alma vivaz de su color y la mórbida lozanía de su trama. Concluyen después tirados durante días resecos y acartonados en los rincones de los patios, como se iba poniendo el clavel, ese pobre compañero de su espíritu abandonado y solitario... Genaro no viene. Ella sabe bien que es Alma que lo arrebató y lo ve vagar buscándola por todas partes, porque él no quiere a la esclava sumisa y apasionada que se ha entregado toda entera y sin ambages, humilde leona, llena de bramas, zaherida por su compasión, pisoteada y vilipendiada por él, que tiene el alma enferma, que ha necesitado un apoyo y que la encontró a ella en su camino y se la llevó consigo. Eso era todo sencillamente... pero sin amor y sin deseos...

-No me quiere, pensaba sollozando en la oscuridad de la noche. Yo le perdono; pero que venga porque no puedo vivir sin él...

Todos los ruidos que oye en el patio del conventillo la sobresaltan pero los pasos siguen lejos de su puerta y se pierden. No llega. Se ha levantado a espiar por la ventanita. El bulto pasa por el lado suyo. No es él. ¡Qué profunda crucifixión tiene, qué ímpetus de odios contra aquella mujer virtuosa que se lo roba! Oye una voz que canta de lejos. No es él tampoco. Lo ve pasar. Es un obrero con su saco a la espalda que entona las trovas de su tierra natal; los versículos que tienen la grima de la nostalgia y encierran el alma lacrimosa de la patria que cruza llorando con aquellas armonías. Se sienta después al lado de la mesa y con esa tijera levantada con que ha cortado corolas marchitas del clavel, escucha la melodía que se va desvaneciendo en la calle, mientras la tijera cruje y caen las hojitas secas y los tallos separados inclinan su larga línea. Ha tomado la jarra y va a regar la planta; pero si Genaro no viniera, ¿no sería mejor que la dejara morir? Levanta entonces la cabeza al cielo y los ojos como extraviados, cuando su cabellera suelta y negra ha tocado en el brusco movimiento a la planta, que tiembla toda con roces leves como si le pidiera agua en voz baja, como un ruego piadoso.

-Yo no quiero que te mueras, plantita mía.

Cae el agua cristalina que se detiene un poco sobre la tierra endurecida, poco a poco filtra, y la planta rejuvenece y los claveles parecen erguirse.

-Pobre plantita inocente, agrega Clarisa; yo sí que voy a morir.

En un rincón de la mesa hay ginebra, Clarisa bebe, olvida sus penas y un torrente de loca alegría invade su cabeza. Piensa que Genaro ya no va a venir y peina la negra cabellera como para una fiesta. Corta un clavel y la adorna. Acuesta su cabeza aturdida al lado de la pobre plantita. Su fragancia la enerva y sueña todas las voluptuosidades de la desaparición eterna, mientras dobla la frente sobre sus antebrazos acostados en la mesa circundando la maceta de claveles. Duerme en su cuarto sola. En la penumbra se destaca al lado de la verde planta el crespón de su cabellera. Es feliz, ha pensado que ese sueño suyo no tendrá amanecer. Así mismo su imaginación vive. Ve en su pesadilla a Genaro todo deshecho correr por los callejones persiguiendo a Juan y a éste detenerse con su cuchilla en la mano para matarlo. Pero ella cruza su cuerpo entre los dos, profiere un grito y se despierta. El reloj de la iglesia vecina da las tres, y en medio del silencio que en todas partes reina, los tañidos de la campana llegan como a saltos hasta el patio. Abre los ojos en la penumbra. La vela se ha apagado y el farol del conventillo echa a la pieza algunos rayos de su luz sucia y se oye afuera una voz melodiosa, una lejana y suave armonía cuyas ondas sonoras avanzan. Un escalofrío se apodera del cuerpo de la mujer, que se sobresalta y se pone anhelante al reconocer la voz de Genaro. Abre la ventana y escucha. Oye los pasos de un hombre que camina al compás de la música, y trinos de guitarra y voces graves de la bordona que acompañan al triste, mientras llega a sus oídos el ritmo de un canto que ella conoce. Los pasos se acercan, los ecos repercuten en la acera de enfrente y la melodía domina todo el silencio. Clarisa distingue las palabras del verso y lo ve a Genaro con la guitarra colgada adelante que canta y camina...

Es un espectro. En todos esos días largos ha buscado a la novia, en las plazas donde ella solía llevar los niños a pasear, y se ha deslizado con su muleta entre el gentío de la iglesia espiando entre los claro-oscuros bajo las bóvedas aquellas aromadas de incienso y en la hora en que antes comulgaba se arrodilló Genaro más de una vez. Todas pasaban las muchachas del barrio al lado de él y con las palmas juntas y genuflexas delante del altar, recibían la hostia. Las bellas criaturas juveniles sonriendo en sus trajes livianos de percal, cruzaban acompañadas por las armonías del harmonium de la capilla de San Carlos... -pero ella no se arrodilla hace tiempo donde antes y no se acerca al altar a recibir al Señor. Un negro pensamiento angustió el corazón de Genaro y una vez, empezó a caminar hacia la casa de Méndez.

Era una hermosa y clara noche del suburbio, llena de luz blanca. Una de las aceras se tiende lejos plateada por los rayos difusos de la luna. Su disco domina el panorama del cielo donde los astros diseminados brillan lejos de su esplendor. Aquí y allá alguna estrella solitaria más fúlgida, alguna pecadora abandonada de los campos azules, destinada tal vez a una temprana muerte, como si tuviera cuerpo de mujer y alma de bacante y chisporroteara tan viva en el éter en su última noche, para borrarse enseguida para siempre y tener la fijeza de una cinérea larva. El cielo está casi desierto. La luz tenue de los astros ha desaparecido en el esplendor de la luna grande y redonda y la naturaleza duerme dentro de sus rayos verecundos. Pero en las noches oscuras tachonan el firmamento grupos de puntos luminosos que tiemblan todo alrededor como si fueran fulgurantes pupilas y largos regueros de chispas que se cruzan en todas direcciones como sendas de diamantes, mientras la bruma luminosa de la vía láctea corrusca y fosforece, echando su larga cola de espumas a través del azul profundo del cielo. La leyenda del suburbio ha creado el sistema planetario. En los tiempos primitivos el universo era un colosal orbe de llamas donde tripudiaban todos los colores. Fue hecho trizas y apagado por las convulsiones del caos. Solamente el sol que era su corazón concentró y conservó en su seno el fuego y las llamaradas y arrancado de cuajo en el violento girar de los mundos, se hizo el núcleo de los nuevos orbes producidos, ese gran señor de las alturas, ¡ese Dios soberbio de la vida! ¡Paso al prepotente creador, mientras tímida y callada se desliza en silencio a través de las diafanidades celestes, la virgen de la noche saturada del polen brillante de aquel Dios satánico! Porque la leyenda del suburbio escribe, que cuando el cuerpo del orbe primitivo se rompió, fue la luna su alma melancólica, el alma muerta de un ciclo en la vida de los mundos. Peregrinaba sin luz escondida por los pliegues del espacio hasta que desmayó moribunda de deleites entre los brazos del gran Dios. Fue su Aspasia. ¡La hizo su manceba, reina y sol de la noche! Los miembros fragmentados y azotados en todas direcciones, divididos, desmenuzados y pulverulentos fueron cayendo en la furia demente de la carrera a beber luz dentro del vértigo del corazón de fuego y le arrebataron fulgores y brillazones, caireles, collares, solitarios y retahílas de chispas, para incrustarse al fin en el tul infinito del firmamento. Sus átomos se abrazan en la marcha a través del éter y se difunden en una tenue vaporización que clarea apenas en las noches oscuras las soledades del suburbio los callejones tenebrosos por las hileras de eucaliptos y por la trama impenetrable de los talares, -los callejones perdidos entre las sombras de los cercos de moras que parecen baluartes de luto, se disciernen apenas a través de esas vagas penumbras. Estas acompañan a la carreta en su lento camino y permiten dirigir al caballo del nocturno galopador y siguen el trote de la pandilla de lecheros que entonan temblando las canturias vascongadas.

Pero en las noches de luna el suburbio se alegra. El ojo ve más lejos; los cercos y las praderas tienen menos oscuridad. Las familias salen a paseo en sus trajes de diario y hay serenatas de acordeones a cuyo sonido contesta la ratona, el pájaro ángel de los cercos, el hermano de los niños del arrabal con su apurado gorjeo metálico. La luz difusa envuelve a lo lejos como en un marco los caseríos diseminados, los bosques de las quintas que aparecen como manchas informes e ilumina los intervalos que hay entre los troncos y filtra a través de las ramas y de los intersticios de las hojas. Arabesca la alfombra de pasto que crece debajo de la arboleda con extrañas y caprichosas figuras, hilos de luz plateada, círculos, espirales, senderos y místicos esplendores, como si aquello fuera el tapiz donde debieran danzar las hadas de los cuentos de la niñez. Los genios de la noche crean esa monstruosa geometría y los bosques del suburbio la cobijan en esa hora plácida en que la hoja más huele a verde fresco, en que la flor exhala más bálsamo y la maleza rica y enmarañada más trasciende. Entra el esplendor en el cajón casi siempre seco del Maldonado y platea la sierpe correntosa del Matanzas y cuando arrecian las lluvias y la lagunas detenidas en los bajos encrespan sus aguas en las brisas ligeras, tiende la luna sobre ellas sus rizos de brillantes escamas. Pero en esa época de seca el mustio panorama se vuelve hacia la noche como implorando la piedad de sus sombras. No tiene frescura. El prado arrastra su pasto raquíptico y amarillento y la arboleda gime y se agacha bajo la hornaza del día que arde, y mientras la luna riela y las baila de su luz fresca, la naturaleza abre todos sus ávidos estomas que quieren humedades y tienen sed de rocío. Es entonces que los obreros en mangas de camisa, se sientan en los umbrales y con el alma entristecida contemplan el panorama de la noche. Genaro en su marcha los ve deshechos por el sudor y el trabajo de la jornada larga...

Cuando llegó a la casa de Méndez estaban sentadas en dos sillas de hamaca Dolores y la chiquita. Se detuvo bajo los paraísos y dijo temblando:

-Buenas noches, niña Dolores.

-¿Quién es Vd.? preguntó ella sorprendida de aquella figura demacrada y harapienta.

-Es Genaro, yo lo conozco, gritó la chiquita batiendo palmas.

-Sí, yo soy, nenita santa; yo soy.

-Entrá, entrá. Alma está enferma.

Dolores no dijo nada.

-Yo no voy a entrar, dulce compañerita, contestó Genaro.

-¿Qué quieres, Genaro? interrumpió Dolores con dulzura.

-¿Cómo está ella?

-Hoy ha pasado buen día.

-Pero don Carlos qué dice

-La han encontrado mejor los médicos.

-Pero, niña Dolores, ¿qué es lo que irá a suceder?

-Carlos no contesta cuando le preguntamos eso.

-Es porque Alma se va a morir, murmuró con voz sombría Genaro.

-¿Quieres verla? Insistió la chiquita.

-Usted es un ángel santo, dulce compañerita, porque todavía se acuerda del pobre Genaro que ya no tiene amigos.

-Papá dice que tú eres bueno, Genaro.

-Antes sí. ¿Se acuerda cuando usted era chiquita y le había hecho yo una hamaca que había atado a la parra y la hamacaba a la hora de la siesta cantándole las canciones del corazón para que usted se durmiera? Entonces yo era trabajador y todos me querían, pero ahora ya se acabó todo y yo no puedo entrar a esta casa.

-Papá, dice Genaro, que tú no tienes la culpa de lo que has hecho.

-Pero yo me he portado mal con él, dulce nena, cuando me hice malevo y a él no le había de gustar que yo anduviera por acá.

En ese momento aparecieron lejos dos puntos amarillos que se movían de arriba a abajo. Dolores miró y dijo un poco nerviosa:

-Allá viene Carlos.

La luz se agrandaba y se hacía rectangular. Se sintió el ruido lejano y sordo de un coche con repiqueteos a intervalos. Genaro entonces tomó su muleta con una profunda tristeza en el corazón y murmuró en voz baja:

-Adiós, niña Dolores. Muchas gracias por lo que me ha dicho. Adiós, nena santa. Sea siempre buena con su papá como lo ha sido hasta ahora y desde que se acuerda del pobre Genaro, le voy a dar este escapulario donde está un ramo de flores que ella me regaló. Está un poco sucio, dispense, por la sangre de la herida del pecho y dígame que es la prenda mía más adorada y que se lo devuelvo porque yo no quiero que se pierda conmigo para que si la pobrecita se muere se lo lleve con ella...

Genaro sacó el escapulario temblando. Tenía el alma llena de sollozos, y envuelto en un pañuelo de seda azul lo entregó a la chiquita. El castañeteo del coche sobre las piedras era cada vez más violento. Pasaron los oscuros del médico debajo de un farol, mientras Genaro se escurría lejos entre las sombras de los paraísos.

Entonces fue que empezó a vagar como un sonámbulo por la ciudad, dolorido y quebrado por la tristeza y sus cantos eran la revelación de sus pensamientos al silencio de la noche como hacen muchos, cuando tienen dolor. Se alegró de ver a Clarisa en la puerta. No había bebido y conservaba todo su amable corazón de buen muchacho. Ella se echó en sus brazos impetuosamente.

-Qué contenta estoy, le dijo amorosamente. Si supieses cómo he sufrido estos días. Hasta hambre he tenido, sin quejarme y he cosido pantalones y sacos.

-¡Pobre Clarisa! Murmuró el joven con dulzura.

-¿Por qué, pobre? Si estoy contigo y te quiero y no vivo sino para vos ¿por qué dices eso?... Porque hay otra antes que yo y después yo soy una perdida... pero este corazón mío lo tengo para vos y este mi cuerpo lo tiraré al medio de la calle para que lo aplastase un carro, el día que te murieses.

-Yo no tengo más amigo en el mundo que vos, Clarisa.

-Ya sé. Ya sé. Lo demás no importa, Genaro, con tal que te estés aquí conmigo. Voy a trabajar y a sostenerte porque estas enfermo y sin fuerzas y después cuando venga el invierno te voy a abrigar con mi cuerpo y a calentar con mis besos Hace un rato me quería morir. La planta se había empezado a secar; pero después dije: si no revive la planta, a Genaro le va a suceder alguna desgracia y entonces le eché agua... Vení, que te la enseñe.

Clarisa lo arrastró hasta el cuarto, mientras el joven la dejaba hacer como si el dolor le hubiese hecho perder la voluntad.

-¿Ves? Agregó la mujer, tomando a la maceta entre sus manos. Aquí había una flor marchita. Aquí un gajito seco.

Yo los he cortado... Al principio el agua hizo unos gorgoritos antes de entrar, pero después la tierra se la chupó toda. Desde entonces el clavel está más derecho y más joven. ¿Vos no te alegras, Genaro?

-¿Yo?

-Sí, vos. ¿Qué tienes? Parece que no me atendieras. ¿En qué estás pensando? ¿Por qué estás triste? Decíme.

-Estoy triste porque le he visto un gusano a la planta.

-¿Un gusano? No digas. Son mentiras tuyas. No es por eso; contestó la mujer con pasión.

-Pero si es cierto. Fíjate bien cerca de la raíz.

Clarisa levantó la planta y la acercó a la vela de sebo. En un hueco, casi tocando la tierra húmeda, había un verme color de nácar, que se movía lentamente. Clarisa palideció, al sacarlo con una horquilla.

-Y después, agregaba Genaro, cuando yo no tomo, estoy más triste que un cajón de muerto, -y sacudía el joven, melancólicamente la cabeza.

-Pero yo te quiero, Genaro, con toda mi alma.

-Así mismo no tengo alegría porque me parece que nuestro corazón tiene siempre una polilla que se lo está comiendo y cuando no tomo, el bicho me muerde y me acuerdo de todo. ¡Pobre Santa! ¿Qué pena tengo de haberla muerto? Y después he perdido esa casa de D. Carlos para siempre...

Genaro no siguió adelante. Un nudo le apretaba la garganta.

-Vos estás llorando, gritó la mujer y se abalanzó hacia él con ímpetu y lo tomó de las manos mirándolo en los ojos.

-Yo tengo que beber a la fuerza, sino es inútil, Clarisa... -Ni mujer que fuera...

-Yo no quiero que tomes más Genaro, replicó ella con un sollozo desgarrador. Yo no quiero que tomes porque la bebida te va a matar, ¡y yo no quiero, no quiero! Soy tu esclava, pisoteáme. Yo te adoro. Por esta cruz te lo juro... Hací lo que te parezca conmigo, pero no tomés más, yo no quiero que mueras Yo sí, yo sí, porque de todos modos ya tengo mi sino desgraciado... Vos no me vas a querer nunca... Matame de una vez... Tomá, pegáme aquí sobre el corazón, sobre el corazón...

Hablaba a saltos en esa ronquera dolorosa, y le alcanzó un puñal.

No: guardá eso, contestó Genaro, con piedad.

Parecía loca. Rajó la saraza de cuatro tirones y desnudó su pecho. Se abalanzó con ímpetu sobre el joven de nuevo y lo abrazó. Le besaba la cara y el cabello, le acariciaba la mejilla y lo estrujaba contra su cuerpo y le decía palabras de amor toda trémula, suspirando sus labios, a medio cerrar los ojos en aquel sobrehumano deliquio. Un éxtasis, una transfiguración de voluptuosidad, ha invadido todo su cuerpo y la mujer entera, entera se ha derrochado en el abrazo prepotente. Tenía el pecho anhelante. Es el fuego que se desata de la entraña y hace hervirla sangre, el torrente de savia que fecunda los campos y pinta la flor, es el numen que cuaja de zumo al fruto y arroja en medio de la naturaleza la eflorescencia y

las galas del intrincado laberinto de las selvas ¡Oh polen! ¡Oh divinidad creadora! Seguían abrazados. Genaro, frío e indiferente, sentía en sus oídos la cálida voz de la mujer. De repente vio que todo su cuerpo se estremecía en un espasmo vigoroso. Sus músculos se relajaron, palideció su efigie y con la cabellera desgreñada y convulsa y los ojos agrandados y húmedos, echó hacia atrás su cabeza, como una bacante, ebria de amor, que se fuera a morir. Sus labios trémulos pronunciaban sonidos que apenas se oían y su cuerpo se fue acostando poco a poco, hacia la tierra, sostenido por Genaro. Este colocó la cabeza de la mujer sobre una almohada y parado en la semi-oscuridad del cuarto, con los brazos cruzados, la miró dormir. Parecía muerta esa lívida efigie dentro del marco de su cabello negro Genaro pensaba: «Tiene razón. Yo no la voy a querer nunca.»

Llegó el alba y trajo hasta el cuarto miserable los zumbidos lejanos de la ciudad, el traqueteo de los primeros tramways, el tableteo sordo de los carros, cantos de la calle, cacareos y aleteos rumorosos de gallos en las huertas. Aparecen claros los contornos del conventillo, mientras la luz va descubriendo las pocas pilchas de la pieza de Clarisa. Algunas puertas se abren. Los obreros, con los sacos sucios, soñolientos salen al trabajo en mangas de camisa y arrojan agua, que chapotea sobre las piedras del piso. Hay gritos de niños y salen mujeres que prenden fuego en los braseros, que han sacado al patio y paradas frente a las bateas o a las tinas redondas, lavan la ropa y tienden cuerdas, sostenidas por tacuaras que apuntalan en los huecos y en los intersticios desgastados del pavimento. Algunos preparan el mate, en momentos que otras puertas se abren y el conventillo se llena de rumores. Empieza temprano el día monótono y concluye tarde. Siempre lo mismo. Todo el año. Nacen, viven y mueren siempre así... Genaro ya sin fuerzas, se ha acostado sobre los ladrillos, con un atado de pantalones y sacos por almohada... Duermen los dos...

Cuando llegó la noche cenaron. Al rato estuvieron borrachos de ginebra y ajeno. La cabeza del joven empezó a arder dentro de las ideas de exterminio, mientras el espíritu de Clarisa amargado por los celos, vagaba irritado por sus recuerdos.

-¿No me vas a querer nunca? Empezó la mujer mirándolo con la extraña fijeza de una loca.

-¡Oh! ¡Y de ahí!

-Porque no estoy dispuesta a vivir de limosna.

-¿Limosna? Cada uno hace lo que le da gusto. Yo no te he tenido encerrada.

-¿Me echás entonces? ¿Querés que me vaya?

-Yo no sé si te has de ir; pero te aviso que a mí no me ha gritado ni mi padre, replicó Genaro, haciendo teclear los dedos en la mesa.

-Ya sé. Te estorbo, y es por la otra, la santita...

Genaro extendió la mano nervioso.

-Alma no es trapo para que te limpies la boca con ella, dijo con voz grave.

-No ha de faltar quien lo haya hecho.

-¡Tu madre! ¡Oveja!

-Yo nunca te lo dije, pero muy bien que le gustaba Valverde.

-Tan luego el canalla ese, exclamó ferozmente Genaro, cuyo puño cerrado cayó como una maza sobre la boca de la mujer.

La sangre empezó a derramarse por la comisura de los labios. Clarisa se irguió. Su rostro estaba lívido y terrible, su cabellera suelta se sacudía a un lado y otro y todo su cuerpo flaco se cimbraba en la violenta curva que describió para acercarse a Genaro. Sacó un cuchillo de la liga y se lo enseñó.

-Este, dijo levantando la mano roja de sangre, se lo voy a enterrar a ella hasta el mango. ¿Que te has creído, Genaro, que yo no tengo corazón?

-Dame el cuchillo, Clarisa, replicó el joven avanzando hacia ella.

-Y que no me arde el cuero, seguía la mujer, para que yo me esté quieta cuando vos andás rondando la casa de ella, porque es decente y no se ha ocupado ni de mirarte cuando estabas herido; cuando yo he sido tu sirvienta y todo lo que has querido que yo sea, y me has cacheteado y me has hecho llorar las noches enteras. ¿Para qué: para que llegue un día y me tires a la calle? Yo le voy a enseñar a la santita quién es esta pluma a quien ella le roba su cariño... a mí que te he salvado la vida veinte veces.

Genaro le agarra entonces la muñeca, mientras la hoja del cuchillo se mueve de un lado a otro cerca de su vientre y Clarisa estalla en una carcajada histérica y metálica.

-Largá te digo, rugía el joven forcejeando.

Clarisa reía con los dientes y las encías rojas de sangre...

-Te he de matar si no soltás el cuchillo.

-¡No lo suelto, la puñalada es para ella, para ella! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Una nueva carcajada terminó estas palabras. La mano izquierda de Genaro se desploma sobre el cráneo de la mujer que deja caer el arma tambaleándose aturdida hasta dar con su cuerpo en el suelo, mientras la línea negra de la trenza se dibuja sobre su pecho. Clarisa reía como una loca cuando Genaro, borracho de ira y de ajeno, aferró la trenza y la cortó con la cuchilla. En ese momento el chirrido del pelo se mezcla a las sonoridades extrañas de la carcajada, cuyas notas invaden el patio acompañando los pasos del joven que se pierde envuelto en las sombras de la noche. Llega al Mercado Viejo. Las visiones de la matanza lo arrastran en su furia demente. Lo busca a Juan por todas partes, debajo de las carretas alineadas, dentro de los puestos, describiendo espirales en medio de las legumbres y los montones de frutas aglomeradas en el suelo. La luz era escasa. Al fin lo encontró apoyado a una rueda de su carreta.

-Aquí no hay nadie, Juan, aquí no hay nadie, le gritó Genaro atropellándolo. ¡La vas a hacer morir a Alma, canalla!

-Estás borracho, ¿no ves que está lleno de gente?

Genaro le tiró una puñalada. Juan dio un salto atrás con agilidad de gato y se envolvió una jerga en la izquierda, mientras el otro le acometía violento y frenético, defendido por su poncho. Se oye el choque de los puñales que rechinan y brotan chispas de cuando en cuando. Genaro le puso un barbijo. La sangre saltó roja y caliente de la mejilla de Juan herida, mientras éste tendido adelante, rajaba el poncho de Genaro con la punta de su cuchilla y la entraba honda en el antebrazo. Poco a poco el círculo de curiosos los estrechan y no los dejan pelear, los separan y se los llevan lejos para ocultarlos... mientras Clarisa se ha enloquecido en la soledad de su cuarto del conventillo...

Empieza a dar vueltas y vueltas como inconsciente sin acordarse de nada y de cuando en cuando ríe y recoge su trenza para guardarla en el seno. Cuando acierta a mirar en ese triste viaje a la maceta de claveles, se sienta, la coloca en su regazo y llora... Le habla con ternura y entonaciones profundamente lagrimosas, la arrulla, murmura cantos como si fuera su dulce niño y la mece al lado de su pecho haciendo crujir la silla de paja. La noche es negra dentro del cuarto. No hay vela. Ella tiene miedo que tenga algunas hojas secas y suavemente pasa sus dedos para ver si el roce áspero le avisa de ese peligro. Tocó un botón marchito, se estremeció y le dijo:

-No se va a morir mi nene... no me va a dejar sola. Yo sé que tiene sed y que eso da ansias, pero le he de buscar el fresco del agua y la he de llevar donde haya vientos para que viva lejos, lejos, entre las toscas, para que el río le sirva de cuna y los sauces le den sombra. Está triste porque no lo riegan, pero a esta pobrecita madre la han herido en la boca y no quiere besarla para que no se manche con sangre. Voy a caminar con mi nene, lo voy a acompañar siempre porque es mucha desgracia que a uno lo dejen solo. ¡Arrojo mi sol! Lo tengo en mis brazos, le hago caricias y le doy la humedad de mi aliento. Espere, espere va a dormir; porque yo tengo este abanico de papel que suena como un canto y le va a refrescar el cuerpo delicado y enfermo.

Clarisa lo abanicaba. En el silencio de la noche se oía el roce de las hojas y de los tallos del clavel. Seguía hablando:

-Genaro se ha ido. Parece que él no lo quería a mi dulce bien se ha ido... y la casa está abandonada por eso tiene sed... porque la dueña ha derramado por el suelo todas sus lágrimas y su tierra se ha quedado seca.

Tocó otra vez la planta y le pareció que seguía marchitándose. Abrió la puerta. Apenas se veía el patio del conventillo. A un borracho que pasaba le dijo con lágrimas:

-Dame un poco de agua ¿quierés? Es para mi plantita. Yo ya no tengo en la jarra.

El borracho no hizo caso.

-¡Agua, refunfuñó, si fuera ajenjo!

-Te pido agua porque el clavel se va a morir ¿no ves? Y le enseñó la planta.

-¡Si fuera ajenjo! Refunfuña el borracho y se aleja describiendo zigzags.

Entonces Clarisa salió a la calle. Había envuelto la maceta en su pañuelo de seda azul. Los faroles alumbraban apenas el empedrado aleteando sus sombras allí, a pesar de la atmósfera quieta. Las luces amarillas y mortecinas de lejos se avivaban a medida que la loca se iba acercando y caminaba ligero dentro de la oscuridad de las altas casas del centro. Ríe y canta, mientras en la soledad suenan sus tacos celeros y rompen el silencio. Su voz áspera y doliente se echaba de un lado a otro sobre las casas dormidas, ¡en aquella lúgubre y melodiosa canturía que encierra el triste prelude de algún drama sombrío que fuera a producirse después! Las casas de alto seguían pasando a su lado, uno que otro balcón se abría y dejaba ver la cabeza asomada de algún curioso, en momentos en que los pocos caminadores de la noche a quienes ella tocaba las piernas con sus harapos de zaraza la veían perderse lejos, exclamando:

-Pobre, la loca ¿dónde irá con ese clavel?

Las luces continuaban alumbrando su escuálida figura que se desvanecía en los intervalos. Pasó un señor al lado de ella. Era un bohemio de galera de felpa y guante, uno de esos bohemios que no tienen hogar ni sueño. Toda la vida los buscan, para no encontrar sino la fonda y el sepulcro. Son mártires de la concepción perfecta que no viven la vida humana, que acarician el ensueño perpetuo, porque la tierra no tranquiliza y la hetaira blanca con carne de marfil no sacia. ¡Oh vagabundos, apresuraos a morir, antes que llegue la vejez estéril y solitaria...!

-¿Por qué llevas ese clavel? Le dijo el bohemio ¿Dónde vas?

-¿Dónde voy? ¡Oh! ¿Y que Vd. no sabe? Este es mi nene. Se va a morir de sed. Lo llevo al río entre las toscas, donde hay agua y fresco. ¿Y Vd. dónde va?

-No sé, mujer, yo camino...

-Pero sus nenes están solos, señor, tal vez no tienen agua, ni abanicos, ni caricias...

-Yo no sé nada de eso, pobre mujer.

-Bueno: entonces compre alguna plantita que se esté por secar, la riega y la quiere. Yo tengo miedo asimismo por este calor. Si Vd. me quiere dar un poco de plata, para comprar un fanal de vidrio y guardar el clavel.

El señor le dio.

-Muchas gracias, mi buen señor; ahora yo le voy a pedir a la Virgen por usted, porque no se puede vivir sin querer alguna cosa, para que ella le dé nenes y un bosque de paraísos... porque si no cuando uno vive sin amor, es como si se muriese siempre...

Clarisa se arrodilla entonces y le besa las manos al señor vagabundo. Enseguida caminó unos pasos. El señor la miraba siempre. Ella se dio vuelta, lo saludó con la mano y le dijo:

-¡Cómprese una plantita... la riega... adiós!... porque si uno no quiere es como si se muriese siempre... ¡Adiós!... Los hijos de uno son adorables... yo lo sé por que el amor mío se ha muerto ayer... Yo le voy a pedir a la Virgen que se acuerde de usted... y cuando murió, me dijo que cada uno tenía un gusano que le mordía el corazón... ¡Adiós! Cómprese una plantita, un jazmín diamela... un delicado jazmín diamela blanco como el marfil que perfume su cuarto... sea feliz y tenga nenes, mi buen señor... y después se aprovechan del amor de uno y le arrancan la trenza. ¿Ve?

Clarisa la sacó del seno: era gruesa y negra.

-Eso es mucho sufrir porque la trenza es el orgullo de la mujer... y si uno ya no la tiene, yo sé lo que hace.

-¿Qué dices, pobre mujer? Preguntó el vagabundo entristecido.

-¿Y los hombres, qué hacen cuando reciben una bofetada en la mejilla... matan, no es cierto?

-Es cierto. ¿Y las mujeres?

¿Qué usted no sabe? Mueren, mi buen señor... mueren cuando les cortan la trenza. Pero Vd. no haga caso, mi buen señor... compre un delicado jazmín diamela blanco como el marfil que perfume su cuarto y sea feliz y tenga nenes, porque son adorables. Este clavel yo se lo regalaría pero es colorado como la sangre y me lo dio el cariñoso de mi corazón. Es la flor del amor que cada uno riega sobre el umbral de la ventana chiquita.

Clarisa reía y seguía hablando:

-Y la flor de la muerte... hay muchas clases y de todos colores. Este es doble, mire.

Clarisa reía y reía acercando la maceta.

-Tiene manchas de nácar y qué aroma ¿no? Pero Vd. está triste y no me contesta. Yo sé por qué es.

El señor callaba.

-Porque ayer ha muerto su mamá y le llenaron el cuerpo de flores... o si no también porque cuando uno no ama vive muriendo, mi buen señor. Adiós. Si lo ve a Genaro... dígame que vuelva, yo estoy llorando.

Clarisa lanza una carcajada y se retira cada vez más lejos y se pierde en la noche. Canta en ese ritmo doliente fúnebres trovas hasta que el fresco del río la despierta. Da un grito loco que repercute y se dilata en la sombra y marcha hacia él llevando la maceta sobre la cabeza. Hay silencio hondo. El aire está quieto, el cielo sereno y el muelle desierto. Detrás el macizo de las casas enhiesto como un crespón delante la oscura superficie del río con algunas luces aquí y allá que apenas se distinguen. Un faro rojo a la derecha. Clarisa camina erguida y rápida como si alguna visión la fascinara.

Sus botines retumban sobre los tablones del muelle, mientras el agua rezonga y chapotea en la trabazón de puntales y tirantes que lo sostiene. Un bote se desliza sobre la ola mansa y se siente la zambullida del remo que taja el agua. Los marineros arrullan la tenebrosa soledad del río cantando una melancólica barcarola, mientras la línea de la tétrica figura de la mujer hiende la noche y la planta de claveles se bambolea sobre su cabeza. Llega a la punta del muelle y empieza a tararear un avemaría y se arrodilla al lado del parapeto como si fuera un altar. Se arrodilla, canta la loca y las notas tiemblan en el aire sin viento... Enseguida abraza la maceta, besa las flores y trepa. Su silueta se eleva como un largo espectro y describe en el vacío una violenta parábola. Zumba en el brusco descenso, despedaza el agua que se lanza en chorros de aquí para allá con violencia, que rebulle, gorgotea y la cubre. Un rato después boya todavía abrazada de su maceta y cae lentamente al fondo ya sin ruidos, en la noche oscura de las aguas que ven pasar su bulto negro, mientras por arriba el aire está quieto, sereno el cielo, el muelle desierto y sobre la planicie del río casi inmóvil resbala el bote como un fúnebre alción que moviera sus alas para el eterno viaje y cantan la melancólica barcarola los marineros cantan... Boga, se hamaca y fluctúa por el éter oscuro la armonía que narra las grimas de la nostalgia y recuerda a los viajeros la imagen de la tierra donde nacieron, la vieja casa y los muertos amores juveniles, boga y se hamaca y fluctúa la doliente armonía de la canción marinera cuyas notas dobles sollozan, cuyos arpegios describen el alma tristísima de los mares desiertos y acompaña y mece aquella pobre mártir, alma solitaria que llega al fondo, se acuesta y muere sobre el lecho del río, al lado de su maceta de claveles...

¡Ángelus!

Días después, bajo el alero del rancho de la chacra estaba Méndez sentado cerca de don Manuel a quien habla ido a visitar después de la muerte de Clarisa.

-Cuánto le agradezco, D. Carlos, su visita, decía Paloche. Ya me voy quedando solo... Si no fuera que pienso volver a mis libros de homeopatía y por los resultados maravillosos de este sistema, la vida se me hubiera hecho intolerable. Y parece que las desgracias no se han concluido.

-¿Cómo así? Preguntó Méndez.

-¿Lo ve Vd. a Juan allá?

-Sí: lo veo parado cerca de aquel poste y con la cara cubierta por un pañuelo.

-Bueno, D. Carlos. Esa es su vida. Antes trabajaba de la mañana a la noche y era avaro de su dinero; pero después que Genaro le dio ese tajo en la cara, es otro.

-A mí no me extraña, replicó Méndez... Ya me lo imaginaba.

-Vd. se imaginaba. ¿Por qué?

-Muy sencillamente. Supongo que me permitirá que sea franco.

-D. Carlos, Vd. es hoy mi único amigo. Hable no más.

-Su hijo, señor Paloche, tiene su demonio, como Genaro, como yo y como Vd.

-¿Su demonio? Explíquese Vd.

-Y lo peor del caso es que lo trajimos desde la cuna.

-¿De manera que yo tengo la culpa de que mi hijo sea así?

-No, D. Manuel. Yo no sé quién la tiene. Probablemente es la fatalidad, porque es necesario afirmar que estos desequilibrios ingénitos no los atenúa la educación, ni la religión los vence. De manera que no es de los padres la culpa.

-A esos desequilibrios les llama Vd. «su demonio».

-Eso es. Yo conozco estos hechos. Hombres perfectamente religiosos y llenos de virtud, que salen del confesionario para suicidarse y niños para los cuales la vida debía ser una hermosa quimera, poseídos de hondos desfallecimientos morales, vencidos antes de luchar y que meditan la eterna desaparición y se quitan la vida y novios que en vez de soñar con el hogar futuro y con el encanto de los hijos, acarician en sus diálogos muchas veces la lúgubre voluptuosidad de morir. ¿No le parece que estas observaciones son exactas?

-Sí me parece, aunque yo me he reprochado muchas veces no haber sido más severo con mis hijos, contestó don Manuel con gran tristeza, y me parece que estos desgraciados me han arrancado la mitad de la vida... Oh, yo no soy el de antes, D. Carlos.

-No pienso que Vd. sea culpable. Creo que se debe hacer todo por ellos, pero si detrás del consejo y de la reprimenda, hay fuerzas superiores innatas e irresistibles que los arrebatan, no cabe más que la resignación. ¡Pobre Clarisa! ¡Qué inmensa compasión he tenido por ella! Sin desventurados mucho más que culpables. Espíritus frágiles...

-Tiene Vd. razón, D. Carlos. Ella me decía siempre: Cuántas veces he llorado, papá, y le he pedido a la Virgen que me salvara. Debo estar condenada, porque no tengo fuerzas...

-Ella le hacía a su manera su psicología. Pero si Vd. se detiene a meditar un poco, verá que hay grupos de hombres que resuelven todas sus cuestiones mirando el cañón del revolver para dirigirlo a la sien y que aunque luchen se sienten desfallecidos cada cuarto de hora, como si fueran almas femeninas. A veces los dramas se producen porque en ellos la imaginación agiganta las dificultades y los dolores y les hace perder la fuerza de voluntad, mientras otros se hunden cada vez más en la soledad y viven dentro de un inconsolable vacío como si la vida de ellos no tuviera meta. Entonces concluyen con ella y cuando por casualidad yerran el tiro, la enfermedad queda como una manopla implacable que les estruja la vida...

-Como yo, como yo que no puedo resistir esta manía de hacer ensayos terapéuticos, persiguiendo una quimera, como Vd. suele decirme.

-Oh, como algunos otros, añadió Méndez con la cara oscura, que arrastran a pesar de las caricias de los hijos y de los besos maternos su cadena de galeote...

Estuvieron en silencio en momentos en que el crepúsculo caía sobre las chacras... distraídos los dos, como si pensarán en sus propios deberes, hasta que D. Manuel preguntó bruscamente:

-¿Y Genaro?

-¡Ah! ¿Genaro no? Ahí tiene. Se ha criado en mi casa. Mi madre le ha enseñado a rezar y sin embargo, en la menor de sus emociones no había sino de puñaladas y saca el cuchillo y mata. Es un asesino, no es cierto, ese pobre enfermo que adora a mi hijita hasta las lágrimas y a su novia hasta el desconsuelo más desesperado. Ahí está; péguenle cuatro tiros aunque todos sus malos actos los haya cometido borracho. No le tengan lástima. ¿Por qué se han de preocupar de que es un enfermo y un delirante? ¡Nada de dulzuras, que calmen esas exacerbaciones, nada de cariño para todos esos homicidas en la imaginación, que viven con la monomanía en el cerebro y la tienen en acecho siempre en los banquetes, en las fiestas y en medio de todas las alegrías! ¡Garrote y cárcel! Así los van a corregir, para que salgan de allí fieras exasperadas... en vez de educar desde niños la voluntad para hacerla más fuerte que los instintos. ¿Y Clarisa? Ve Vd., D. Manuel... ¿mujer de mala vida, no? Échenla a la calle, seguía Méndez emocionado y a saltos. ¡Fuera, perra sarnosa!... Los

umbrales de nuestras puertas no están para ser deturpados... ¡A los cristianos no les ha enseñado nada Cristo!... Así, después se desarrolla en ellas con formidables violencias la necesidad de amar y de ser amadas y mueren quemando todas sus impurezas en esas pasiones desventuradas...

-Yo pienso como Vd., interrumpió don Manuel. Mi pobre hija era una desgraciada.

-Ya lo creo, ya lo creo. Eso son casi todos y no criminales como los barrunta la vulgaridad. Puede Vd. afirmarlo. Detrás de cada drama producido, hay casi siempre la demencia en germen; está uno de esos fronterizos a quienes Vd. les da la mano y son sus amigos y viven en sus casas, llevando al pie sus cadenas de psicópatas.

-Oh, a cuestras la cruz melancólica, agregó el viejo sonriendo con tristeza, y la corona de espinas en la cabeza.

-Por supuesto; ¿como Alma ve Vd.? Que pertenece a los humildes, a los deprimidos, a todo ese grupo que todo lo resuelve, agachando la cabeza y presentando la mejilla para que se la abofeteen... y mientras los otros matan, estos mueren tuberculizados por la crucifixión silenciosa, cuando no entra el cáncer a morderle y desgarrarle las entrañas...

-Y a propósito, preguntó Paloche: ¿Vd. cree que Juan va por mal camino?

-No, mi amigo. Juan va por su camino. No irá nunca por ningún otro... Hoy es por Genaro y por Alma y mañana por cualquier otra fútil causa... Es un hombre perseguido por sus quimeras.

-Me han dicho sí, que esa niña le ha hecho perder el seso y a Genaro le tiene rencor.

-Yo tengo miedo de esos dos hombres que se andan buscando. Cada uno tiene su furia. El día menos pensado se van a encontrar.

-¿Y si tratáramos, D. Carlos, de evitar eso?

-¿Evitarlo? Téntelo; pero yo le auguro mal resultado. Vd. podrá hacer que dos voluntades no se precipiten al mal, pues el raciocinio puede modificar sus tendencias, pero no conseguirá eso Vd., nunca, de dos instintos y mucho menos de dos demencias.

-Por cuanto es muy doloroso, don Carlos, que el nombre de uno ande de boca en boca, para ser objeto perpetuamente de la compasión ajena.

-No le preocupe eso, mi amigo. ¿Compasión dice? En apariencia tal vez, en realidad no. A nadie se le va a importar de sus desgracias... La observación demuestra que la sociedad es mala colectivamente y que cada uno ocupa su día en sus propios intereses y en tener envidia a los demás... Estas son las dos pasiones más universales. La desgracia de una casa, puede ser la ventura de otra. Un hombre que se suprime deja el sitio a otro y un escalón que se baja lo deja expedito y accesible para los otros que quieren trepar y bajar es muy fácil porque hay cincuenta que lo tiran a Vd. del faldón de la levita y casi todos viven anhelantes

y ávidos con el alma serruchada, cuando contemplan lo que suponen ellos que es la felicidad ajena. Esa compasión no es tal... Es ganas de hablar. Cualquier cosa menos eso, o es la máscara con que se disimula el placer por el mal de los demás. No crea, mi amigo. Fíjese en lo que le ha pasado a Vd. Ha vivido en estos barrios haciendo el bien, ayudando en las epidemias y exponiendo su reputación y su vida. Muchos niños le deben a Vd. la salud y muchos padres las alegrías que tienen ahora. Haya sido la naturaleza o los medicamentos bienhechores, Vd. ha trabajado y se ha desvivido por ellos. Ahora yo le pregunto: cuando ha estado pobre, ¿quién se acordó de socorrerlo? Ha perdido una hija y en vez de encontrarlo rodeado de amigos, está Vd. solitario, sin consuelos, con Juan por delante, sospechando que alguna nueva tragedia va a producirse que le amargue sus días de viejo. Ha venido alguien a estrechar sus manos de hombre de bien y a decirle: siga Vd. viviendo por sus hijos...

-Nadie absolutamente, interrumpió D. Manuel. Pero desde que está Vd., busquemos algún medio para evitar una desgracia. Vd. puede darme un consejo.

-Lo creo difícil. Vea, D. Manuel, lo que pienso a este respecto. Estoy convencido que alrededor de todas las pasiones se edifica. Estamos conversando para pasar el rato, ¿no es verdad, mi amigo?

-Sí pues, sí. Le ruego que siga no más.

-Porque yo no deseo que Vd. me crea un pedagogo, ni que este diálogo tenga la solemnidad de una disertación académica.

-De ninguna manera. Yo lo escucho con gran placer, D. Carlos.

-Yo he visto esto, seguía Méndez animando con su acción viva el diálogo. Para el amor por ejemplo, las dulces miradas, los temblores, las feminilidades mutuas. Es un edén encantado el que resulta entre el sahumero de las flores regaladas y poblado de risueñas quimeras, de promesas y panoramas de venturas sin término. Las dificultades lo agigantan, el alejamiento lo enardece, los desdenes mutuos lo avivan, y de toda esa síntesis está formada al fin la pasión con sus ímpetus irresistibles. En la gloria los sueños solitarios, las ambiciones que le amargan la fantasía y no lo dejan dormir, los azares de la lucha, la maldad humana, que se atraviesa a cada rato y trata de herirlo, desgastarlo y hacerlo retroceder, la pujanza y el encono de todas las horas para vencer y vencer. Estas son las piedras ásperas y filosas y los agudos guijarros, de que se forma el monumento, que Vd. mancha con la sangre de sus pies, hechos pedazos en la marcha combatida... mientras el odio se hace con miradas recias, con chismes, con supuestas heridas al amor propio. Vive y crece en el insulto; la deshonra lo alimenta; los celos lo fortalecen con sus negras cavilaciones y la envidia y la perversidad aprovechan esos estados psicológicos para azuzarlos. Los individuos se hacen impulsivos. Viene la bofetada y las primeras gotas de sangre... Desde este momento el drama ya está meditado y no es posible la reconciliación; sobre todo porque estas pasiones tienen natural tendencia a crecer y crecen, aceptan y acarician todo aquello que puede servirles de incentivo. Ese es el caso de Juan.

-De todas maneras, contestó Paloche, conviene que trate de convencerlo.

-¿Y a Vd. no le ha hecho caso?

-Nunca, D. Carlos.

-Entonces debe tener algún funesto propósito, porque a Vd. le tiene miedo. La superstición religiosa lo lleva a creerlo un mago, una figura maravillosa, inclinado como lo ve siempre sobre sus libros y sus retortas. Si Vd. tanto lo desea, haré el ensayo.

-Eso es, replicó Paloche. Le agradezco.

-Le prevengo que me considero derrotado antes de dar la batalla.

-Dios lo ayude, D. Carlos...

Juan no oyó los pasos de Méndez. Seguía apoyado al poste mirando a lo lejos con el cuerpo rígido y fijo. Cuando el médico llegó, Juan tenía en la mano la ancha cuchilla de cabo de hueso amarillo.

-Guarda eso, dijo Carlos tranquilamente. Yo soy.

-Dispense, doctor. Recién lo oigo y lo veo.

-¿Por qué no vas Juan para las casas?

-No tengo nada que hacer en las casas yo.

-¿Y tu padre? ¿Y Adela?

-¡Bah! Yo soy y he sido siempre un bestia. Voy a dormir en el campo.

-Pero desean que comas en la mesa y vivas con ellos.

-¿Yo? ¡Están locos! Para que metido de noche allá me agarren en la trampa como a un zonzo.

-¿Qué estas diciendo, Juan?

-Lo que oye no más. Como si Vd. no supiera que hay quien se ocupa de perseguirme y me habla de limpiar no más si pudiese.

-¿A quién te refieres?, preguntó Méndez.

-Oh, yo sé...

-Yo también. A Genaro pues, confiésalo de una vez, y sabemos que tú lo quieres matar, Juan.

Mejor si saben. Él me ha marcao en la cara y le va a costar caro.

-Pero tú vas a ir a una cárcel para toda tu vida.

-No le hace. De todos modos yo vivo metido dentro de la vergüenza como si fuera un chanco.

-Pero tú no piensas, Juan, que Dios prohíbe matar a otro hombre y que castiga esos crímenes.

-Pero yo le pregunto, D. Carlos, ¿qué es lo que hace Vd. cuando hay canallas que lo esperan donde quiera para meterle el cuchillo hasta el mango y cuando uno soñando de noche los ve clarito y les oye las amenazas?

-¿Y el infierno, Juan?

-De todos modos, aunque quisiese yo, no pudiera porque cada vez que me acuerdo, se me gana como una locura en el corazón.

-¿Y el infierno, Juan? Insistió Méndez, que conocía los terrores religiosos de Paloche.

-Me iré de acá, D. Carlos, entonces.

-Es lo que debes hacer.

-Pero aunque me fuese la cachetada y el tajo, tendría que llevármelos no más.

Te irás, Juan.

-¿Dónde?

-Ni yo sé. Por ahí...

-Es necesario que no lo armes camorra a Genaro.

Paloche no dijo una palabra.

-Porque cuando el hombre promete no hacer el mal, debe cumplir.

Juan arrugó el ceño y no contestó.

-Tienes que pensar, seguía el médico, que tu padre está viejo y puede morir y entonces quién sabe, Adela, dónde va a ir a dar...

Juan sombrío se alejó murmurando:

-¡Este costurón de la cara nadie me lo va a borrar, nadie me lo va a borrar!

Carlos lo miró perderse lejos y volvió entristecido a estrechar la mano de su viejo amigo para despedirse.

Se retiró el médico en medio del sol que se iba. Este condensa la luz difusa en el disco rojo deslumbrador que cintila detrás de la filigrana de rayos multicolores que lo circundan y hacen arder al firmamento y se hunde despacio el orbe glorioso más allá de su cortina de polvo de oro... Con el esplendor se lleva poco a poco los ruidos de las chacras; estremecimientos de cosas invisibles, murmullos de hojas, mugidos lejanos, píos de pájaros, mientras las brumas de la noche se levantan en el oriente pardo y van ganando con sus alas cenicientas la curva del cielo. Las chacras están tranquilas y silenciosas y toda la melancólica naturaleza de la tarde se impregna de los perfumes del pasto seco que se arrastra en los campos. Con qué honda tristeza, con qué piedad religiosa llegan las sombras y con ellas las trémulas esquilas de las campanas de la vecina aldea de Flores. Es el Ángelus que extiende sus alas de armiño sobre el alma exacerbada del día turbulento y hace pensar en los cielos lejanos e inunda el espíritu de la nostalgia de las cosas infinitas, - sensación dulcísima y triste como la plegaria, mística como los crepúsculos llenos de vagos ensueños y de angélicas figuras, que nos acompañan sin dolor y sin quejas en nuestro viaje, hacia lo eterno desconocido...- ¡Ave María! Recemos... -para que los trabajadores tengan pan, cunas los niños, virtud los hogares, consuelo las penas, sol los inviernos y lluvias frescas el estío quemante. ¡Ave María!... -porque así marchamos de la luz a la tiniebla como espectros doloridos hacia lo eterno desconocido los hombres, peregrinos con la cruz de la vida a cuestas, entre la amargura de los ideales que huyen lejos... -como esos tañidos que ondulan lastimeramente moribundos a través de las soledades de la callada campiña...

¡Ave María! ¡Recemos, genios del dolor! Por las pobres pasiones humanas que se llenan de lágrimas: amor y muerte; azahares marchitos que adornan el sudario; trajes de raso corroídos por el tiempo y largos velos desgarrados, que envuelven cinéreas larvas de novias; juego y deshonor; alcohol y homicidas; adulterio... -¡lascivia y terror! Silencio del hogar desamparado que ha perdido la virtud y niños- ángeles vagabundos que se han quedado sin madre... -ambición y delitos...- y mente humana, pavoroso tenebrario y ¡dudas! ¡Dudas! ¡Dudas!

-¡Esquila melancólica no consuelas! ¡Fúnebre tristeza de las praderas arrodilladas no consuelas! Crespones que surgen y despliegan la tenebrosa niebla para trabar más tarde el ataúd de la noche ¡atrás! ¡Atrás! ¡Porque la pasión es tétrica y la vida es dolor y pide rayos de sol, sonrisas de niños, besos que endulcen la herida y miradas tiernísimas de madres; ¡pide bálsamo y encantos! Porque la noche siempre sobre el espíritu humano, que está enfermo, ¿por qué la noche siempre?...

¡Oh majestad de la tarde, serena quietud de las alturas, sosiego religioso de todo el universo y ritmo perenne del tiempo, la Virgen que ruega, la madre que llora, el hombre que lucha y sufre, la carne y el alma que mueren, más grandes son que vosotras indiferentes bellezas taciturnas! Y rueda lo que rueda bajo su glacial efigie, esta divina y eterna naturaleza contempla con su grande ojo tranquilo y frío ímpetus y desmayos, alegrías y angustias, muertes y apoteosis, épocas de grandeza olímpica y turbulencias de pueblos agitados, sin inmutarse yendo y viniendo como la ola del mar eternamente -la noche y el sol- y es hermosa solo porque tiene quimeras y brama de lo Infinito el espíritu humano, con más crepúsculos y ensueños, más esplendores y tormentas y más visiones que tú, ¡oh divina y eterna taciturna!!

No importa. Ave María, ¡oh madres! Recemos, porque es necesario que vuestros hijos no mueran y cándidos sean como esta luz de occidente que se esconde y virginales como las flores de la pradera, que reza y duerme acostada en el negro tálamo de la noche, alumbrada por las penumbras de las primeras estrellas -inquietas veladoras que asoman su brillante mariposa -mientras el oscuro bulto del coche de Méndez hiende a saltos la sombra y lleva el corazón bueno y el alma enferma del pensador suicida, que medita en el viaje solitario los trenos sollozantes del Ángelus...

Azahares

Cuando el médico entró a su casa lo recibieron abrazándolo la madre y la chiquita.

-¿Y? Fue la interrogación lacónica.

-Mal, contestó Catalina.

-¿Qué ha habido?

-Esta tarde tuvo un accidente. Creíamos que se moría.

-¿Y Ricardo? Volvió a preguntar el médico.

-¿Todavía no ha venido?

Carlos frunció el ceño. Aquel muchacho de cinco años ya le empezaba a dar disgustos.

-Dolores está con ella, añadió la madre.

Carlos entró al dormitorio. Una vela de estearina sobre la mesita iluminaba el cuarto, que sabía a perfumes de rosas. Un crucifijo estaba apoyado a sus almohadas. Alma abrió los ojos, cuyo negro color se destacaba en la palidez alabastrina de su semblante. Sus pupilas se animaron con chispas de alegría.

-¿Cómo estás? Alma, dijo el médico.

-Mejor... Creo que estoy casi buena... Hoy tuve como un desmayo y la niña Dolores se asustó mucho... pero después ya ve Vd... Si me permite, mañana me levanto... Le aviso también que estuvo la chiquita a verme. Yo le dije que se fuera, porque sé que esta enfermedad se pega. Me quiso besar... Yo le dije que no... que se sentara para conversar...

-No te conviene hablar tanto, observó Méndez.

-Si ya me dijo otras veces eso, D. Carlos, pero no puedo remediarlo. ¿Hablamos mucho, sabe Vd.? Para cuando yo sanara. Me iba a acompañar a paseo... lejos, por el campo a tomar aire fresco que dicen que hace tanto bien y después íbamos a tener una vaca con leche gorda y rica. ¿Qué locuras, no?

-Bueno, Alma. Te fatigas demasiado. No hables más.

-Oh, no, D. Carlos, seguía la niña gárrula de fiebre y con la respiración anhelante... Figúrese que yo le pregunté que si le echaba agua a las amapolas y me dio tristeza porque me contestó que sí, pero que se habían secado. Vd. sabe que a Genaro le gustaban las amapolas... y supe que lo demás del jardín estaba lleno de flores frescas a pesar del tiempo.

Dolores lo miró a Méndez, mientras la niña se interrumpía temblando. Una de sus mejillas se pintó bruscamente de colorado y un violento acceso de tos la fatigó mucho.

¿Ves? Dijo Dolores con dulzura. Es mejor que no converse.

La tuberculosis había contaminado su organismo. El pobre nardo abatido dobló los botones arrugados y marchitos sobre el tallo amarillento... ¡Había vivido tantas horas sin sol! Entonces el frío y la soledad le carcomieron la fibra exquisita... Caminó después algún tiempo bajo los corredores de la casa hospitalaria con la implacable hoz en el seno que le segaba trozo a trozo el pulmón y tuvo al rato las palideces enfermizas de los moribundos. Sin embargo esperaba siempre como una mártir resignada, viviendo con el recuerdo de sus amores juveniles. Tenía en el corazón ese altar. Para él eran sus plegarias y las amapolas del jardín para el pobre cantor desheredado y perdido en la noche del delito, para él sus amargas silenciosas -esa cruz perenne que llevaba auestas, ya casi rendido el frágil y delicado ángel. Hacía tiempo que no lo había visto y cuando hubiera necesitado su aliento varonil, en la época en que las persecuciones de Juan le inspiraban terror... Entonces se retiró cada vez más sufriente y sin confesar a nadie sus penas y se escondió al fin en su cuarto para morir...

Alma seguía hablando en su semi-delirio:

-Yo le decía, niña Dolores, a Genaro cuando caminábamos de la mano y él me regalaba violetas, que nunca tomase, pero después la desgracia lo arrastró. Me acuerdo también de la noche mala, cuando mató a ese hombre debajo del farol. Yo estaba en mi cuarto cosiendo y él entró sucio de sangre y me dijo que ya no lo iba a ver más y que de todos modos yo podía querer a cualquiera otro y que era como si yo no le hubiese jurado nada...

-Yo no sé lo que has hecho, Genaro, le contesté. Yo te voy a querer siempre.

-Me tengo que ir, María.

No importa.

-Yo he hecho una muerte.

-No importa.

-Me van a echar a una cárcel.

-Yo te voy a querer siempre, Genaro.

-Pero no ves que te vas a quedar sola, me dijo como llorando, porque soy un bandido que vivo dentro de la oscuridad de la noche y mi casa son las cuevas de los ombús y los zanjones de las soledades mi cama.

-No llores, Genaro... Nunca estoy sola porque la tengo a la Virgen.

-Pero si llegas a tener hambre y frío y si te enfermas, ¡ay! ¡Amor mío! Y si algún hombre se arrima a tu puerta, de rodillas te pido no vas a ser como Santa, ¡no vas a ser como Santa!

-Genaro... le contesté. Toma estas flores. Son amapolas. Guárdalas sobre el corazón y no tengas miedo. He de morir antes que dejar de ser la novia fiel del pobre amor mío que anda huyendo.

-Pero ¿si más tarde te vienen a decir que Genaro se ha perdido por ahí... y que anda con otras mujeres, vos me vas a odiar, María? Y que sigue borracho la mala vida y vive sacado a puntapiés de todas partes, ¿vos me vas a odiar, María?

-¿Yo? No. Al contrario; porque cuanto más dolor sufre uno, más quiere... ¡Vení, vení! Tomá este mechón de mi pelo... Lo he tenido para vos junto a un montón de rosas que he cortado del cerco...

-¿Y si alguna vez, María, te vienen a contar que he muerto?

-Oh, no importa. ¡Yo le diré a mi alma que se vaya con vos y te siga y te haga caricias y te consuele esta dulce mi alma y te seque las lágrimas!

-¡María! ¡Dame tus manos para besarlas!

-Tomá mis labios, Genaro... Tomá mi corazón, bésame y que la Virgen te guarde...
¡Andáte!

-¿Qué me importa? ¡Si vos sos pura como su manto azul y blanca como los lirios!

-Andáte, Genaro. Tomá mis labios, tomá mi corazón, bésame y ¡que la Virgen te guarde!

Yo nunca le conté esto, niña Dolores y después me dijo:

-La niña Dolores es una santa. Acordáte de ella si sufres y la nena un ángel del cielo.

-¡Andáte, Genaro, andáte! Y que la Virgen te guarde.

Pero al rato lo prendieron. Él extendió las muñecas como un chico y le pusieron las cadenas.

-Adiós, me dijo. No te olvides... y alzó las manos para saludarme y las cadenas sonaron...

Carlos se había retirado al corredor enternecido, mientras Dolores mojaba con agua de Colonia la frente de la moribunda y trataba de calmar el doloroso delirio.

-Niña Dolores, dijo Alma incorporándose. ¡Es él! Oiga. Es la voz de Genaro. Oiga.

Un escalofrío corrió por toda la casa. Catalina y la chiquita rodearon a Carlos, mientras Dolores acercaba un frasco de éter a la enferma que había agrandado sus ojos húmedos de llanto. La melodía de una desgarradora canción se venía acercando. Las notas llegaban al patio silencioso y se hacían cada vez más claras y los ecos se dilataban en el barrio solitario.

-Es Genaro, dijo la chiquita. Yo lo conozco. Muchas noches pasa y canta.

-Sí; pero ese hombre, agregó Méndez, no debe entrar aquí. No debe amargar las últimas horas de esa pobre muchacha...

Catalina abrazó al hijo.

-¿Qué hay, mi madre? Le preguntó el médico.

-Tú sueles decir, Carlos, que no tiene la culpa de lo que ha hecho y que el dolor merece respeto. Escucha lo que dice y perdónale y deja que la vea. Ella también quiere...

El canto seguía y oyeron estas palabras en medio de una profunda emoción.

-«Soy un trapo sucio... lleno de manchas de grasa... Los cocineros me echan a punta pies al cajón de basuras... ¡Ténganme lástima! Estoy hecho tiras, porque Alma se muere, ¡ay dolor! Alma se muere...

La chiquita abrazó al padre y le dijo:

-Pobre Genaro, papá, déjelo que entre. Ahí canta otra vez.

-«No duermo. Estoy flaco, estoy perdido y camino de noche como las ánimas... Si fuera pelea de hombres, sacudiría el puñal... pero no puedo con los dolores de adentro y se me saltan las lágrimas...

La chiquita besaba la mejilla del médico sollozando...

-«Un rancho para dormir, seguía Genaro con voz ronca. Quiero una piedra -cubierta de ortigas- que me sirva de almohada -a ver si el tormento de mi cabeza loca con eso se calma y si no fuera por ella, porque Alma se muere y porque yo quiero pedirle perdón, esta sucia osamenta la tiraba al infierno...

Genaro estaba cerca. Su voz áspera en aquel dolor sin consuelo tenía extraños ecos desesperados. Alma lloraba sin sollozos. Todos estaban en sobresalto...

-Carlos, dijo la madre. Genaro ha sido como tu hijo. Déjalo que entre...

-Que entre, sí: yo no lo quiero ver. Me voy a retirar al estudio. Sobre todo mi madre; tal vez tiene hambre... y no te olvides de darle ropas y dinero... como cosa tuya...

Genaro cayó de rodillas al lado de la cama de Alma en medio de aquel silencio. La mano izquierda de la novia entró en su cabello alborotado y la suave presión le inundó el cerebro de regocijo. Aquella mano iba y venía blandamente y los dedos le desenredaban las greñas enmarañadas. Los dos se miraban sin hablar, ella sonriente, él con las pestañas llenas de lágrimas.

-Genaro, mirá, empezó la moribunda. Son tus amapolas... ¡pobres flores secas! Yo las he besado muchas veces...

-¿Estás mejor? Preguntó el joven.

-Ahora sí... Tengo como una dulzura en el corazón... Tanto tiempo que no te veía... Y ese brazo ¿por qué lo llevas colgado y envuelto?

-No es nada.

-No es cierto. Estás herido.

-No es nada. Fue con Juan la otra noche. Ahora estoy bien.

-Genaro, exclamó la joven temblando. Yo he rezado siempre por vos, que andabas huyendo.

-¿Por qué me decís eso?

-Y he conservado sobre el corazón tus flores y en la memoria tu recuerdo y lo que te prometí aquella noche te lo he cumplido... Yo soy la novia de Genaro, pura como el manto azul de la Virgen y casta como los lirios.

-¡Sí sos! Sí sos, replicó el joven besándole las manos... ¡buena como el alma de mi madre, santa como la niña Dolores!

-¿Y si algún día, Genaro, te llegaran a decir que he muerto?

-¡Vos no! ¡Vos no! Porque antes yo le he de pedir a Dios, Alma, que me martirice todo lo que quiera y me mate de hambre y de sed y me arrastre por los callejones sin fuerzas y me llague el cuerpo en las ortigas y en los cardales.

-¿Y si a pesar de todo yo me fuese para siempre no más? Siguió la niña como extraviada.

-Sin perdonarme no, Alma, te suplico por favor porque yo he sido malo con vos.

-¿Y si yo te pidiera un sacrificio?

-Todo lo voy a hacer, contestó Genaro levantándose con ímpetu.

-¿Y si eso fuera tan grande, que solamente haciéndolo vos yo me pudiera ir al ciclo?

-Todo lo voy a hacer, te digo, todo.

-¿Y si fueras como que tuvieses que renunciar a muchas cosas malas de tu corazón?

-Todo, todo, repetía Genaro, saltándole de emoción la voz en la garganta.

-¿Y si tuvieras que violar juramentos?

-Para salvar tu vida, todo te ofrezco, Alma y todo te prometo.

-Bueno: entonces Genaro, toma mis labios y mi corazón, ¡besáme!

Genaro obedeció. Fue un casto beso sobre aquellos labios castos y descoloridos. Enseguida ella le dijo al oído:

-¿Sabes lo que te quiero pedir?

Genaro temblaba sintiendo aquella voz trémula.

-Pedime pronto, replicó el joven.

-Que no lo mates a Juan, te quiero pedir que no lo mates a Juan.

-Ese hombre te ha hecho sufrir.

-Pero si muere, Adela se va a quedar sola y sin amparo.

-Ese hombre te ha hecho sufrir, repitió Genaro con gesto siniestro, mientras un escalofrío cruzó por todo su cuerpo...

-Yo le he ofrecido a Dios todo, Genaro. Yo he perdonado.

-Me hubiese castigado a mí, me hubiese herido y escupido en la cara, no me importaba... pero ¿por qué ha hecho eso, valido de que es hombre y vos no le decías nada a D. Carlos? ¿Por qué te ha perseguido y te ha amenazado con los ojos sin dejarte en paz nunca? No puedo perdonar eso yo, no puedo.

-¡Oh! Entonces, Genaro, ¿tu novia va a dejar este mundo desesperada de haber nacido, de haber rezado y haber vivido! Y pensarás después con remordimiento que yo estaré penando en el purgatorio muchos años antes de ir al cielo.

La niña palideció apurada por un acceso de tos y dejó caer la cabeza sobre las almohadas, mientras Genaro se comprimía el corazón con violencia, arrodillado otra vez al lado de la cama.

-¿Me prometes? Preguntó con voz débil la niña.

-Sí, te prometo, Alma. Ya está bueno de sufrir... exclamó el joven...

Bendito sea el Dios de los cielos... Ahora me puedo ir tranquila... ¡Vení, Genaro, vení! Que la Virgen te guarde.

-Pero D. Carlos te ha de salvar. Yo le voy a pedir de rodillas.

-Entonces, mi dulce bien, continuaba la enferma como delirante, al amor mío le voy a regalar violetas y aromas. Tengo una cinta de seda, que me dio la nena... El ramo grande yo lo voy a atar con ella... ¿No ven que hace tanto tiempo que no viene a verme? Yo le dije a la ratona una vez, a la ratona que cantaba escondiéndose entre la yedra, que lo buscase y el pajarito volvió para decirme «Tu amor ya no vive, y asimismo yo lo esperaba siempre cosiendo de noche al lado de la máquina y cantando los tristes que él me había enseñado y le pedía a Dios que lo salvase... ¡Ave María, llena de gracias, el Señor sea contigo!

-Ave María, llena de gracias, sea contigo el Señor y te salve, repetía Genaro sollozando.

-Para que lleguemos al cielo, Genaro, inocentes como cuando éramos chicos... ¿Te acuerdas? En los días de primavera las rosas crecen y perfuman los cercos y los jilgueros corren en bandadas por el patio del conventillo. ¿Te acuerdas?

-Sí, me acuerdo.

-Para que nos confesemos todavía nuestro amor que tanto nos ha afligido...

-¡Sí, pobre amor mío! ¡Sí!

-Y recemos juntos el rosario, arrodillados delante de la Virgen y las estrellas nos miren y nos señalen a Dios...

-Porque yo seré bueno y humilde, para que más tarde seas mi mujer, la madre bendita de mis hijos.

-Y nos consolemos, Genaro, en la desgracia y tengamos horas alegres y el corazón contento y tranquilo.

-Sí, Alma, yo trabajaré. Yo seré bueno... Es preciso que vivas.

-Y cantemos como antes sobre el umbral de mi cuarto las alegres serenatas -¡Oh Dios mío! ¡Qué santo es tu nombre! Sávalo, porque sus corazones de oro. Alabado sea el Señor...

-¡Perdón, Alma, pobre amor mío! Yo tengo aromas aquí, tengo amapolas, que se han secado sobre mi corazón -Tomálas... Las voy a desparramar sobre tu cama... ¡Perdón, perdón!

-Yo te perdono... Vení, Genaro. ¡Tomá mis labios y mi corazón, besáme y que la Virgen te guarde!...

Genaro, llorando, la besó.

Dolores entró al cuarto, mientras él se ponía de pie temblando.

-Genaro, dijo ella con dulzura. Carlos piensa que no es bueno que se agite.

-Sí, niña. Yo creo que él la va a curar, no es cierto.

-¿Yo también creo?

-Adiós, Genaro. Yo voy a rezar por vos siempre; agregó la enferma.

Este la miró sin poderle contestar. Un nudo le apretaba la garganta. Se inclinó sobre su mano izquierda para besarla y desaparecer enseguida como una sombra. En el patio se encontraba la chiquita.

-Adiós, nena, le dijo, ¡dulce compañerita!... Muchas gracias.

-Adiós Genaro. ¿Cuándo vas a volver?

Él no la oyó. Sus pasos se fueron perdiendo lejos...

Esa noche la velaron. Cuando la madrugada arrojaba en la naturaleza los cánticos de la vida gloriosa y entraban a su cuarto perfumes y gorjeos de pájaros, Alma estaba moribunda. Recibió la Eucaristía como en éxtasis y estando todos de rodillas, Catalina empezó a rezar. Era un salmo. Historias sencillas.

El Señor protege a los que no tienen padres; entrega la plegarla a los que sufren y la esperanza a los que la han perdido. Derrama bálsamo sobre las heridas que la vida produce, la mirra olorosa en la naturaleza, y la llena de luz y de armonía para los hijos de la tierra. Para los pájaros que no encuentran techo, la verde hoja del árbol; para los niños que carecen de fuerzas, la nenia y el balanceo de las cunas; para los que tienen hambre, la mano de la caridad cristiana; para los que tienen sed, el raudal de las lluvias cristalinas. ¡Bendito sea el Señor que aleja el mal de la tierra y eleva a los humildes!... Estos son los electos. Llevan guirnaldas y ramos de violetas que no se marchitan nunca, alimentados por los siglos por el rocío de los cielos... ¡Son los ángeles! Cuando se van se abren los campos azules del firmamento para recibirlos entre los esplendores de los astros. Los brillantes que usan son los sacrificios silenciosos y las santas resignaciones. El candor los cobija. ¡Oh serafines! que camináis por el éter entre el perfume de los frescos pétalos de la rosa de otoño. El reinado de los cielos es de vosotros! ¡Sois los humildes!...

Enseguida Alma llamó a la chiquita y le dijo:

-Muchas gracias, nena, muchas gracias.

Tenía fatiga y gorgoteo de flemas en la garganta. Sonreía y saludaba.

-Quisiera ver a D. Carlos, niña Dolores, pidió la moribunda. El médico entró y le tomó el pulso.

-Le agradezco que haya venido, dijo Alma, con voz cascada y lenta, por lo que ha hecho por mí y por él...

El médico miró a Dolores porque el pulso de la enferma se iba. Su respiración se hizo más lenta. Inclino la cabeza a un lado y cerró los ojos sin un quejido, sin un sacudimiento, como si las alas le hubieran crecido tanto que la hicieran capaz de llegar al cielo, sin esfuerzos, como una cosa natural, parecida a esas corolas que cuelgan marchitas y se caen al suelo, sin más ruido que el crujir de la funda, sobre que apoyó su mejilla. Su pecho ya no se movía, mientras una lágrima quedaba en el ángulo interno de los párpados... Al rato el tórax se levantó otra vez en un movimiento respiratorio, que pareció una resurrección. Enseguida un movimiento más débil y después otra vez la infinita quietud. Había muerto en medio de los sollozos sofocados de Dolores y de la chiquita...

La vistieron de novia. Era el último homenaje de toda la casa a la santa, que había cuidado a la nena. Esta tejió la corona de azahares y dio una cinta de faya para el ramo grande que iba a tener en las manos. El vestido de raso de alabastro la cubría hasta los pies, calzados con zapatitos blanquísimos y el tul de las novias transparente envolvía largo a largo su persona enflaquecida. Las flores del azahar aquí y allá estaban esparcidas al acaso sobre el traje en momentos en que la luz del día había entrado a raudales por la puerta de cedro. Carlos la tomó de los hombros y Catalina de los pies. Casi no tenía peso y parecía más alta. La llevaron así a la sala y sobre una mesa cubierta de negra guadrapa y ribete de galón dorado y ancho en el cajón de ébano luciente la colocaron. Allí acostada sobre el mullido colchado con forro de seda lila y atornillada la tapa lo cubrieron de flores y solamente de trecho en trecho se destacaban las negras manchas de la madera y el brillar amarillo de las manijas de bronce. Había corolas de rosas pálidas, botones de siemprevivas en ramos y guirnaldas; cruces de camelias y coronas de aromas. Había caireles de aljabas, que bajaban a lo largo de las paredes del cajón, panojas de hortensias y gajos de heliotropos... Allí debajo de aquel sarcófago de flores estaba la gentil e ingenua criatura, como dormida en el sueño de sus veinte años juveniles y todavía su efigie fría y marmórea tenía la hermosura de la vida y el cuerpo abandonado y cubierto de aquel traje de novia, parecía significar como las alegrías pasionales del amor pueden envolver los helados despojos de las cosas muertas. Cruzaban el ambiente con la luz amarilla de los cirios regueros y nimbos de fragancias exquisitas y cuando la sacaron después al patio para llevarla, se sintió en el fondo del corredor el agudo sollozo de la chiquita de los cuentos. Allá en la Recoleta, en medio de la ciudad funeraria, debajo de un sauce, que acaricia la tierra con la flotante y larga cabellera de su ramaje verde, al lado del hijo de Méndez está el estrecho cajón de ébano, donde duerme la dulce y muerta pasión bajo las coronas y las guirnaldas arrugadas y marchitas...

Por la noche bajo el cielo sin estrellas se oyó en el cementerio el trinar de una guitarra y una voz pura. Era una melodía que saturaba de tristeza la blanca ciudad de mármol. A veces el canto seguía solo y sin arpegios como si la mano izquierda del cantor estuviera cansada. Era Genaro, sentado debajo del sauce y envuelto en la sombra. Se había quedado vagando hasta la noche alta y se iba a tirar al lado de aquel sepulcro para morir de hambre. Pero la

visión de Alma le conversó al oído con los tonos quejumbrosos de un violoncelo perdido entre las callejuelas estrechas y él contestaba la elegía con elegías, la dulzura con dulzuras, como si aquella tuviera las ternuras de una despedida eterna para alguna tierra extraña o fuera el corazón de algún desterrado, que derramase lágrimas o las quimeras y los fúnebres soliloquios de la nostalgia vibrando endechas melancólicas. Aquella desposada había dejado sobre sus labios la humedad de sus labios, se había llevado las amapolas y lo había hecho pedazos como hombre. Él ya no existía. Todo aquello que llevaba consigo era una larva moribunda. Lo tomaron de un brazo y lo echaron. Estaba borracho y dejó hacer. Empezó entonces su última noche vagabunda en medio del vaho caliente y quieto perdiéndose hacia el suburbio y su marcha no se vio entre la tiniebla honda bajo aquel cielo sin estrellas. De cuando en cuando tropezaba y cala, despertado por el sonido hueco de la guitarra y por el tiritar metálico de sus cuerdas. Seguía su camino, mientras algún relámpago iluminaba el horizonte lejano. Reconoció el conventillo que echaba hacia el fondo su paralelepípedo oscuro, la capilla de San Carlos y la casa de Méndez sobre cuya vereda estuvo un rato de rodillas y lo agarró en fin empujándolo lejos la soledad de los callejones. Cayó dormido en una zanja y, antes del alba siguió sin saber para dónde su marcha de sonámbulo... La aurora gris lo sorprendió sentado en un pobre boliche de las afueras. Allí estuvo con una copa de ajeno por delante, mientras Juan que había dormido en un pantano cerca, lo estaba oyendo cantar...

La lluvia

Juan se había cubierto el rostro con un pañuelo para tapar la cicatriz de la mejilla. Esa afrenta lo había vuelto sombrío y silencioso. Poco trabajaba. Apenas si de cuando en cuando salía en su carreta a la media noche para ir al mercado, mientras en la chacra las tablas de verdura, que todas las tardes regaban los peones empezaron a secarse. La siembra se había detenido y los arados quedaban en el medio del campo patas arriba. El patio antes tan aseado estaba lleno de guascas abandonadas al lado de yugos, coyundas y horquillas, que nadie levantaba hacía tiempo. Juan perdía sus horas en las pulperías, jugando a la taba y gastaba su dinero en el frenesí de las carreras tramposas. No se le vio tomar más después de ese día... Andaba por ahí solo, vagabundo, mirando siempre con el corazón rencoroso aquella cicatriz. Poco dormía, las horas largas de la noche caminando por la chacra despacio, como quien acaricia algún funesto propósito y a veces se detenía apoyado a los alambres, inmóvil mucho rato como un espectro, seguido por los perros, que jugueteaban en sus correrías a través del prado, hasta que el sueño lo doblaba cerca del alba y se le veía dormir tarde en la mañana al lado de su cuchilla de cabo de hueso amarillo, en el medio del campo. Pocas órdenes daba ya. A los peones que se acercaban a pedirles les decía:

-Como te parezca no más...

Enseguida siempre cubierto el rostro de su pañuelo rojo de algodón, el mentón inclinado hacia el pecho seguía la marcha de peregrino indolente, dando de trecho en trecho vuelta con rapidez, como si alguien lo persiguiera. A veces se iba por unos días... Se le veía caminar sin rumbo por el barrio de Almagro y asomaba su cara contraída por las puertas de todas las tabernas, que encontraba a su paso... Entraba... Las mesas estaban llenas de

borrachos que cantan o gruñen, Juan los miraba para retirarse sin hablar una palabra y ponía su mano abierta delante de las copas que le ofrecían para rechazarlas. No hablaba nunca. A un ebrio que le dio un ponchazo en la cara le dijo después de echar mano al cuchillo y dejarlo enseguida:

-¡No! No es con vos. Tarde o temprano me he de desgraciar... pero con algún otro...

Una noche las campanas de San Carlos doblaban. Eran tañidos melancólicos que se repetían con lentitud como si marcaran los pasos de algún moribundo hacía el sepulcro. Los caminantes se arrodillaban en las aceras y se oían los versículos del Miserere. Al lado de la casa de Méndez un gentío esperaba la llegada del Viático que venía en una recta procesión a cuya cabeza marchaba el padre, envolviendo al Santísimo en la finísima tela de brocado y oro. Unas mujeres le dijeron a Juan que Alma estaba moribunda... Entonces se agigantó el terrible rencor de su corazón y volvió despacio a su chacra envuelto en su lóbrego ensueño de sonámbulo. De llegada no más empieza a afilar su cuchilla, cuyo óxido desaparece dejándola pulimentada y brillante. Inclinado sobre la piedra redonda con el pie apoyado sobre la potencia de la palanca, le imprime movimientos bruscos. La rueda gira rápida y el agua desalojada por la presión del filo, salta en largas agujas a los costados y se produce un prolongado chirrido. Juan lleva la cuchilla un poco hacia arriba. Va a afilar la punta que en la violenta comprensión graba un hondo círculo en la piedra. Colgado del armazón de madera hay un tacho con agua. Allí sumerge de rato en rato, Juan la cuchilla y vuelve de nuevo a su faena, mientras cae al suelo gran cantidad de fango arenoso. De cuando en cuando mira el filo y lo prueba haciéndolo resbalar sobre la uña del dedo grande de la izquierda. Brilla el fierro. Juan clava varias veces la punta en la madera del cajón que contiene la piedra, la punta bruñida y agudísima sobre cuyo prisma rompe la vela de sebo que está cerca sus rayos amarillos.

Esto sucedió la noche que Alma moría. Al día siguiente se perdió otra vez. Anduvo caminando por los callejones desiertos de las quintas, husmeando siempre las pulperías, envuelto en las sombras de la arboleda de los cercos. Cuando oía ruido se entraba a las zanjas y se tiraba de bruces para escuchar...

Había bochorno cuando llegó la noche negra. La atmósfera estaba tétrica y caliente; el cielo sin estrellas impregnado de siniestra quietud; los paraísos, la sina-sina y las pitas no tienen intersticios en su larga y espesa muralla lóbrega. Solamente la calle blanquea de polvo, tirándose a lo lejos en medio de aquella profunda calma, interrumpida por ladridos lejanos de perros. No se oyen voces humanas, ni trinos de guitarras, ni acordeones que suelen alegrar las soledades de las quintas.

Duermen todos menos él, que desaparece en las pequeñas quebradas del camino o desliza su figura de espectro entre las sombras de los eucaliptos, que flanquean la calle...

Todo alrededor hay tinieblas... el ambiente tiene la tranquilidad de los sepulcros y es en vano que él entrecierre los párpados y agrande sus pupilas para dividir como a puñaladas la oscuridad... No se ven ni las manos... Camina al tanteo y vaga muchas horas. Al fin rendido de fatiga y de rencor se tira en un hueco que se hunde en la calle, un antiguo pantano reseco cruzado por huellas profundas. ¡Ni una luz en el contorno, ni la más leve molécula de aire que se mueva, ni una estrella en la curva de luto del cielo! -Duerme...

Una pesadilla lo acomete. Vaga su imaginación a través de antros de salvajes y escarpada estructura donde los murciélagos aletean y zumban, rozan su piel helada de terror y se aplastan en las bóvedas como un crespón. Camina sobre el piso de piedra donde saltan las arañas negras que suben por sus piernas, mientras las telas se le pegan al rostro y envuelven su cuerpo. Sigue huyendo más adentro perseguido por la negra espiral de gruesas culebras, que resbalan y corren cada vez más cerca azotándose en el vacío que su persona produce... Lo alcanzan... Saca su cuchilla, parado como un gigante bajo el techo húmedo y arcilloso de la caverna y las atropella... Pero los reptiles se desvían, silban y juegan en la oscuridad, se enroscan al arma que él sigue blandiendo y le suben por el brazo y le picotean y le hieren los ojos... Grita... Los ecos resuenan y retumban con horrísono cañoneo y se fracturan en los recovecos, en los ángulos y en las hachas tilosas que emergen de la pared dispersándose como fúnebres lamentos a lo lejos en el dédalo interminable. Huye y tiritita. Los cuentos monstruosos de su niñez bailan dentro de la caverna la danza diabólica. Son las apariciones. Un ejército de esqueletos asoma iluminado por la extraña luz de una ventana, que él no había visto hasta entonces con reflejos verdes que vibran de un enjambre de pupilas abiertas en lo alto del techo, en momentos en que los cráneos alineados muestran los huecos de las órbitas, rechinan en la marcha los dientes sucios y la luz penetra a través de los arcos de las costillas, revelando el contoneo lascivo de las caderas mondadas y los huesos chocan y castañetean con singular sonido sordo. Apenas se sienten caminar las tibias desnudas y los fémures largos y corvos en esos trancos rítmicos al compás de ásperos e inarmónicos sonidos de una marcha lejana que llega del fondo de la cueva... Un coro canta la sinfonía del mal, mientras los esqueletos van pasando de dos en dos al lado de él y le acarician la mejilla con los huesos cortos y fríos de la mano sin carnes. Marchan. Cantan la sinfonía del mal...

«¡Juan, le gritan al oído, antes hemos sido hombres! La muerte nos comió el corazón lleno de gusanos... Éramos viciosos. Estamos debiendo alguna muerte todos. Hemos sofocado muchas alegrías ingenuas y manchado muchas inocencias. El bien de nuestros hermanos nos ha causado pesar siempre. Somos los envidiosos, que nos hemos atravesado en el camino de los demás y contaminado con la calumnia sus reputaciones... a ver como no eran más puras que las flores de nácar del jazmín y más inocentes y más dulces que la torcaza... como vos, Juan, que eres maligno y has echado barro del pantano sobre el nombre de Alma...

Siguen pasando: cantan...

«Somos los avaros... El deseo de la riqueza nos ha perdido. Hemos llevado la avidez hasta el robo, como vos que te has apoderado de la herencia de los tuyos y hasta el crimen, como vos, Juan, que has ensangrentado la boca de Clarisa.

Pasan...

»Una serie de calaveras opacas, cuyo frontal se ha contraído, cuyo mentón toca el tórax, silenciosos que le soplan el oído las homicidas estrofas del odio... Los rencorosos, que viven dentro de la maldad pensada y hunden a cada rato el cuchillo en las imágenes, que cruzan la fantasía sanguinaria... como vos que has vivido partiendo a puñaladas el pecho de Genaro...»

Pasan...

«Esqueletos delgados y finos... las vírgenes seducidas que llegan al hogar paterno a pedir amparo e implorar un poco de compasión y a quienes los hermanos arrojan... Acuérdate de Clarisa a quien hundiste en el cieno otra vez... ¡Maldito seas!

Corren ligero...

Es una turba que se arremolina al lado de él y se mezcla con una bandada de cuervos que se han agarrado de sus costillas con los agujijones corvos de la uña... Vociferan y graznan todos juntos... «Somos los ingratos, que hemos negado a nuestros padres el abrigo del techo del hogar, como vos Juan, que has lastimado las últimas horas de tu madre ya muerta y le has negado el caldo y el vino que conforta a los moribundos.»

Todos ellos levantado en alto traen un cuerpo de mujer sin vida, vestida la persona con el traje de raso de las novias, flotando las blondas y las cintas de seda y el velo de filigrana, mientras los azahares caen y el ambiente se impregna de aromas. ¡Es Alma! Ha muerto por tu culpa... ¡Era el lirio del cerco, la riente primavera del suburbio! ¡Vivía como los ángeles, Saturada del olor del hinojo! Ha muerto por tu culpa. ¡Has sido ingrato con Genaro, que era el amigo de tu niñez y lo has traicionado! ¡Maldito seas!

«Somos tus hermanos, gritaba el último grupo, una serie de esqueletos, manchados en sangre... Los asesinos que pegan por la espalda, callados la boca, como vos, que has afilado tu cuchillo en la piedra para matarlo a Genaro. Aquí está... Míralo.

El cuerpo del joven estaba extendido sobre una camilla tapado con bolsas de arpillera.

¡Maldito seas! ¡Porque era más hombre que vos, más generoso y mejor!...

Entonces huye. Su carrera es espantosa. Vuela con la rapidez de un dardo... Los esqueletos lo siguen y cruje todo el armazón óseo en los saltos... Cruzan por delante de su cara aterrorizada, lo miran con las órbitas negras y vacías, dan diente con diente... El siniestro esplendor verde los ilumina... Lo arrebatan en la furia desmelenada, aferrándole los brazos y le sientan en el dorso el pie... El aire hecho pedazos por las aristas de las costillas en fuga estride como un arpa salvaje... Todos ellos lo apuran y lo agujijonean rodeados de su luz verde de fantasmas, bamboleándose enloquecidos. Dispara debajo de las bóvedas de la caverna y se hiere la frente en las estalactitas y sangra, mientras el grande ojo felino de Caín se yergue delante de sus pasos.

-Conmigo, le dice, conmigo Juan... y lo abraza, lo arrastra y lo azota con su carroña gigantesca marchando al frente de la cohorte de esqueletos que juegan, corren y brincan. Sigue la disparada rumorosa entre aquella tiniebla, en el cajón cada vez más estrecho de la cueva, que se despeña de roca en roca hacia el abismo. Juan se derrumba acompañado del ojo felino de Caín... En el fondo resplandece una llamarada, que chilla y brama con fragores de tormenta. Es la hornaza del Infierno abierta bajo su cuerpo que resbala en el vacío, la hornaza bermeja, que avienta columnas de fuego, que se tuercen, se hamacan y revuelven en la negrura tétrica. Echa las manos y los pies sobre las esquirlas y los conos agudos de la peña, que le desgarran la piel y no lo detienen, atraído por las fauces abiertas de Satanás, el Dios siniestro del delito que se destaca como un rubí deslumbrador en el fondo.

«Estás muerto, rugen los esqueletos... Te esperan los colmillos de Satán -y lo atropellan en falange cerrada con sátiras burlonas y lo arrojan al mar de llamas, que se apoderan frenéticas de su cuerpo y le introducen las lenguas ardientes y los ángulos agudos y las hachas de fuego y le devoran las carnes que chirrían y crujen con estridentes rumores, mientras toda su persona reverbera con el fulgor pavoroso de un relámpago que no termina nunca...

Juan despertó sofocado y yerto. Tenía escalofríos. Pensó que si moría lo esperaba el Infierno... En ese momento el alba gris rayaba su luz extraña en aquel callejón del suburbio. La melodía de una guitarra lo hizo sentarse en la zanja... Escuchaba... Era Genaro que cantaba en el boliche la última y desgarradora canción... gritos, lúgubres gritos de ese violoncelo que va a hacerse pedazos. El nombre de Alma se oye en el espacio silencioso repetido como un ritornelo melancólico y aquella cándida y delicada figura de virgen cruza la honda soledad del suburbio.

«Yo soy la osamenta, decían las décimas, la osamenta podrida en los caminos... Los hombres se tapan las narices, los animales se espantan y huyen...

»He quemado los pastos que crecían bajo mi cuerpo y la tierra sepulta mis pedazos y se ennegrece... Los gusanos viborean blancos como la luz a millares culebreando y me devoran las tripas... porque Alma ha muerto, como el olor de las rosas que se va y no vuelve, pura como los lirios, santa como las vírgenes del altar.

»Ha muerto... El cielo y el sol se han puesto de luto... Miren, miren cómo corren las nubes oscuras y qué sombra está tirada sobre los alfalfares que se han secado en el campo... Ya no hay flores... La mosqueta del cerco y el cedrón lleno de aromas se han arrugado cubiertos de tierra y se han ido los perfumes con el ángel querido y se han perdido, ¡ay dolor! Entre las estrellas del cielo.

»Yo me acuerdo que me arrodillé al lado de su cama de cedro y le besé con lágrimas la mano blanca... porque fui malo y me olvidé que el corazón se rompe, cuando lo lastiman a cada rato, como las cuerdas de la guitarra, si las tocamos con almas de malevos.

»Desde entonces la noche ha entrado en mis ojos y soy un duende ciego como la muerte... pero antes he visto la corona tejida con la flor del naranjo, que adornaba su frente y el vestido de raso que cubría su cuerpo enflaquecido...

»¡Pobre la novia de mi corazón! Era como la paloma que da vuelta y da vuelta en el aire para buscar el nido y yo bárbaro muchacho, lo desparramé por el suelo... Entonces la paloma se fue... voló lejos y se perdió entre las nubes azules, porque no hay paraísos, ni montes de duraznos, ni besos, ni lágrimas de hombre para refrescar el nido de los ángeles.

»¡Adiós! ¡Pobre mi Alma! Este amor mío es como la flor que ha crecido en el pantano y vive así mismo entre el barro... porque se alimenta de su recuerdo -Por ella ha vivido que es la pura y limpia, la Inmaculada que tiene manto azul en la iglesia y diademas y aire de cielo... y yo soy el sapo borracho que he muerto a ese ángel con mi mala vida.

»Yo me acuerdo. Tocaba la guitarra en el patio del conventillo y cantaba las lindas serenatas en los días de primavera, cuando los aromas amarillean en la planta y los chingolos hacen el nido en el árbol...

»Entonces Santa era como la pupila de mis ojos... pero después hasta morir se acabaron las inocentes alegrías de la vida.

»Adiós... Yo estoy solo como el perro sarnoso que dispara y da vuelta la cabeza para ver si lo corren, hasta que en una zanja me maten, porque tengo tanto luto como las nubes negras de este cielo que pasan... y pasan... y pasan...

Juan Paloche se acercó a la pulpería donde estaba Genaro. Este lo vio llegar y puso la guitarra a un costado, tomando un trago de ajeno. Juan tenía la cuchilla en la mano, envuelta la mejilla en el pañuelo rojo que daba a sus ojos sombríos reflejos de sangre... La bulla de los que estaban alrededor de la mesa murió en un silencio de sepulcro. El día era gris; el bochorno sofocante sin brisas, sin murmullo de hojas, sin palabras humanas. Por arriba pasaban bandadas de pájaros huyendo con el presentimiento de alguna funesta tormenta, mientras gruesos nubarrones se movían a través del éter con los vientres hinchados. Una faja de nubes más negras orladas de una línea de púrpura se extendía sobre el naciente y el disco de fuego del Sol escondido detrás no horadaba la densa humareda. Un fogonazo desgarró el horizonte, el primer relámpago que ilumina la efigie de los dos enemigos. Genaro es una escuálida larva, una macilenta semblanza de hombre; Juan un gigante bravío y robusto. Los ojos del cantor del suburbio se conservan así mismo serenos, cristalina la córnea como agua de manantial, excavada la mejilla, abierto y generoso el gesto, mientras la frente de Paloche es tormentosa y sus pupilas recias, aceradas y siniestras como hoja de puñal. Se miraron un rato en aquel aparecer y desaparecer sucesivo en el cielo de rápidas y extensas iluminaciones. La primera sacudida del trueno llegó ondulando al lugar de la escena...

-Ya has de estar ronco de tanto cantar, empezó Juan, con rabia.

-Y vos, sordo. Te hubieras tapado las orejas, replicó Genaro sin moverse, indiferente y frío.

-Hace tiempo que te busco.

-Nunca disparo, Juan. Ya me conocés.

-Bueno, agregó Paloche, levantando la voz. Yo he dormido en el pantano del callejón. Allí no hay nadie. Si sos hombre...

-¡Vamos! Se le oyó interrumpir a Genaro con entonación glacial.

Si posible era se hizo más profundo el silencio. No se atrevían. Tenían miedo y los dominaba el presagio del drama terrible. Nadie siguió los pasos de aquellos dos hombres que caminaban callados. Genaro lleva su guitarra y la descansa a cada momento con violencia en el suelo para sostener su marcha vacilante. El instrumento suena con tonos huecos y graves, las cuerdas se estremecen y rezongan. Se hunden en la hondonada del callejón flanqueado por una selva de pitas, cuyas gruesas cepas están unidas por la urdimbre espinosa de las moras, sostenido el cerco y transformado en baluarte infranqueable por paraísos y troncos de ombús... Hay mucha sombra... Los hombres caminan sobre el colchón de polvo que se levanta en largos cortinales detrás de ellos, en momentos en que las centellas más cercanas han perdido la vaga configuración de sus formas para transformarse en zigzag, en espirales vívidas, en violentas trizas de fuego y los nubarrones despedazan sus vientres y se rajan en boquetes pavorosos, en sendas de luz y en cráteres que arden. El trueno estalla más cerca de tiempo en tiempo. El estampido brinca endemoniado a través del éter. Hay fresco y caen algunas gotas sobre la tierra que se levanta en finísimos átomos...

-Aquí no más, me parece, empezó Genaro deteniéndose. Estoy cansado, no sigo más.

Llegaban al pantano seco donde había dormido Juan.

-Y después agregó con firmeza, yo no voy a pelear con vos.

-¿Qué decís?

Eso no más, yo no te puedo matar. A ella se lo he prometido.

-Ahora salís con eso, ¡flojo! Gritó Paloche.

Un violento ponchazo flagela el rostro de Genaro que pierde la luz de la inteligencia. Una llamarada de fuego le hace arder los sesos y un torbellino de furor salvaje zumban los oídos, y no siente que la guitarra se desploma hecha astillas sobre el pecho de Juan... Frente a frente, los ponchos envueltos en el brazo izquierdo, Genaro con el puñal, Juan blandiendo la enorme cuchilla con cabo de hueso... Empieza el duelo, la brutal esgrima del suburbio,

mientras en las alturas resuena con estentóreas notas y violentos ecos disparando y bramando el formidable cañoneo. Rimbomba el aire, repiquetea, tabletea en el éter negro y rugen los cielos las estridentes sinfonías de sus enconos. El gran drama del fuego y del sonido se desarrolla... Las nubes marchan con furia en medio del estrépito y el huracán desatado del suburbio bronca en los callejones y muge en prolongados y lastimeros ¡jurarahuhus! Y chifla el bárbaro en su ira apocalíptica corcoveando lleno de rumores, se lleva la tierra y las nubes y las azota haciéndolas pedazos, entre el horrísono fragor. La arboleda zumba y se tuerce. El brouhaha de las hojas atropella las alturas y se mezcla al estampido del trueno y al chirriar del vendaval, mientras los puñales chocan, rechinan y chispean y los antebrazos se atropellan bajando y subiendo y los cuerpos de Genaro y de Juan saltan, se inclinan a un costado, se encojen, retroceden, avanzan y se ven los cuchillos pasar de una mano a otra en las bruscas arremetidas y el primer chorro coloreado de púrpura por un relámpago súbito, mancha la camiseta sucia de Paloche. Peleaban resoplando en el círculo estrecho formado por el zanjón del pantano en medio del fogonazo de los relámpagos. Genaro en el peligro ha recobrado la serenidad. El olvido se ha vuelto a apoderar de su sangre generosa irritada por el ponchazo. Es una víbora. Paloche un toro que tira puñaladas y tajos y hiere enfurecido el vacío o rasga apenas las ropas del adversario que se quiebra ligero como luz y lo hiere, lo hiere y lo hiere... Los cuchillos chocan, rechinan y chispean. Paloche está rojo de sangre. El olor lo enfurece. La cuchilla cae de arriba a abajo y hacha la cabeza de Genaro. Este se aturde un poco, se rehace enseguida manchada la cara de grumos bermejos, se agacha con violencia hacia el suelo y le abre al adversario un agujero en el vientre. Una tripa asoma. Los cuchillos chocan, rechinan y chispean. Juan muge con los ojos inyectados, la cuchilla tiritita como una flecha y su cuerpo se abalanza. Una gruesa arteria cortada en las sienas de Genaro le salpican el rostro a chorros rítmicos e intermitentes, mientras su poncho cuelga en rojos arambeles y su brazo está acribillado de heridas. Están cansados. La hemorragia sigue. Han perdido mucho vigor. En una de las embestidas los dos pararon en el poncho la feroz puñalada a un tiempo y se rechazaron para caer lejos largo a largo...

Llueve. Muchas gotas oblicuas y rápidas ennegrecen el piso. Se trasforman después en hilos, en largos chorros y se despedaza al fin el agua en la atmósfera caliente en vertiginosos torbellinos. Al rato el viento calma un poco y la arboleda del suburbio refresca su cabellera de hojas y los pastos se cuajan de gotas cristalinas. Están alegres. Beben a grandes sorbos. La tierra abre su entraña reseca, se refocila, se aplaca y desaparece. El suburbio ríe y goza. Tendrá perfumes y frutas. Los pájaros sacuden y esponjan su plumaje en las ramas y cantan bajo la lluvia, mientras la racha gime ya muy lejos y el barrio se llena de murmurios... Son las pequeñas rías que descienden y los arroyuelos que gorgotean correntosos y a saltos por las barrancas para perderse en el cajón tortuoso del Matanzas, donde se disuelve la sangre de Genaro y de Juan. Llueve a cántaros. Alguien toca la guitarra en un rancho cercano festejando la brisa fresca y el agua que sigue entrando profunda en la tierra, la ablanda y la ennegrece, mientras todos los gérmenes del humus preparan la resurrección gloriosa y los dos enemigos se levantan de nuevo con esfuerzo y se tambalean en el fango. Han tomado la distancia para la última atropellada. Los ojos de Genaro se agrandan. Una visión angelical aparece en el cielo tormentoso, Alma, la dulce y muerta pasión que lleva en la mano de alabastro su corona de novia. Genaro oye en la semi-inconsciencia de la anemia cerebral aquellas santas palabras:

-«No lo mates a Juan. Tomá mis labios, tomá mi corazón, bésame y que la Virgen te guarde».

Entonces abre los dos brazos con el puñal rojo, avanza intrépido, con los ojos extraviados en el arrobamiento del éxtasis y la cabeza moribunda echada para atrás, hacia el ángel enamorado que lo mira del cielo y no ve la punta del arma enemiga que se acerca ciega de rabia. Su cuerpo todo se dobla al fin y su frente choca contra el tórax de Juan. La cuchilla le ha entrado honda en el pecho, larga y fría hasta el mango... Ha muerto. Está tirado boca arriba con los ojos abiertos, todavía serenos y fijos... Unos pasos más lejos en medio de un charco de sangre, ha caído Juan y con una mano sobre el vientre sostiene en el desmayo las tripas que están de fuera..... -mientras el escritor que ha concluido su libro, deja la pluma cansada y negra y acuesta su cabeza dolorida sobre los antebrazos tendidos en el escritorio. No duerme. Vaga su cerebro en el ensueño y piensa que desde que Dios ha escuchado las plegarias de la gente sencilla y tenido piedad de los niños que en la seca horrible se iban a quedar sin pan y sin sombras de arboledas, -piensa que es posible que los hombres también usen misericordia y perdonen a estos mártires inconscientes de sus lúgubres quimeras que no tienen la culpa y no saben lo que hacen...

El alma generosa del suburbio aletea en el ambiente... Pasan guitarras con las cuerdas rotas, taperas desmoronadas en cuyos huecos se gana la alfombra de moras y de ortigas, ratonas vivaces, cicutales, que impregnan el ambiente de letal ponzoña, gauchos que se van, melancólicos fugitivos de la noche y sinfonías esquilianas que acompañan hacia las praderas de la pampa interminable la marcha de los ombús, esos grandes solitarios entristecidos que han cobijado el corazón de los creadores del cielo heroico y resuenan de cerca los estruendos formidables de la nueva raza, que espera consagrar con su sangre el derecho a la ciudadanía por los siglos en alguna guerra gloriosa donde triunfe la inmortal nación civilizadora de América...

Todo el vasto panorama baña sus contornos, las luces virginales, y el esplendor de sus colores dentro del grande y libre sol del suburbio, que calienta el humus negro y húmedo, cuajado de gérmenes y saetea su cabellera de rayos a través de la lujuria de los alfalfares en flor... Ilumina también las casas de dos piezas y cerco de rojo ladrillo, donde el obrero, en la madrugada, antes de salir al trabajo, con el saco al hombro, contempla a los niños y a la compañera dormidos, se arrodilla en ese su templo y reza la plegaria sencilla al Dios de bondad, para que cobije, proteja y endulce en todo tiempo el alma exacerbada de la tierra bendita de sus hijos y hace votos para que de una vez todas las razas, fusionadas en el crisol sangriento de las batallas, edifiquen sobre los miembros despedazados entre los temblores de la muerte las glorias de la nueva era maravillosa que ya se discierne, hasta que seamos la nación titánica con idioma y efigie, trabajadores en todos los ideales del progreso humano y señores para imponerlos cien millones de hombres libres, como dijo Sarmiento, el gran demoníaco, gigantesco visionario, cuyo espectro hurraño y terrible se arquea de confín a confín, indicando el camino de la honra y cuya alma de bronce ha de tañer a rebato y a exterminio en esquilas funerarias el día de la prueba, llamando a los pueblos todos de la República a cuidar la integridad del territorio y el pudor de los hogares inmaculados...

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

